





# Chuchas y Mariposas

Daniel B. Gallego



Chuchas y Mariposas  
Daniel Bernardo Gallego Londoño, 2020

Ilustración y diseño de portada: el autor  
Diseño y diagramación interior: Juan Camilo López G.  
Edición de manuscrito: Carlos Alejandro Ruíz  
Contacto: juancamilolopezgallego@gmail.com

Primera Edición  
Medellín Colombia, 2020

Reservados todos los derechos. no se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros), sin la previa autorización por escrito del titular deo copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

Hecho el Depósito Legal que marca el Decreto 460 de 1995

# Índice

1. QUE COMIENZE LA FUNCIÓN	9
2. PRENDIERON LAS LUCES	13
3. DOLORES PERMANENTES	15
4. LA G.T.D.O.A DE MINISTRY	25
5. EL REGRESO	39
6. UN GOLPE MAESTRO	41
7. NOCHE DE BAILE	49
8. UNA CHUCHA EMBARAZADA	61
9. DISCOS Y PINTELAS	71
10. DESCUELGUE PUÉS MIJO	79
11. BAUTIZADO CON TUÉTANO	83
12. UN SÁBADO CORRIENTE	93
13. ALGO EXTRAÑO EN LA FURGONETA	101
14. OPERACIÓN TRAVESTI	105
15. LA EXPLOSIÓN	109
16. LA FUENTE DE LA ETERNA JUVENTUD	115
17. 60 WATTS	121
18. MODUS OPERANDI	133
19. LA MANTEQUILLA	139
20. PINTANDO UNA SIRENA	151
21. EL CARLOS VIECO	157
22. AULLANDO COMO CHANDA	165
23. CABALLO BLANCO	177
24. LOS MANGUITOS	185
25. SOMOS UN INSTANTE DE TIEMPO	195



Ayer soñé que todavía era un niño.





## 1. QUE COMIENZE LA FUNCIÓN.

El sábado pasado que celebré mi cumpleaños número 40, aparte de despertar abrazando la tasa del sanitario y vomitando bilis fluorescente sobre el frío baldosín del baño, también llegué a una conclusión importante. A una epifanía diría yo. Ese amanecer, al abrir los ojos y observar las manchas de humedad en el techo dando vueltas, descubrí que el primer paso para detener el vértigo de ir rodando cuesta abajo por el barranco que es mi vida, es reconocer que me encuentro en un estado de conmoción interior. Una crisis que amerita actuar antes de que la destrucción sea inminente. Por eso, he decidido que voy a tomarme una botella de whiskey para anestesiarme; morderé un pedazo de madera con las muelas mientras expongo las encías como un perro rabioso y, finalmente, usare un cuchillo caliente para extirpar de un tajo el tumor que me está devorando lentamente. No sé cuál será el segundo, el tercero, o siquiera cuantos pasos más tendré que dar para salir victorioso de este asunto. Porque la verdad es que no tengo las instrucciones, además, detesto los libros de autoayuda, y para colmo de males no escucho consejos de ancianos melancólicos. Yo soy un terco que por la vida va es improvisando.

Lo único que sí podría afirmar sin temor a equivocarme, es que la empresa no será nada fácil. Lo sé porque se trata de declararle la guerra a la peor maldición del ser humano. El tiempo. Y contra eso las apuestas están perdidas inclusive antes de cerrar el trato. Solo se me ocurren dos opciones: o me quito la vida para elaborar un engaño, o no me quedará más remedio que parármelo de frente a la embestida de esa bestia. Pero, como siempre he sido un perdido enamorado de la vida, incapaz de dejarla plantada, inmediatamente he descartado la primera opción y solo puedo, desarmado

y sin entrenamiento previo, optar por la segunda. Al fin y al cabo, en el veneno siempre está el antídoto.

Quisiera ser un escritor para dejar por escrito y expresar con claridad el asunto sin tantos circunloquios, así como lo harían esos desgraciados genios que detesto por envidia y sobre los cuales opino que, son almas atormentadas por andar queriendo atrapar la belleza del universo en rebuscadas palabras rimbombantes como estas. No son más que unos homúnculos mendigos. Y con ello, dejarle otro predecible e inútil manuscrito a los jóvenes para que aprovechen cada segundo de su vida como si fuera el último. Y acabo de darme cuenta que, ese deseo de darle consejos a los párvulos, no es más que otra prueba de mi decadencia. Sin embargo, así no tenga el talento y los estudios filosóficos de esos letrados, haré un vulgar intento por explicar con una metáfora aún más vergonzosa, el galimatías que profeso.

Para mí, el tiempo ha sido como un traicionero y mal agradecido becerrito que me regalaron desde que me parió mi madre y que me despistaba con su mirada tierna. Pero luego, cuando uno ya se acostumbraba a su presencia, en un descuido que duro cuatro décadas, creció el desgraciado y se transformó en uno de esos toros endemoniados que salen dando brincos en las arenas de Kansas y Texas.

Antes de cumplir mis 30, el semoviente del que hablo con su campanita colgada al cuello, me embaucó con sus trucos de noble y sumiso compañerito. La verdad es que si acaso me percaté de su existencia. Nunca corcoveó y menos me dio motivos para sospechar que más tarde iba a darme una trampa. Inmediatamente cruce la línea divisoria de los 30, con el pasar de los años, el animalito se fue volviendo más y más agresivo y la gráfica pasó de recta a exponencial. Y si bien es cierto que, en aquel entonces todavía no tendría los cachos puntiagudos dignos de la Santamaría, si clasificaba para participar en las corralejas de Sincelejo.

Lo que ocurrió, y debo reconocerlo, es que como yo aún tenía la prosaica actitud que caracteriza al joven, me sentía capaz de dominarlo apenas con un grito y un zurriago, por eso no le preste la atención debida. Además, por andar distraído con las otras dos cruces que hay que cargar a cuestras: los deseos y las satisfacciones, mientras cerré y abrí los ojos el becerro se me escapo del corral, y

cuando regresó, llevo convertido en ese monstruo del que hablo; con ojos rojos, chorreando babaza por la boca y expeliendo fuego por las fosas nasales.

Ahora, después de haber armado el árbol de navidad cuarentena veces y celebrar, ni siquiera sé porque, ese penoso cumpleaños. Me siento sobre su lomo, con una mano me aferro a la rienda que le rodea el vientre y con la otra me sostengo el sombrero de *cowboy* dispuesto a dar la pelea.

Sin ningún aviso abren la compuerta y disparan una salva que me asusta a mi más que al toro. Ese hijueputa sale al ruedo saltando como si le hubieran marcado los trenes traseros con un hierro incandescente, me zarandea como a un muñeco de trapo y aunque me agarro con vehemencia, no duro más de diez segundos antes de irme de bruces contra el suelo.

En esta ocasión no hay payasos con cargaderas de barriles que lo distraigan, no hay burladeros donde esconderse, tampoco francotiradores con dardos tranquilizantes que lo apabullen. No me queda más remedio que seguir intentándolo y creer que mi espíritu puede hacerse cargo del problema. Me levanto del piso como la versión latina de John Wayne y, aunque he quedado terriblemente dolorido, tal vez con un par de costillas rotas y el corazón perforado, me sacudo el polvo de los hombros como si nada hubiera pasado. Apoyado no más que en una pizca de estoicismo me convierto en un valiente héroe que rápidamente saca de su costado un lazo con un nudo previamente amarrado, le doy vueltas sobre mi cabeza a la vez que voy calculando el momento exacto para lanzarlo. Luego, le aviento ese aro a los cachos con la sorpresa de que logro atraparlo, el lazo se desliza por su cabeza y le estrangula la tráquea para asfixiarlo por un momento, o al menos eso creo que está ocurriendo antes de cumplir los 40, porque en menos de lo que duro el disparo de la salva, me doy cuenta que no es más que una ilusión y acepto resignado que es imposible ganarle la contienda. Suelto el lazo y con ese toro bravo se me escapa mi querida y amada juventud que es como un espectro del cual mi cuerpo ya no es digno y que, por ende, lo ha abandonado para perderse por siempre en el inexistente éter. Como te extraño traicionera juventud, lamento tanto que me hallas abandonado para siempre y así sin avisarme.



## 2. PRENDIERON LAS LUCES.

Soy alguien que afortunadamente hasta el momento no ha conocido de depresiones. Inclusive me la he pasado juzgando a quienes se sumergen en ese terrible estado de ánimo. Pero eso había ocurrido porque tenía siempre el ternero amaestrado y caminando a mi costado. Y no hay que confundirse, por supuesto que antes de cumplir los 40 sentí muchas tristezas, decepciones, desamores y fracasos, pero nunca había sufrido un dolor mas grande como el que acepté esa sórdida mañana que amanecí un año más viejo y abrazando el sanitario. Antes, cuando me consideraba indestructible, nunca había pensado en ello, pero ahora que me siento vulnerable me niego a aceptar que la última reunión de mi vida será con la muerte acostado en un asqueroso baño, y más me atemoriza pensar que luego mi cuerpo será cenizas, abono, alimento de gusanos, algún tipo de combustible, o que quizás el chacal Anubis se comerá mis órganos, pues con toda seguridad allí me enviara Osiris cuando compruebe que el peso de mi corazón será mayor que el de la pluma. En pocas palabras, he comenzado a temerle a la muerte.

Hasta que los niños de la calle comenzaron a llamarme señor para que les regresara la pelota, siempre sentí que iba subiendo la montaña. Ahora parece que luego de alcanzar la cima he comenzado a bajarla. Que en la frenética fiesta de la vida ya pasé por la emoción de escoger la ropa y perfumarme; llegar a la barra de la disco llena de neones y pedir un whiskey doble; meterme un pase frente al espejo del baño; bailar con una sonrisa amplia toda la noche y besar en la oscuridad a varias señoritas; tener una erección

y eyacular sobre unos pezones. Pero ahora, la realidad con la que me estrello es que: todavía tengo ganas de farriar pero han prendido las luces; apagaron la música y yo, experimentando la misma sensación de soledad que se siente cuando uno acepta que los humanos estamos solos en el universo, me veo la cara de cansancio aun con la efímera esperanza de que alguien venga a rescatarme invitándome a algún *after party*.

Como otro síntoma adicional de mi precoz decadencia senil, como si ya no fueran suficientes, voy a cometer un sacrilegio y a citar uno de esos libros de autoayuda cuyas portadas con atardeceres me generan nauseas: "Todo final es un comienzo". Entonces, aprovechándome de mi optimismo, una condición congénita que afortunadamente le heredé a mi padre, sumado a la alegría irracional que también le saqué a mi madre, espero aniquilar estos pensamientos tan lacerantes. Y la buena noticia que yo mismo me acabo de anunciar, es que desde ahora he decidido declararme como el más joven de los ancianos.

Como parte de ese exorcismo en que me encuentro trabajando de abril a abril, debo explicar algo más a fondo, y es que toda esa retahíla expuesta anteriormente con la rigurosidad de un plan para robar un banco, no me golpeo así no más con la velocidad de un rayo, ni de la noche a la mañana. Antes hubo una serie de acontecimientos que se fueron sumando hasta que se dio la catarsis con ese bochornoso incidente la noche que por vergüenza perdí los estribos en *Misnistry of sound*.

### 3. DOLORES PERMANENTES.

El tumor comenzó a manifestarse unos ocho o nueve meses previos a mi cumpleaños, cuando por una inverosímil casualidad, de esas que le llenan a uno la cabeza de paja obligándolo a creer en la veracidad de los horóscopos y en las jugadas maestras del destino, me encontré con un amigo al que no veía hace más de veinte años. Y digo inverosímil porque, primero, para él yo no era más que un fugitivo, y segundo, porque el encuentro se dio en el *Underground* de Londres.

Ocurrió cuando me dirigía hacia mi trabajo nocturno, que consistía en limpiar un colegio cuyos niños, según las fotos que husmeaba en el anuario mientras robaba chokolatinas *Kinder* de los cajones, iban vestidos de corbata roja y saco con escudo bordado al pecho. Trabajo que vale la pena aclarar solo por desahogarme, me daba apenas para vivir arrastrándome por el suelo como un zombi.

Lo vi subir a mi vagón en la estación *Piccadilly Circus* después que la grabación anunció el "*Mind the gap*". Y aunque era difícil no reconocerlo por los vestigios del acné que le marcaban dos indelebles mapas en sus cachetes y por la joroba con la que cargaba desde que tenía quince, dudé por un instante si en realidad se trataba de quien apodábamos Monareta Kitever. Pues, aunque en esencia era el mismo garabato de cuando montábamos por El Atanasio en patineta, ahora, hacía un notable esfuerzo por disimular su calvicie peinándose para atrás las tres negligentes pelusas que solo él llamaría copete. Además, qué como un consuelo a la condición de su cuero cabelludo, se había dejado crecer una barba tupida de color rojizo que le tocaba el pecho. Aunque su apellido siempre me

pareció una rareza para el trópico de cáncer, nunca imagine que fuera por sus abolengos de Vikingo.

Yo viajaba sentado en las incómodas bancas de fibra de vidrio impregnadas con olor a curry, y él, una vez se subió al tren de un salto, se aferró al tubo metálico que divide el techo en dos mitades iguales, para luego descargar en el piso y asegurar entre sus piernas una maleta deportiva como una de esas en las que los psicópatas gringos llevan sus AR15 a la escuela.

Cuando me vio durante el escaneo rápido del vagón que hace cualquier recién subido, se quedó mirándome fijamente sin poder disimular el impacto que proyectaba su mirada. Primero pasó de largo, pero solo unos segundos porque su cerebro de inmediato le hizo el reclamo, así que volvió a buscarme con los ojos de un miope que acostumbra calibrar su enfoque con un cerramiento leve de los párpados. Los dos nos lanzamos la misma duda para que se estrelaran en el aire, lo sé porque en su rostro vi la expresión del mío como si se tratara de un espejo.

—¿Monareta? —le pregunté con una mímica de mis labios.

—¿Gasparín? —me respondió de igual manera.

Cargado de regocijo me puse de pie y me fui a darle un fraternal abrazo a mi viejo amigo del alma. Nunca había sentido la alegría que genera encontrarse de imprevisto un conocido en otro continente. Buscamos dos sillas vacías para sentarnos a recordar historias ya consideradas en vía de extinción por mi memoria. Hablamos de nuestros orígenes en las cuevas de Altamira, del Estadio, de Los del Morro y Las Ratas del Infierno, de los ladrones, del Pub, la fuente de Enka, del Carlos Vieco, de La Villa; y cuando llegamos a los Manguitos, tema que más temprano que tarde íbamos a desempolvar, todo se congeló en el tiempo, y como era de esperarse, el ambiente se puso tenso. O, mejor dicho, yo me puse hostil con mi silencio. Creía que después de tantos años ese sería un tema que podía controlar, pero cuando él mencionó a Calambre y a María, quedó demostrado que durante todos estos años solo había estado escondiendo la basura bajo el tapete. Entonces, al percibir que yo había bajado el telón para esconderme, Monareta hizo una gambeta y me repitió lo que yo sabía desde que era un niño: que la situación en Medellín estaba difícil y que hacía más de un año se había venido a Londres a buscar trabajo. Estaba estudiando inglés



para poder trabajar legalmente y se dedicaba a preparar sándwich en una cafetería de *Camden*. Cuando yo me concentré en la maleta deportiva que seguía asegurando entre sus zapatos, me explicó que iba a entrenar porque los compañeros de clase lo habían metido a un torneo de fútbol universitario.

—Hey parcero me bajo en la siguiente estación —me advirtió unos minutos antes que el tren se detuviera— pero este sábado jugamos en las canchas de *Hide Park*. ¿Quieres venir? Están buscando gente para el equipo. Yo me acuerdo que vos eras bueno mojando el cuero.

—Por supuesto —respondí emocionado, creyendo que me iban a meter al Arsenal o al Manchester. Inclusive me vi alzando la copa de la Champions.

—Listo, anotó mi teléfono —me dió la mano y se despidió con un abrazo que incluía palmaditas en la espalda—. Que gusto volver a verte hermano. Espero que otra vez no desaparezcas como un fantasma, y sobre todo, que todavía la muevas como en los viejos tiempos.

—Claro parcero. Aquí lo que hay es talento.

—Ja, ja, ja. El sábado nos vemos pues tronco.

Ese sábado llegué de primero a la cancha con calzoncillos, medias y guayos nuevos. Era imposible ocultar el entusiasmo que me daba volver a mover a jugar. Mi primera impresión cuando estudié el terreno de juego, fue que mi amigo me había dado la dirección equivocada. Porque cuando empecé a ver de cerca los jugadores que iban llegando, me di cuenta que se trataba de puros niños, es decir, lampiños universitarios que no pasarían de los veinticinco. Ahí fue donde, según mi versión amañada de los hechos, el tumor puso su primera piedra: ¿Yo estoy como viejo para jugar con estos peladitos no? Estoy en la cancha equivocada o debe haber varias categorías. Pensé. Esa fue la primera vez que me auto etiqueté con la palabra viejo, y aunque quise matizarlo con un tono burlesco, algo en mí se tambaleo por dentro. Sin embargo, hice un esfuerzo para dejar de pensar en ello y lo que finalmente me salvo fue que en ese preciso instante Monareta venía acercándose con su maleta al hombro.

—Qué bueno que viniste parcero —me dijo cuando chocamos puños como en los viejos tiempos.

—Claro que sí. Siempre cumplo lo que prometo —respondí mientras estiraba los músculos de las piernas tratando inútilmente de tocarme la punta de los pies con los dedos—. Estoy es que me juego.

—Vení te presento al equipo que ya van llegando.

—¿Hey pero esos pelaos no están como muy jóvenes para jugar con nosotros? —dije preocupado—. Yo hace mucho que no juego. Debo estar muy tieso. ¿Hay varias categorías?

—No, no hay más categorías, es todo mezclado. Pero tranquilo que el nivel no es muy bueno. Esos ingleses lo único que saben es volear pata como guadañas. Ten cuidado.

Mi amigo me presento ante el equipo como una especie de Dios latino del balón pío, como si por el simple hecho de haber nacido en el mismo territorio de Higuita y del Pibe, y por una extraña fuerza transmitida en el campo electromagnético del cono sur, yo fuera a tener el talento de Ronaldinho. Eso hizo que toda la atención y las esperanzas del campeonato se centrara en mi zurda. Ante semejante presentación me sentí como la nueva contratación extranjera del equipo y tuve que soportar sobre mis hombros toda la presión de la prensa.

Hicimos algunos pases cortos de calentamiento, unos disparos fallidos al arco y ahí sí que comenzaron mis verdaderas preocupaciones. Me devoraron los nervios. No podía entregar bien un pase y los disparos al arco con dificultad le llegaron a las manos del arquero. Y lo peor fue ver que inclusive antes de comenzar el partido, aquella magia con la que me vendió mi amigo se iba desvaneciendo.

—¿Where would you like to play mate? —me preguntó el técnico con lapicero en la boca y tabla en la mano.

—I play left wing coach. Defense o middle field. But I will play where you want me to. —Mierda, esto parece serio. Para que dije eso. Le hubiera pedido la suplencia.

—Ok play left wing middle then —dijo sin mirarme, en cambio anoto algo en la tabla y me dejo ahí solo cargando ese piano de mil toneladas.

—Fuck. Dije en vos baja, no sé porque maldije en inglés habiendo palabras tan hermosas en español para ese mismo propósito. Sería por los nervios. Si esa es la posición más difícil de

todas. Allí hay que correr como un volador sin palo. Subiendo y bajando. Por lo menos le hubiera dicho que me metiera en el segundo tiempo.

Escuché el juez central llamando a los equipos con el pitazo inicial. Vestía uniforme negro oficial de la FIFA, de ese que tiene el escudo amarillo bordado en el bolsillo del pecho y en el hombro izquierdo. Esto es más serio de lo que me estaba imaginando. Me dije cuando también vi los jueces de línea ubicándose en ambos lados de la cancha con sus banderitas de cuadros blancos y rojos. Entré trotando a la cancha con el corazón a punto de salirme por la boca y me persigné, para luego dame cuenta que Monareta no estaba por ningún lado. Fue cuando lo vi sentado muy campante en la banca sin tener si quiera el uniforme puesto. Me fui corriendo hacía donde él antes que dieran inicio al partido.

—¿Hey parceró que pasa, no vas a jugar? —le pregunte aunque lo que en realidad estaba haciendo era pidiendo auxilio.

—¿Yo? —me contesto sin prestarme mucha importancia mientras metía sus medias en la maleta— a mi si mucho me meterán unos cinco minutos al finalizar el segundo tiempo, vos sabes que yo soy muy malo. Además, yo ya estoy muy viejo, donde juegue todo el partido me da un babiao.

—Que va chillón —le conteste sintiendo que me habían aca-bado de acuchillar por la espalda —vieja la cédula. Nosotros todavía estamos melos.

—Eso, con moral. Y ojo que a estos ingleses hay que éntrales duro. ¡Sin miedo parce!

—No, oiga a este. Quien dijo miedo, yo voy es a enseñarles cómo es que se juega a estos pendejos —Puras mentiras. Lo que en realidad quería era un baño para depositar el miedo en forma de excrementos.

El árbitro dio el pitazo inicial y con serias dificultades motrices y respiratorias logré sobrevivir los primeros quince minutos, ni toqué la pelota durante ese tiempo, solo corrí como un desquiciado por la banda impulsado por la combustión interna de la adrenalina. Luego que me consumí esa energía, recibí un pase largo que me lanzo el arquero y no fui capaz ni de controlar el balón con el pecho, había perdido un alto porcentaje de flexibilidad en las piernas y en mi cuerpo.

Este hubiera sido el balance que le daría al periodista al finalizar el primer tiempo: Me tiraron un pase al vacío con opción de gol, pero, no pude alcanzarlo porque ahora corro en cámara lenta; no pude entregar un pase bueno porque los pies no seguían los comandos del cerebro; y en una jugada defensiva tuve un choque frente a frente contra un delantero y rebote contra su cuerpo como una pelota de goma. A los 30 minutos de juego, como si fuera Gene Simmons, no podía mantener la lengua adentro; y a los 40 minutos tuve que dejar a un lado mi orgullo y pedir cambio con un movimiento de brazos que más bien parecían los de un nadador con calambres pidiendo auxilio.

Una semana antes del encuentro, me había prometido aguantar todo el partido como en los viejos tiempos, pero ni siquiera logre sobrevivir los primeros 45. El técnico al ver mi señal de cambio, me pidió con la palma de su mano abierta y mostrándome sus cinco dedos que aguantara hasta el final, que ya solo faltaban cinco minutos. Pero, desafortunadamente sentí un dolor tan agudo en el tobillo que tuve que tirarme al piso. No me había dado cuenta que en ese choque en el que reboté como pelota, me habían dado una patada en ese sitio. Tuvieron que sacarme entre dos jugadores, salí apoyando mis brazos en sus hombros y brincando en un solo pie.

—¿Estas bien? —me pregunto Monareta preocupado mientras me descargaban en la banca como a un muñeco.

—Es solo un rasguño compañero —mentí de nuevo. La verdad es que estaba al borde de las lágrimas y quería pedir un tanque de oxígeno, veía manchas negras por todas partes y creí que iba a desmayarme—. Estoy bien parcero. Tenías razón, que hijueputas bestias estos hijos de mineros.

—¡Pero mira cómo se te puso ese tobillo! —dijo Monareta con los ojos abiertos como dos huevos fritos— ¡Hay que llevarte al hospital de inmediato!.

—No —pensé en el seguro médico que nunca he tenido— estoy bien, solo necesito un poco de hielo.

Al final del encuentro y debido a mi rotundo fracaso como refuerzo en el medio campo, nunca me metieron al equipo. Lo único que gané fue la desgracia de caminar cojo, y una contusión cuyos colores parecían los de la gasolina sobre un charco de agua. Hematoma que, a propósito, envejeció como su amo y se transformó

en lo que parecía ser una gangrena trabajando tiempo completo. Ni siquiera puede seguir transportándome en la patineta por un par de meses, y por varias semanas no podía subir o bajar escalas sin temor a rodarme por ellas. Y aunque fue por menos tiempo, pero por eso no menos grave, me dolía desde la coronilla hasta las uñas de los pies. Pero definitivamente, lo peor de todo no fue el deterioro físico, fue el trauma psicológico que comenzó a pasarse muy campante por mi cerebro y me hizo sentir como un decrepito a punto de pedir una silla de ruedas para movilizarme. Por todo esto, que a simple vista y en otra época podría pasar desapercibido como una simple lesión, es que en esos días aciagos mi crisis conoció su génesis.

Durante la semana posterior al partido, no me atreví a llamar a Monareta pues sentía vergüenza por haberlo hecho quedar como un baboso frente al equipo y entonces, en el peor momento posible fue él quien me encontró. Estaba acostado en mi cama en calzoncillos, ya tenía listo un paquete de *Kleenex* sobre el nochero, había cerrado la puerta con llave pues vivía en una casa compartida con otros cinco forasteros y sería vergonzoso que alguno entrara en el momento en que blanqueara mis ojos. Ya me había puesto los audífonos y tenía el computador portátil listo para darle *play* al video. Entonces, justo antes de reproducirlo sonó *Over the horizon* en mi teléfono.

—Maldita sea, no puede ser —a pesar de mi molestia conteste animado porque era mi viejo amigo— ¿Aló?.

—Que hubo parcero —dijo Monareta mientras yo cerraba la pantalla del portátil— ¿Cómo seguiste? ¿Ya te bajo la hinchazón? Creí que estabas muerto.

—Me siento mejor, gracias. Qué pena con lo del partido. No creí que estuviera en tan mala forma. Yo siempre...

—Tranquilo, no hay nada que explicar, no seas pendejo. Vos siempre has sido muy deportista hermano, pero hay que aceptar que ya no tenemos veinte. Y mientras más rápido lo hagamos más rápido nos recuperaremos. Ánimo viejo, ni que hubiéramos perdido la final de la copa mundo.

—Es cierto. Pero es que no se trata solo del partido —tuve que admitirlo, esta vez no como una broma sino con dolor, con rabia, con miedo—. Me siento viejo y acabado.

—De acuerdo. Uno ya juega un partido y le duelen todos los huesos. Pero estuviste de buenas porque te imaginas donde te hubieras quebrado la pierna. Eso ya ni con pega loca pega. Ja, ja, ja. Pero no hay que tomárselo muy en serio.

—Y yo que me pasé los días antes del juego creyendo que iba a jugarme un partidazo, así como...como...heee...mmm...

Y en ese lapsus se desató otra tempestad en el interior de mi cabeza. Yo quería decir: como Riquelme, Ronaldinho o Gattuso. Mis ídolos de siempre, a los cuales podía inclusive verles los rostros ahí grabados en mi mente. Algo así no se olvida de repente, esa clase de información siempre sale de la boca como la reacción a un impulso eléctrico, Como cuando se aprieta el botón de un control y el televisor se enciende. Pero esa vez no ocurrió nada parecido, no hubo respuesta, en cambio, solo encontré anaqueles vacíos. Y mientras más me esforzaba por recordar sus nombres, más se me olvidaban y más pánico me atacaba. Por primera vez las neuronas desobedecieron a mis órdenes. Porque una cosa es olvidar lo que se va a comprar en el supermercado; olvidar pagar una cuenta en el banco; inclusive olvidar llamar un ser querido o a la novia. ¿Pero olvidar a la vez el nombre de tus tres más grandes ídolos? Eso sí era una señal para preocuparse.

—Tranquilo Parceró —me repetía Monareta— ¿Estás ahí? ¿Seguro que estas bien?

—Si disculpa, te estoy escuchando, es solo que creo estar pasando por un mal momento. Se me olvidó lo que estaba diciendo.

—Viste, te lo dije, estamos viejos. Ja, ja, ja

—Maldita sea, porque tenés que seguir repitiendo la misma mierda. Ya lo sé, ya lo estoy viviendo. Pensé sin decírselo.

—Hey pero yo te llamo para algo completamente distinto. ¿Vamos a tomarnos una politas y te cuento?

—No, gracias parce. Es que estaba ocupado haciendo algo, ahora no puedo.

—¿Le vas a estirar el cuello al ganso? ja, ja, ja.

—No, que va ome, que son esas expresiones —conteste con rabia, aceptando así, que había sido descubierto— La verdad es que todavía me está doliendo mucho el tobillo.

Creo que fue por demostrarle a mi amigo que estaba equivocado en su adivinanza, y también por recuperar la dignidad per-

dida. Pero, una hora más tarde estaba sentado con él tomando *Guinness* en la barra de *Elephant Head* en *Camden town*.

—Lo que me parece importante —dijo Monareta sibilino— es que... Bueno la otra vez que nos encontramos en el *Underground* iba a decírtelo, pero por tu actitud no me pareció el mejor momento. También traté de hacerlo el día del partido, pero después de verte ese tobillo...

—¿María? ¿Calambre?

—Si, se trata de María. Me enteré que sus padres están organizando una celebración especial y nos han invitado a todos. A mí me llegó la invitación por *e-mail*. Pero como voz llevas tanto tiempo desaparecido me imaginé que no tenías ni idea del evento. Yo como tengo que bajar a Medallo por cuestiones de papeles puedo ir.

—No, no sabía nada de eso ¿Y de que se trata exactamente?

—No es nada importante, es solo una misa entre familiares y amigos. Pero esto es lo más extraño, en el correo dice también que te han estado buscando a ti especialmente. Por eso yo no podía creerlo cuando te vi en ese vagón, parece que el universo está conspirando para que volvamos a reunirnos.

—Si, debo reconocer que a mí también me pareció bastante extraño que nos hallamos encontrado en ese preciso momento. ¡Pero cual destino! No seas pendejo y deja de decir sandeces. ¿Me has estado siguiendo?

—Ja, ja, ja. Vos y tus teorías conspirativas de siempre. Te falta es un tornillo. Bueno, como sea, pásame tu correo y por lo menos te envío la invitación, ya tú decides luego. Y volviendo al tema de antes.

—¿Cual?

—Que estamos viejos.

—Comete un "tarrao" de mierda parce, ya sabes que no me gusta hablar de eso.

—ja, ja, ja. De malas, por qué vos estos días cumplís años ¿Cierto? No se me olvida.

—Si, el dos de octubre.

—¿Cuántos?

—Llego al cuarto piso pana. 40. Pero porque me estás haciendo esto rata inmunda, te voy a encender a pata.

—¡Cuarto piso! Eso hay que celebrarlo por lo alto. Tenemos

que tomarnos unos buenos chorros. Como en los viejos tiempos  
compañero.

—No sé, no me gusta mucho celebrar esas maricadas. Cuál es  
el sentido de celebrar que cada vez uno está más muerto.

—Como se te ocurre decir eso. Ese día te saco de la madri-  
guera y nos vamos de fiesta. Yo invito.

—Listo. Hecho.



#### 4. LA G.T.D.O.A DE MINISTRY.

El día de mi cumpleaños me fui a celebrar con mi amigo según lo acordamos. Él se encargó de armar todo el andamiaje de la fiesta, que consistía simplemente en chuparle la sangre a otros como un par de sanguijuelas. O logísticamente hablando, encontrarnos con tres de sus amigos de la escuela que, gracias a sus conexiones con "la escena *house* de Londres", iban a entrarnos gratis y compartirían con nosotros un costoso puesto en el sofá más VIP de la discoteca *Ministry of Sound*. Amigos que también, repetía Monareta hasta el cansancio, iban a presentarnos las mujeres más hermosas de la capital británica. De eso tan bueno no dan gratis, pude ver claramente el rostro de mi madre cuando repetía eso, pero, ese fue el espejito que me vendió mi amigo para convencerme de que viajara desde *Shepherd's Bush* hasta *Elephant and Castle*.

Como si se tratara de un ritual satánico, quedamos de encontrarnos en la entrada del club a la media noche. Un horario difícil para mí, pues ya me había acostumbrado a dormirme antes de las once. Nunca pude comprender porque la gente no sale a divertirse a eso de las ocho o a las nueve. ¿Cuál es la diferencia? me venía planteando esa queja desde hace un par de años. ¿De dónde salió ese dogma moderno de que se es más "*cool*" mientras más tarde se llegue a la fiesta?

Afuera hacía un frío importado del polo norte, sin embargo, las mujeres iban llegando a la disco en tacones de seis pulgadas, vestidos cortos y cargando no más que un bolso tan pequeño que podría pertenecerle a los Pitufos. Vestidos, si es que se le puede llamar así a un trapo brillante ceñido al cuerpo que apenas lograba

cubrirles desde los pezones hasta la línea que marca la frontera entre el muslo y los glúteos. No sé cómo logran adaptar sus cuerpos a la temperatura de un cadáver. Reflexionaba sobre ese increíble poder mutante, porque, aunque yo andaba bien protegido con una chaqueta, guantes y pasa montañas, no paraba de temblar como un cachorro recién nacido.

La verdad es que, aunque me provocaba rescatarlas de la inminente hipotermia tendiéndoles una manta sobre los hombros y ofreciéndoles un chocolate caliente frente al fuego de una chimenea, En el fondo, acepto que por mi estaba bien que así fuera. Porque ver la materialización de la belleza en cuerpos semi desnudos y rostros en sus diferentes versiones continentales, me alebresta como a un gallo de pelea y le ponía a mover la cola a mis espermatozoides.

Desde hacía un par de años me había prometido sin éxito no tener sexo sin antes enamorarme. Dejar de ahorrar un par de meses para pagar una meretriz y extrañar ese sentimiento de mariposas estomacales que no experimentaba desde que conocí a María. Quería volver a sentir la emoción de ver a un amor enfermizo e inclusive llorar por un despecho. Sin embargo, no he pasado más de quince minutos esperando en la entrada de la disco y mi libido ya me ha neutralizado con una llave maestra de lucha olímpica. Y aunque se siente bien el cosquilleo que recorre mis genitales, a la vez también me molesta, porque sin poder controlarme, mi mirada se torna lasciva y eso lo detesto. Me parece ver en mi actitud, al mismo viejo verde que me fastidiaba observar, cuando descubría a mi padre distraído con el culo de una adolescente al frente. Ahora lo comprendo, es más, me he convertido en él, pero no por eso puedo evitar sentirme repugnante. Y no solo es eso, sino que también mi dignidad desaparece, porque parezco un desahuciado sin hogar chorreando saliva frente a la vitrina de un costoso restaurante.

Quisiera tener el poder de los monjes tibetanos para derrotar la lujuria y la futilidad que se desata en la ciudad llegada la media noche, y quisiera también, tener la voluntad y el orgullo para retirarme de allí antes de convertirme en otro fiasco, pero ya he metido las dos piernas en el hormiguero y mejor sigo viendo esos escotes y piernas largas, mientras entiendo lo que debió pasarle a Jack el

destripador por su desquiciada cabeza.

Siempre llego temprano y de primero a todas partes. Tengo esa obsesiva relación con la puntualidad y todavía no he resuelto el dilema de si es una cualidad o una tara. Lo que ocurre, es que me pongo ansioso cuando pienso que voy a llegar tarde; que la película va empezar antes de que yo me siente; que no voy a encontrar tiquetes; que me va tocar de último en la fila; que llegar tarde es una costumbre de perdedores. Por eso, cuando voy a cumplir alguna cita de cualquier clase, siempre calculo mal los tiempos y llego una hora antes. Esa noche de mi cumpleaños no fue la excepción. Así que, esperando en la puerta del club por una hora al lado de un gorila de gafas oscuras y *walkie talkie*, tuve tiempo suficiente para soltar una sincera letanía.

Dios mío, primero que todo, perdona que solo te busque cuando te necesito, sé que no soy el más leal de tus seguidores, pero solo por hoy por favor compláceme. Es mi cumpleaños y tu podrías darme el mejor de todos los regalos. Lo dije mirando al cielo intentando traspasar las nubes grises y botando humo blanco como un dragón por mis fosas nasales. Qué tal si esta noche me regalas las delicadas caricias y los agudos gemidos de una asiática, o la mirada enigmática de una árabe acompañada de sus aceites aromáticos, tal vez un Kama Sutra con una hindú de goma, tampoco me molestaría compartir algún fetiche extraño de una británica, o la dulzura de una latina que se quede durmiendo a mi lado, para yo al siguiente día llevarle el desayuno a la cama. Y si no, bueno, cualquier cosa es bienvenida maestro. A estas alturas me he acostumbrado a conformarme fácilmente. Pero en cualquier caso lo que yo quiero es volver a enamorarme. Hace unos diez años seleccionaba con el dedo a las mujeres, ahora me hago el que me gustan todas, pero de nuevo te lo ruego, sácame de esta mala racha, no me dejes regresar a mi tugurio solitario. Inclusive junté mis manos igual que la última vez que lo recuerdo. Es decir, cuando recibí el sacramento de mi primera comunión frente a un sirio alumbrando. Pero luego, me las llevé con disimulo a los bolsillos del pantalón cuando noté que el gorila me estaba mirando raro.

Cruzando el puente peatonal veo venir al Monareta y sus amigos. Me alegró al verlos porque ya me estaba matando el frío y el dolor en el tobillo. Cuando logro detallarlos con claridad bajo

la luz del alumbrado público, me doy cuenta que sus amigos de colegio no son más que unos jovencitos. Niños que con seguridad eran bebés cuando yo me andaba ya preocupando por el colapso de los unos y los ceros la noche en que cambio el milenio. Qué vergüenza, que voy hacer con estos culicagados ahí adentro si a mí las canas, como un hongo sobre el pan añejo, ya me han devorado la mitad de mi cabeza. Me voy a sentir como un padre desconfiado trayendo a sus hijos a su primer concierto. Y esa fue la primera vez que me avergoncé de alguna condición física de mi cuerpo, me sentí atrapado para siempre en el cascarón de un cicádido sin poder mudarlo.

Ni siquiera supe de qué hablar con mis nuevos amigos. Nunca se montaron en una patineta; creían que Wu Tang Clan era una marca de ropa asiática y Ramones una marca de camisetas gringa; aunque venían de Liverpool y Manchester, no sabían quién es Steven Gerrard ni Eric Cantona; no tenían idea de quiénes fueron *Misfits*, *The Clash* o *Sex Pistols*; nunca habían leído un libro completo en su vida y pensaban que la cortina de hierro era otra discoteca; y cuando les dije que era colombiano me preguntaron si hablaba mexicano. Entonces, aparte de yo responderles las preguntas básicas como cuál es tu nombre, de dónde vienes y donde vives, cuando ellos me hablaban de sus temas actuales y me mostraban a falta de palabras videos y fotos en las aplicaciones de sus teléfonos, yo sentía que me estaba comunicando con extraterrestres. Sin embargo, por ahorrarme cincuenta libras de la entrada y que me presentaran unas lindas mujeres, al igual que Monareta, también haría un sacrificio para soportármelos. En realidad, eran muy buenas personas, que aparte de entrarnos por un lado de la fila como la mafia, nos sentaron en el sillón de terciopelo rojo al lado del DJ. Tal cual me lo vendió mi amigo para sacarme de la casa.

—Ya parece. Deja esa mala cara que estamos celebrando tu cumpleaños —me dijo Monareta zampándome un puño en el hombro después de llevarme a la barra para invitarme a un whiskey doble—. Los manes nos entraron gratis y nos van a presentar unas chimbas. Que más estas pidiendo.

—¿Unas chimbas?

—Claro, si estos pirobitos conocen a medio Londres. —Monareta me dio mi vaso con whiskey— ¿No ves donde estamos

sentados?

—¿Pero yo que he dicho?

—Pero yo... Nada. Si se ve que estás sufriendo.

—Perdón parece. Perdón. Es cierto. Lo que pasa es que me siento extraño, me siento viejo para estar con esa gente y en este sitio que parece una guardería. ¡Son casi niños!

—Y que tiene ¿Acaso tenemos que cuidarlos? Ya deja de joder y de ser tan beato —me dijo entregándome una pastilla azul en la mano con una carita feliz impresa— mira lo que nos regalaron los tales niñitos esos.

—Gracias —Me trague la pastilla de inmediato sin preguntar que era.

—Hey... pero que hiciste, era para que la compartiéramos...

Después de perder la noción del tiempo debido al tránsito de los químicos por mi torrente sanguíneo, me ataca una repentina explosión de alegría orquestada por la música y las luces de colores en movimiento. Quiero ser el mismo de cuando tenía veinte años y bailar hasta el cansancio perdido entre la multitud y los destellos de los *strobes*. Ahora no me importa nada, y lo mejor es que lo he conseguido, soy nuevamente un espíritu joven atrapado en un cuerpo que no me corresponde. Tengo una euforia que quiere reventarme por dentro como pólvora y siento que todos los seres del planeta son mis hermanos: las plantas, los insectos, las rocas y los humanos. Estoy en paz y en el mejor lugar del universo, entonces, para demostrarlo me voy con mis manos levantadas hacia el centro de la pista siguiendo una vieja melodía electrónica remasterizada que me transporta a los noventa y cierro los ojos para ponerme melancólico a propósito. Mientras bailo entre desconocidos, no puedo evitar recordar a María y todos los dibujos que le hice cuando estaba tan enamorado, me acuerdo de mi buen amigo Calambre y me pregunto donde se encontrará, me conmueve la nobleza de mi familia que por fin extraño con dolor y siento unas ganas incontenibles de regresar a mi ciudad podrida que tanto amo. La piel se me pone de gallina y los pelos se me erizan. Abro los ojos de nuevo y veo a mi amigo a lo lejos, todavía apoyando sus codos en la barra y fumándose un cigarrillo. Permanece allí observando todo con detenimiento, embelesado al igual que yo con la belleza de las mujeres. Seguramente atacado por la misma llave maestra con la

que yo también fui neutralizado. Y entonces, siento unas ganas incontenibles de darle las gracias porque me he vuelto a sentir vivo y me voy hacia donde él para darle un fuerte apretón de manos. De esos con los cuales la mano izquierda cubre el apretón para hacerlo más dramático.

—Gracias parcero —le digo de una manera muy sincera, casi al borde de soltar las lágrimas—. Si no fuera por vos, seguramente estaría en la casa momificado.

—Es con mucho gusto mi hermano —me responde levantando su vaso con su ultimo sorbo de alcohol— Brindemos. Pidamos otro y regresemos.

En un momento de efervescencia siento unos ánimos que, sin haberlo notado por andar limpiando baños, los había almacenado en un lugar arcano. Me olvido que estoy cumpliendo 40 y entiendo que el motivo por el cual me ha golpeado tan duro el paso del tiempo, es porque el simple hecho de estar vivo me genera una pasión desbordante que no quiero se termine nunca. Y por supuesto ese incidente con María del cual nunca he podido liberarme.

Recostado sobre la barra del bar mientras espero los otros dos vasos con whiskey, siento que a mí lado alguien me mira intensamente, por el rabillo del ojo la observo y desafortunadamente lo primero que se me viene a la mente es que está un poco pasada de peso, la delata su cuerpo y su rostro. Creo que es contemporánea a mí o tal vez me pase por dos o tres años. Debido a la sensibilidad por la que atravieso, agudizada por la droga o esa maldición del tiempo, pienso en cuanto habrá sufrido por su condición y me compadezco de la Gordita Tierna De Ojos Azules. También siento rabia con la sociedad y los estándares de belleza que a la fuerza nos metieron. Pero, pese a mis buenas intenciones de cambiar el mundo, no puedo evitar concentrarme en sus pestañas falsas añadidas a las reales con pegamento, son fáciles de detectar por su exagerada longitud y porque las lleva cubiertas de un óleo negro. En su rostro se le notan las dos horas que ha gastado maquillándose. Cuando le miro directamente sus pupilas azules y cristalinas como el mar de las Bahamas, ella encuentra las mías y me sonrío coquetamente mientras que mueve esas pestañas como las alas de un insecto, encendiendo así una luz verde que me promete un éxito rotundo si me acerco.

—¿Encontraste lo tuyo tigre? —pregunta Monareta con tono sarcástico.

—Pues... No está nada mal si quieres que sea honesto.

—No, no me digas que en verdad estabas pensando... Parcero hace cuanto que no culeas. ¿Estas alucinando? Como se te ocurre.

—Solo estoy bromeando. —Contesto en seco. Pero en realidad miento, porque la verdad es que la mujer estaba linda. Y no ningún efecto de las drogas, lo que pasa es que hacía tanto tiempo que alguien no me regalaba una mirada de esas, que, si no fuera por mi amigo, le hubiera ofrecido hasta el anillo de compromiso.

—Además, mira las otras tres amigas con las que está. una tiene en la cabeza una corona plástica de princesa y terciada una cinta rosada que dice *Bachelorette party*.

—¿Y eso que tiene?

—Me extraña araña, ni que fueras un novato en esto. Vos sabes que hablarles a cuatro mujeres solas que están celebrando esas mierdas es un caso perdido. Tienen sus códigos secretos o no sé cuáles serán sus reglas. Pero ni siquiera sé porque estamos hablando de esto. ¡Aléjate Satanás! —le dijo a la pobre mujer formando una cruz con los dedos, y aunque esta no tuvo idea de lo que le dijo, inocentemente le devolvió una sonrisa de dientes fumadores amarillentos.

Nos abrimos paso entre la multitud para regresar con nuestros amigos nuevos. Yo seguía lleno de una felicidad que se me salía por los poros. Esa mujer me había devuelto la confianza que necesitaba, sentía que todavía podía gustarle a alguien, que mis plegarias habían sido escuchadas. Y terminé de confirmarlo cuando vimos sentadas cuatro mujeres en el sillón de terciopelo.

No podía creer que la suerte estuviera trabajando con tanto ahínco. Las cuatro eran hermosas, parecían pedidas por catálogo. Había dos británicas, una alemana y la joya de la corona: una mujer del Líbano. Tenía esta última, piel trigüeña como la de una latina caribeña, cejas pobladas y sin cortes perfectos, nariz aguileña, labios gruesos de un rojo intenso, ojos café claros y pelo azabache como el de un percherón. Llevaba puesto un vestido blanco de seda suelto que le marcaba las líneas de su cuerpo. Así debería ser María en estos tiempos, Pensé.

Entonces lancé una segunda plegaria mientras nos acercábamos

a ellas. Le dije al omnipresente, disimulando un poco para no mostrarle mucho el hambre, que tal vez había encontrado mi regalo de cumpleaños o por qué no, a la futura mamá de mis hijos. Una vez llegamos al sillón, me presentaron a las cuatro mujeres con beso doble, me hubiera gustado hablarles algo primero y conocer mejor sus gustos o defectos, hacerlo a mi estilo, pero luego de los besos de protocolo, comenzamos a bailar en grupo y en silencio. Apenas fueron posibles algunos gritos de euforia y uno que otro silbido.

A pesar de ese incomodo bailé en el que me sentía fuera de contexto, pensé que en alguna vida pasada me había inmolado en nombre del islam, pues cada que me pellizcaba para comprobar que no estaba soñando, me veía rodeado de ese harén de vírgenes. Cuanta belleza me rodeaba en esa discoteca, me sentí el puto amo por un breve instante de tiempo. Perdedores todos aquellos hombres hambrientos a los que veía por encima del hombro mirando a nuestras mujeres mientras que agitaban sus pelos atravesando con ellos los chorros láser. Que tan agradable olían los perfumes de sus cuellos cada vez que me acercaba a murmurales algo al oído; como movían sus nalgas al ritmo del sintetizador y las voces angelicales del *progressive*. Así me dijo que se llamaba esa música mi amigo que nos entró gratis. Esas mujeres me habían hipnotizado como si me hubieran puesto al frente un reloj de péndulo, estaba embriagado de frenesí y por supuesto, de otros venenos sintéticos, fueron unos treinta minutos que guardé por siempre en mis buenos recuerdos, o no sé cuánto tiempo pasaría durante ese baile en el cielo, hasta que de repente me encontré sentado en el sillón de terciopelo hablando frente a frente con Nashwa. Ese era el nombre de la mujer del Líbano a quien ya había planeado pedirle que tuviéramos tres hijos y nos mudáramos al extinto califato de Córdoba.

—¿De dónde eres? —me preguntó ella hablando un español perfecto. La princesa estudiaba idiomas.

—Vengo del futuro —le respondí como lo hubiera hecho en mis mejores épocas de lechuguino alebrestado.

—¿Del futuro? Ja, ja, ja

—Sí, vengo del futuro y he venido a decirte lo que te depara el destino ¿Quieres saberlo?

—Por supuesto —me respondió con la misma sonrisa que me había regalado antes la robustica mujer del *bachelorette party*—. Dí-



melo por favor.

—Bueno, pues prepárate porque en los próximos cinco minutos voy a besarte apasionadamente, luego vamos a bailar y divertirnos el resto de la noche, vas a enamorarte perdidamente de mí y vivirás conmigo. Finalmente vamos a casarnos, tendremos tres hijos y viviremos en una casa con balcón en Andalucía.

Nunca creí que el mismo truco barato y desgastado que usaba desde que tenía treinta, fuera a funcionar de nuevo. Sin embargo, ella se sonrojo y río intensamente.

—Te equivocas, yo nunca quiero casarme y menos tener hijos.

—Pero eso era antes de conocerme. —Ella volvió a sonreír tímidamente. Y la vi capitular ante la intensidad de mi bombardeo.

Entonces, como ya había comprobado que los cimientos estaban sólidos y secos, me dispuse a cumplir con mis predicciones y a darle un beso en la boca, cuando de repente, del humo olor a confite de la disco, apareció el resto de la tropa y se sentaron a nuestro lado. El maldito bastardo de Connor, tuvo la osadía de hacerme correr para sentarse en medio.

—¡Cheers mate! —dijo Connor, uno de mis nuevos amigos londinenses, obligándonos así a pararnos del sillón y formar un círculo para chocar los vasos en el centro.

Connor comenzó a dar un discurso breve para explicar la situación y el motivo del brindis, explicó que yo estaba celebrando mi cumpleaños y que por eso era su invitado especial. Pero yo no quería eso viejo. Gracias maldito sangre de yuca por meterte donde no te corresponde. Lo insulté por dentro. Yo solo quería que me dejaran solo para darle un beso a mi futura esposa antes de que se enfriara el momento. Eso era todo. Así de simple. No pueden hacerme esto si ya estaba a punto de conseguirlo de la manera más sutil y elegante como la vieja guardia desplegando todo su talento.

Y entonces, Connor utilizó toda su batería para derribar el bombardero.

—¿How old are you mate? —me pregunto cerrando los párpados levemente, como aquel que intenta adivinar las letras más pequeñas en el cuadro del oftalmólogo.

—¿How old are you? —Monareta le regreso la misma pregunta a Connor, en un intento desesperados por rescatarme. Mi amigo sabía que ya me habían averiado los motores. Iba en caída

libre. La tragedia era inminente.

—I am 21 —Respondió Connor.

—¿And you? ¿How old are you? —mi amigo siguió preguntándole a uno por uno con la esperanza de desviar la atención y que yo pudiera aprovechar la distracción para salir ileso.

—19, 21, 20, 23... —Respondió cada uno respectivamente.

Y aunque las buenas intenciones de mi amigo eran evidentes, lo que hizo fue colgarme un bloque de concreto en el cuello y lanzarme a la profundidad del océano, porque cuando ya me iba a fugar con la excusa de ir al baño, Nashwa me dio una estocada que me atravesó el corazón.

—¡Today is your birthday! ¿How old are you? We all want to know. Porrr favorrr.

Por favor Alá, ya que tú eres el culpable de meterme en esto, abre la tierra para que me trague hasta su núcleo de fuego, pedí sabiendo que de todas formas ya estaba muerto. Por primera vez en mis 40 años de vida, pensé en mentir sobre mi edad y vacilé en dar una respuesta. A lo máximo podría pasar por treinta y cinco, creo. Ya me han dicho antes que los aparento ¿Y si se dan cuenta que estoy mintiendo? ¿Podría existir un auto oprobio más grande? Entonces un ataque de dignidad me tendió la mano y me lleno de coraje para decidir enfrentarlos con la frente en alto.

—I am forty —dije con una seguridad petética — But I look like 35. Ja, ja, ja.

Fui el único que pretendió una risa ¿Por qué se me escapó esa estupidez de que parezco más joven? mi subconsciente me había puesto una zancadilla. ¡Ya estaba decidido no decir eso! Por favor gran pendejo, si todo el mundo sabe que eso no es cierto, ese cumplido no es más que un estribillo que la gente siempre le dice a uno por decencia. Me castigué severamente. Y luego, hubo un doloroso y prolongado vacío, nadie respondió nada, nadie me lanzó un salvavidas.

—Excuse me I have to go to the bathroom —dije ya arrastrandome por el suelo.

Me retiré con la mirada clavada en la punta de mis zapatos, la alegría y el frenesí de la noche de inmediato se desvanecieron. Atravesé la pista de baile y llegué al baño sin darme cuenta, fue como si me hubieran sacado el cerebro y encendido el piloto auto-

mático. Tomé agua de la canilla, como un litro y medio, y luego me lavé la cara con ambas manos esperando que el agua me enjuagara la tristeza y la vergüenza.

Sentí que una mano me tocó el hombro y vi el rostro de Monareta reflejado en el espejo.

—¿Estas bien parcero? —me pregunto compasivo.

—No pasa nada mi pana. Es que esa pepa me cayó mal, hace mucho que no metía nada de eso.

—Creí que te habías molestado con lo del cumpleaños. Como has estado tan susceptible con esa vuelta de la vejez...

—¡Esas mujeres no tienen ni los veinticinco! Yo podría ser su padre parcero ¿Que estamos haciendo aquí?

—Ya, no seas tan dramático, no es para tanto hombre. Vamos a seguir bailando y a disfrutar que es tu cumpleaños. Además, parece que le gustaste a la árabe.

—Sí, creo que sí. Es cierto. —Eso me reanimó un poco y decidí dejar a un lado tanto drama como me sugirió mi amigo— En verdad no me di cuenta cuando armé semejante telenovela de medio día.

Fuimos a la barra a comprar otro whiskey y allí estaba todavía el grupo del *bachelorette party*. Las encontramos medianamente borrachas, bailando descontroladamente entre ellas para demostrarle a propósito a los hombres que no necesitaban de su compañía. Cuando cruzamos al lado de la mujer que antes me había dado esa cautivante mirada, esta violó los códigos femeninos y me detuvo apretándome la muñeca, luego me preguntó en secreto como me llamaba y me dijo que si más tarde quería bailar con ella allí estaría esperándome. No le respondí porque su invitación me tomó por sorpresa. Y antes de que le dijera que sí, pues esa iba a ser mi respuesta, Monareta me llamo para entregarme el whiskey y arrástrame de nuevo a nuestro sillón VIP diciéndome que no fuera a caer en esas garras. Que iba a arrepentirme.

No podía evitarlo, debo reconocer que esa mujer me hacía sentir bien, fue hace muchos años que me preguntaron mi nombre y me invitaron a bailar por última vez. Gracias a ella recuperé mi autoestima por completo y me dio el coraje para irme decidido a besar la libanesa.

Aparte de su exótica belleza, parecía ser una mujer madura e

inteligente, no creo que le importe tanto lo de la edad. Me convencí a la fuerza.

Pero cuando íbamos a mitad de la pista de baile, vi en el sillón a mi Nashwa dándose un apasionado beso con Connor. Ese bastardo hijo de puta, con una mano le acariciaba el pelo y con la otra, oculta bajo la falda, le tocaba la entre pierna. Malditos niños malcriados que ya no respetan ni los códigos más elementales de la decencia.

—No le prestes atención a eso parece —me dijo mi amigo al verme quieto como una estatua bañado por las luces de la disco— el que se acuesta con niños amanece miao.

—Es cierto. Te lo dije como un millón de veces. —Contesté y luego me metí lo que me quedaba de alcohol al buche.

Una vez estuvimos todos reunidos nuevamente, hice un esfuerzo para dejar pasar el desafortunado evento y seguir celebrando mi cumpleaños con mis nuevos amigos. Con sofismas rebuscados de no sé dónde, me convencí de que nunca iba a permitir que unos cagones me fueran a dañar la noche de nuevo. Pero, lo que ocurrió luego fue peor. En un descuido me encontré bailando solo con Monareta, el harén de vírgenes había desaparecido, cada una se fue por su lado y a mí me habían condenado al ostracismo, me convertí en un proscrito tratando de atrapar a otras mujeres para persuadirlas de bailar conmigo, pero ninguna quiso volver a acercarse, fue como si después de haber confesado mi edad me hubiera podrido. Al parecer, tener 40 años en ese club parecía más grave que tener lepra. Y entonces tiré la toalla y arrojé el protector de dientes al piso. Simplemente no pude soportarlo más. Mejor me largo de aquí. Le dije a mi querido amigo que seguía esforzándose para convencerme de continuar de pie sobre la lona.

Él me acompañó a rellenar los vasos en la barra antes de irnos. Para ese momento el efecto de los químicos se me había desvanecido y mi cuerpo paso a ser dominado por la malta destilada. Comencé a caminar dando tumbos de ebrio, a respirar entrecortado, la cabeza me daba vueltas y la mujer que me había preguntado mi nombre ahora parecía tener un mejorado aspecto, me gustaba y con rabia, sobre ella quería descargar todos mis deseos reprimidos y el maltrato la cual me habían sometido, entonces me acerqué y le pregunté su nombre. Evelyn, se llamaba. Me ofreció unos

*shots* dobles de tequila y lo que ocurrió de ahí en adelante ya no lo recuerdo.

Solo sé que volví a recuperar mis cinco sentidos al siguiente día, cuando me encontré abrazando ese sanitario y con medio cuerpo bañado en vomito reseco. La cabeza se me iba a reventar y sentía la presión sanguínea taladrándome el cerebro. Al recobrar el olfato vomité de nuevo, pero ya no me salía ningún solido de adentro, solo líquidos amarillos fluorescentes color *Red Bull*. Logré pararme del piso y con ambas manos en la cabeza tratando de evitar el mareo regresé a mi habitación. En mi recorrido por el pasillo me topé con otro par de inquilinos jovencitos que me miraron con una mezcla de pesar y desprecio. Me dijeron algo jocoso que no le encontré sentido, me preguntaron que si había destrozado la cama anoche.

Y cuando creí que mis dolencias no podrían ser peores, al abrir la puerta de mi habitación la encontré ahí. Era Evelyn, estaba durmiendo como si hubiera sido sedada por un dardo para elefantes, chorreando baba sobre la almohada y debido a su posición diagonal ocupaba la cama entera, su cuerpo desnudo, como esos dinosaurios de juguete que se meten en agua, al parecer había crecido durante toda la noche. Al lado de la cama estaba la papelera y toda su basura mezclada con más vomito. La habitación olía a esos fluidos estomacales mezclados con cigarrillo, perfume, sexo, látex, alcohol y trasnocho. Sobre el tapete estaban esparcidos mis pantalones, sus prendas íntimas, unas cuscas, un cenicero volteado, un paquete de cigarrillos arrugado, el bolso de ella, unas botellas de agua y una de vino vacías. Pero lo que más me llamó la atención fue la holgura de sus pantis cuando los levanté con un lápiz como si fueran evidencia en la escena de un crimen. También confirmé la falsedad de sus pestañas, pues tenía una de ellas pegada en el cachete. Caminé por mi habitación sigiloso como un gato al acecho, iba examinando toda la evidencia para reconstruir lo que había pasado, aunque no habría que ser un experimentado agente del FBI para resolver el caso. Me desplazé en la punta de mis pies evitando la tragedia que sería despertar a Evelyn y abrí el closet para sacar mi toalla pues necesitaba una ducha urgente, y en mi travesía por el campo de batalla vi tres condones en el piso, pero ninguno tenía el nudo hecho. ¿Intenté tres veces? Y cuando abrí el closet con una torpeza que desconocía en mí, me golpeé el dedo pequeño del pie

con la puerta. El condenado y su uña me quedaron atrapados en el bisel de aluminio que sirve de guía, no pude evitar soltar un gemido de dolor, y a continuación traquearon las tablas de la cama pues ella se había movido.

—Hi Baby. Good morning —me dijo desde la cama con una voz gutural golpeada por el humo del cigarrillo— Come back to sleep sweetheart, or are you going to make breakfast?

La campanita del horno sonó para advertirme que la crisis se había cocinado.

## 5. EL REGRESO.

Durante la semana posterior a mi cumpleaños no paré de darme golpes en el pecho, me hubiese gustado flagelarme hasta sangrar, pero con el sufrimiento que me provocó el guayabo fue suficiente. Antes, unos diez años atrás, esta huelga del cuerpo duraba medio día, y si el exceso había sido muy desmesurado, a lo máximo un día completo. Pero, estaba inaugurando la entrada al cuarto piso y con ello un sin número de dolencias nuevas relacionadas con la ingesta de alcohol: de un momento a otro las manos me temblaban por culpa de los escalofríos, los huesos me dolían al agacharme; y en la noche, cuando en los baños del colegio que limpiaba preparaba la mezcla de jabón con agua para trapear los pisos, el olor sintético a lavanda me daba dolor de cabeza y me provocaba arcadas.

Fue en esa misma semana después de haber aspirado y sacudido la sala de cómputo, que me senté en una silla para luchar contra uno de esos esporádicos mareos. Una vez la cabeza dejó de darme vueltas, decidí prender la pantalla del computador que tenía al frente y revisar el correo que me reenvió Monareta para ver de qué se trataba. Efectivamente era una invitación, algo insípida, por cierto, no tenía muchos adornos ni mensajes. Simplemente el lugar y la hora del encuentro donde todos los amigos y familiares de María se encontrarían.

Me paré de la silla y casi me voy de frente al suelo, fui por un vaso de agua, papel y un lápiz para anotar precios e itinerarios de vuelos, pero no escribí nada, solo me quedé allí meditabundo por más de una hora frente a unas ventanitas de Windows rebotando en el marco del monitor mientras dibujaba a María como en los viejos tiempos. Luego si comencé a buscar pasajes econó-

micos para ir a Medellín en las siguientes dos semanas. Durante esa hora de profundo pensamiento había decidido, por fin, irme a exhumar el pasado que alguna vez por voluntad propia y con gran esfuerzo decidí dejar enterrado. Le atribuyo esa decisión a la crisis de la edad, pero en el fondo sabía que también se trataba de pagar cuentas pendientes.

Era obligatorio recuperar el pasado antes de que fuera demasiado tarde, parece que eso ocurre cuando comienza uno a ponerse viejo y todo hay que hacerlo con afanes. Que molestia. Decía viendo el precio del pasaje para no arrepentirme como había ocurrido antes. Era consciente que este nuevo ejercicio me recordaría el dolor y el daño por el que ya había pasado. Pero también era consciente que ahí estaba la clave para salir de mi crisis. Si quería parar el vértigo había que dejar de seguir huyendo. Por más de veinte años había estado tratando de olvidar esa funesta tarde en que la vida me cambió para siempre, pero ahora que era consciente de mi deplorable estado, entendí que la mejor manera de recuperar el sentido de mi vida, consistía en volver a visitar los lugares y la gente que me hicieron la persona que soy. Iba a inyectarme el antídoto asumiendo el riesgo de morir extrayéndole el veneno a la serpiente.



## 6. UN GOLPE MAESTRO.

Algo insospechado me ocurrió cuando finalmente regresé a Medellín, y fue que un viejo y olvidado flagelo que al parecer había estado invernando con los ácaros de mi almohada durante mi ausencia, despertó para torturarme de nuevo en el instante en que volví a poner la cabeza sobre ella. No sé si para la medicina occidental el insomnio sea una patología y de ahí los químicos convertidos en pastillas, pero si puedo asegurar sin importar que los galenos me quemén en la hoguera, que se trata de una enfermedad perversa que lentamente destruye la psiquis del individuo. Así que 20 años después, cuando creí haberlo derrotado por completo, me encuentro nuevamente tratando de conciliar el sueño en la casa de mi madre en San Joaquín. Y al igual que en el pasado, sin explicación alguna, comencé a despertarme antes de que sonara la alarma, luego a las cuatro, tres, dos, y a la una de la mañana. Hasta que finalmente me acostaba a las once de la noche para despertarme a las doce y no volver a pegar las pestañas.

Cuando ese espíritu maligno me poseía, me revolcaba sobre las sabanas calientes y luchaba contra mi mente tratando de dominarla; contaba ovejas sin poder pasar de las 40 porque ese número me molestaba; leía un libro, pero no lograba concentrarme más de dos páginas; prendía la televisión, pero nada de lo clásico funcionaba. Hasta que finalmente pude encontrar una rutina que no solucionó el problema pero que me terminó gustando y me ayudó a no terminar metido en un manicomio: primero le pedía a Morfeo que dejara de hacer el ridículo tan tarde y que aceptara su derrota, luego iba al baño para llenar el sanitario de espuma después de orinar como caballo y me preguntaba ante al espejo como si es-

tuviera entrevistando a Darwing ¿Por qué diablos y con qué necesidad evolutiva me estaban creciendo pelos púbicos dentro y en las curvas exteriores de las orejas? ¿Acaso ya no dejamos de ser Neandertales? y luego, con ese tipo de preguntas que agudizaban más mi batalla contra el tiempo, me iba a pensar y recordar mientras patrullaba en mi patineta las calles a las tres de la mañana.

Me gustaba visitar los sitios que frecuentaba cuando fui un adolescente y presenciar cómo la ciudad se va despertando lentamente; como cambian los colores del cielo y de las fachadas de las casas; ver las ratas comer sin apuros sobre las bolsas de basura arrumadas en un poste, me refiero a los humanos y a los roedores, ambos parados sobre el mismo nivel de la cadena alimenticia. Ya lo entiendo Darwin. Viendo la gente con sus brazos rectos empujando sus carritos de rodachines con cigarrillos, chicles y empanadas; otros con sus mochilas y bolsos terciados al hombro caminando cabizbajos para llegar a marcar tarjeta; ver la paradoja de los que pudiéndose dar el lujo de dormir como bebés, prefieren salir a correr o montar en bicicleta antes del amanecer. Tal vez tengan los mismos espíritus malignos compartiendo almohada. Ver los pétalos de las escasas flores y las hojas de las matas dormilonas abrirse; las panaderías, los bancos y los almacenes que con el sonido metálico de sus rejas hieren el silencio de la madrugada; la iluminación artificial de las bombillas que va cediendo ante la luz natural; el canto de diferentes tipos de pájaros que por un segundo me transportan a una selva imaginaria, recordándome también que en la ciudad, a diferencia de los ratones, los perros y los gatos, todavía quedan ocultas algunas especies de aves rapaces, no de las que te meten dos puñaladas por un reloj, si no los dos búhos gigantes que a veces me encuentro cuando voy por la ciclo ruta de la Bolivariana. Animales que considero mi quimera más preciada. Lo único que en la vida me he encontrado por pura suerte. Esas dos hermosuras de aves con ojos gigantes que me dejan paralizado cada vez que me los encuentro, son el motivo principal de mi patrullaje por esa zona.

La primera vez que las vi me volví adicto a ellas, me sentí como Quesada si tal vez hubiese encontrado El Dorado. Y lo más brutal de esa escena, es que los búhos siempre están juntando ala con ala como si vivieran en el más idílico de los amores, sin importarles el miserable entorno al que fueron confinados. Siempre están allí

quietos y tranquilos en la madrugada, solo moviendo sus radares caza ratones, mientras se sujetan con sus garras a un cable de 480 Voltios que se pierde entre el follaje de los árboles que a su vez resisten las hambrientas motosierras de las constructoras del alcalde. Al comienzo me sentí tentado a llamar a la sociedad protectora de animales para que los rescatara, pero la verdad es que no quise que me los quitaran, yo los había descubierto y eran míos. Además, si hubiera llamado al gobierno, con seguridad hubieran terminado en la minorista muertos de tristeza en una jaula.

Con un tinto y un cigarrillo en los dedos ruedo sin afán en la tabla, le doy vuelta a la universidad, a las aceras de la setenta, llego a San Juan, bajo a Barrio triste, y sin ninguna explicación lógica me meto a esas calles llenas de grasa y de fantasmas, saludo con un movimiento de cabeza y un silbido al Niche, La Loca del Cochecito y El ciego de Arrabal, algunas veces me encuentro a Memo todavía lamentando la muerte del indio Eliecer, subo paralelo a la canalización de suramericana, le doy una vuelta al Estadio y finalmente regreso a casa muerto del sueño y del cansancio para comenzar con mi jornada. Y es durante esas trasnochadas que, sin llamarla, le da por aparecer a la nostalgia para que también la lleve montada en la tabla. Le gusta aparecer porque fue rodando sobre esa madera, que trascurrieron los mejores días de mi vida. Ella es la que me obliga a terminar siempre recordando mis inocentes fechorías y el día en que le di mi primer beso a María.

Y aunque siempre olvido la fecha exacta de aquel fugaz momento, no hace falta revolver los cajones de mi memoria, porque puedo leerla en el pedazo de cartulina que lleva impreso mi nombre, la firma del ministro de educación y mi título de bachiller lasallista. 20 de noviembre del año 95, dice el amarillento diploma ya curtido por los hongos hambrientos de celulosa. Ese fue un día bastante especial en mi vida, no por la importancia de mis grados, sino porque esa tarde experimente lo que considero la felicidad completa. Comparable solo con aquella que había sentido el día en que el niño Dios me dejó bajo la cama mi primera patineta.

Eran las 9:25 eso sí lo recuerdo perfectamente porque todavía puedo ver con nitidez las manecillas del reloj apuntando esos dos números impares. Infestado de nervios hasta el tuétano, me senté en la banca de la capilla acompañado por mis compañeros de once

B. Comencé a respirar profundamente tratando de controlar el miedo y la tembladera del pie derecho que no paraba de desobedecerme. Llegué a la ceremonia unos 30 minutos antes que María y ya estaba empezando a ponerme de mal genio, porque sospeché que no vendría y que mandaría todo el plan a la trastienda. Pero, para mí fortuna y la de Calambre, entró por la puerta principal apenas rozando el límite de tiempo y se sentó a mi lado según lo acordamos. Estaba más hermosa que de costumbre, lo cual creía imposible hasta esa mañana que le vi su rostro iluminado por los vitrales de colores que hacían de ventanas en la capilla del colegio San José. Cómo me enloquecía su sedoso pelo negro con olor a chicle, esos ojos caramelo *Kraft* traídos de Tolú y enmarcados por gruesas pestañas que mordían como las hojas de una planta carnívora. Cuanto me gustaba esa piel de porcelana sobre la cual resaltaban sus gruesos labios y sus mejillas siempre cargadas de sangre. Ella era una mezcla de bellezas lejanas, pero tan latina y tan hermosa como la misma Cumbia; para mí, un ángel oculto tras una toga y un birrete. Dios mío, no puedo soportar tanta perfección, me dije apenas se sentó a mi lado y contra mi voluntad tuve que persignarme.

El día anterior a la ceremonia había sido el definitivo, porque a pesar del riesgo de que le mancharan su hoja de vida para siempre, luego de ya haber sido reseñado porque lo descubrieron *grafitiando* las paredes de los baños, Calambre, mi máspreciado amigo del alma para ese entonces, finalmente había aceptado cumplir con su parte del plan.

—Por favor Calambre, te lo ruego, eres el único que puede hacerlo, tú sabes que todos esos curas son unos putos ladrones, mafiosos y abusadores de menores. Se lo merecen —le dijo María la mañana previa a la ceremonia de graduación, mirándolo a los ojos mientras le sostenía las manos e inyectándole a sus palabras todo el poder histriónico innato en ella. Y él, derrotado por el hechizo, contestó finalmente con su silencio que si lo haría. De cualquier manera, él iba a graduarse por ventanilla.

La ceremonia comenzó con el himno nacional y la marcha Lasallista: Virtud, Saber, La Salle, La Salle, doquiera triunfara... Luego un extenso discurso del rector al que ni María ni yo le prestamos el mínimo de atención, pues estábamos concentrados en

el escape de Calambre, quien a discreción se había sentado en la última silla de la capilla para poder escabullirse sin despertar sospecha. En mitad del discurso, María me golpeó con el codo y yo tratando de disimular mis nervios, pude ver por el rabillo del ojo a Calambre saliendo por la puerta trasera. En ese momento comencé a destrozarme las uñas a mordiscos porque ya no habría forma de detenerlo en la ejecución de su tarea. Y yo, que siempre he sido un cobarde, quise levantarme de la banca y escapar corriendo hacía mi casa porque estaba arrepentido, pues al final de cuentas yo por impresionar a la niña, y complacerla en su odio hacía los curas, había diseñado el plan que en ese momento se ejecutaría.

El papel que ella desempeñó también la involucraba sin posibilidad de salvarse, porque consistió en convencer al inocente y retardado hermano Alirio, el cura que remplazó a Calambre en la cabina de audiovisuales, para que la dejara entrar a dicho recinto con el pretexto de volverse a ver la película "las bondades de la doctrina cristiana en la vida de los adolescentes modernos". Retreta inverosímil, que solo podría materializarse bajo las narcóticas palabras de María. Una vez estuvo sola viendo la película en el VH, pues Alirio iba al baño cada diez minutos, sacó de su mochila una botella con agua y una pasta de jabón de manos. Los cuales mezcló en una bolsa plástica para poner blanda la pasta y grabar en ella con la presión de sus dedos, la forma de la llave maestra que permanecía colgada en un clavo. Labor que ejecutó de manera magistral al mejor estilo de una espía contratada por el mismo Stalin. Una vez salió de la sala y vimos el jabón seco, quedamos estupefactos con la precisión de los detalles grabados en él, luego vaciamos en el jabón la mezcla de una resina que mi padre me había enseñado a preparar y así sacamos una muestra de la llave original que perfeccionamos luego copiándola en metal y puliéndola con una lima. Y no es que yo fuera un genio de las conspiraciones o un fanático de las películas de la guerra fría. La explicación de todo eso es menos romántica, y se debe a que mi papa es cerrajero, y esos trucos de chapas, llaves y puertas me los venía enseñando desde que yo era un chiquillo.

El discurso del rector terminó y a continuación el anfitrión de la ceremonia anunció el siguiente acto: palabras del hermano y director de la comunidad Lasallista. Respectadísimo arzobispo Ge-

naro García, recibámoslo con un fuerte aplauso... Para ese momento Calambre ya debía estar dentro de la cabina y yo sentí ganas de vomitar porque en mi intestino solo había nudos. Cuando el hombre al servicio de Dios pronuncio las primeras dos palabras, el sonido del micrófono quedo anulado y en su remplazo esta fue la música que se escuchó a todo volumen en la capilla:

Dos semanas, tres semanas  
O 40 mil mañanas,  
Que pringue la madre de Dios  
Cuanto horror habrá que ver  
Cuantos golpes recibir  
Cuanta gente tendrá que morir  
La cabeza bien cuidada o muy bien estropeada  
Y nada, nada que agradecer  
Dentro de nuestro vacío  
Solo queda en pie el orgullo, por eso  
Seguiremos de pie  
Mogollón de gente vive tristemente  
Y van a morir democráticamente y yo  
Yo no quiero callarme  
La moral prohíbe que nadie proteste  
Ellos dicen mierda y nosotros amen  
Amen, a menudo llueve...

María me miró a los ojos y vi los suyos tratando de contener las lágrimas de emoción, me sentí metiendo el gol de la victoria en el minuto noventa. Pensaba en ese par de minutos que duró la música, que si moría en el acto, lo haría con una sonrisa amplia, que había cambiado el mundo, que le había dado un golpe perentorio al sistema, que por fin todos esos pederastas y abusadores, como decía María, habían recibido su merecido, y yo fui el hombre más feliz del planeta. No por toda esa retórica política que le copié a María, sino porque le había demostrado que yo estaba para cosas grandes, no como Calambre, simplemente para regalarle unas bonitas camisetas. Lastimosamente ese momento en el cual me elevé hasta la estratosfera, terminó abruptamente cuando la música se detuvo y tuve que lidiar con la realidad.

Calambre desde los controles principales no solo había eliminado el micrófono para darle entrada a la música, sino que no

contento con la maniobra, salió de la cabina de audiovisuales y quebró la llave dentro de la cerradura, por lo cual don Pacho, el viejo encargado de mantenimiento, de una patada tuvo que tirar la puerta al suelo. Mi amigo siempre exageraba y se excedía en el cumplimiento de las misiones.

Cuando la música fue interrumpida y un silencio total se apoderó de la capilla, salí del nirvana, miré hacia atrás y vi como todos los padres de familia y estudiantes empezaban a revolotear por las bancas como chapolas alrededor de una lampara, la gente discutía y mostraba su indignación con el movimiento de las manos. Entonces, dentro de la conmoción vi de nuevo entrar a Calambre empuñando sus manos. Venía celebrando como si él fuera el dueño absoluto de la gloria. Luego, sentí que las manos de María me acariciaron las mejillas y aprovechando la algarabía me dio ese beso en la boca, ese fue el fugaz momento que siempre recordaba cuando rodaba melancólico por las calles de la ciudad.

—A los directivos, a la iglesia, padres de familia, alumnos y en general a toda la comunidad presente, les pido sinceras disculpas por tan bochornoso incidente. Les doy mi palabra que encontraremos a los responsables y sobre ellos caerá el castigo que se merecen, pero sobre todo el castigo del señor por haberle profanado su sagrado recinto —Dijo el rector del colegio visiblemente humillado.

Al llegar el medio día el acto terminó, y con él, María y yo recibimos nuestros diplomas respectivamente. Entre un sabor agrídulce nuestros padres se despidieron de directivos, curas y profesores y la noticia de lo acontecido viajó tanto gracias al chisme que hasta me parece haber visto una reseña en alguna página de la prensa. Nosotros partimos con la frente en alto alzando nuestro trofeo invisible, sin importarnos mucho que en voz baja ya se comentara que hacía nosotros tres apuntaban todas las sospechas. Sin embargo, eso poco nos importó, por ahora solo debíamos irnos a casa a enmarcar el diploma, tomar un merecido descanso y prepararnos para el baile de graduación que se celebraría la noche del siguiente día.





## 7. NOCHE DE BAILE.

Desde aquella mañana de enero en que María llegó al salón de clases por primera vez, supe de inmediato cual sería mi destino y el propósito de mi existencia. Entonces, sin perder el tiempo, me puse en la tarea de buscar en lo más recóndito de mi espíritu el coraje necesario para pedirle que fuera el amor de mi vida. Pero, como nunca se me hizo fácil vencer la cobardía con la que fui concebido, había tenido que prolongar la agonía de confesarle mi amor, hasta cuando la paciencia, que también había recibido para equilibrar un poco la balanza, me premió casi un año más tarde con el beso en la capilla y la noche del baile de graduación. Esos dos acontecimientos que se dieron de manera simultánea, creados tal vez por una alineación secular de los planetas, me brindaron la oportunidad perfecta para pedirle a María que fuera mi novia. Pero inclusive, sabiendo que contaba con la ayuda de los astros, había escrito una misiva de dos páginas en caso de que a última hora se me trabara la lengua, como casi seguro ocurriría.

La verdad es que esa carta ya la había escrito unas veinte veces durante los últimos meses. Me la sabía de memoria porque cuando la tenía lista y perfumada con mi *eau de toilette* Azaro, me temblaban las piernas solo de pensar en que tendría que entregarla de frente. Entonces, me arrepentía y siempre terminaba arrugando la hoja para encestarla en el bote de la basura. Pero como le ocurre a todo ser vivo obligatoriamente, se me terminaron los plazos y mi conciencia me soltó la frase de cajón: "es hoy o nunca estúpido cobarde", por eso, la noche previa al baile, acompañado por la soledad de la media noche, terminé escribiendo y perfumando la carta definitiva.

Acostado en mi cama boca abajo y doblando las piernas hacía arriba como la portada de una revista para quinceañeras, mientras que escuchaba a bajo volumen las baladas y las dedicatorias de Música para Soñar Despiertos de Veracruz Estéreo, escribía a media luz apoyando el papel en un libro de sociales y una hoja rayada que me impedía torcer las líneas. Para firmar la carta, cuando agoté toda la melosería posible, dibujé en el último espacio vacío del papel, mi nombre y el de ella encerrados en un corazón con una flecha. Inclusive, excitado por la emoción del beso con lengua que le daría después de declararme, se me pasó por la cabeza ir a levantar el teléfono y llamar a la emisora para ventilar a través de las ondas hertzianas cuanto me gustaba esa octava maravilla. Lo único que me lo impidió fue despertar a mi madre a esa hora y que se enterara de lo ebrio que me tenía el amor. Al revés de la primera hoja, para hacer más dinámica la lectura, la dibuje a ella abrazándome por la cintura y con su cabeza recostada en mi espalda mientras viajábamos en una moto que desde ese momento tuve la obligación de comprar para que el sueño se materializara algún día. Mis trazos de kilométrico negro plasmaron su cara tan perfecta, que cuando ella la viera, quedaría convencida de lo feliz que sería al aceptar mi oferta. Sobre el papel bond tamaño carta, paralizada en el tiempo, iba con sus ojos cerrados y una sonrisa que transmitía una tranquilidad paradisiaca, pero en mi imaginación, su pelo se seguía moviendo con el viento como el estandarte de alguna legión persa. Era un dibujo que aparte de mostrar dos enamorados viajando en moto por las carreteras de las montañas antioqueñas, representaba los impolutos e inocentes sueños de un adolescente enamorado que, aplazaba con todas sus fuerzas la providencia de convertirse en hombre.

Sumado al suplicio que para mí implicaba confesarme, estaba el susto que me provocaba tener que bailar con ella toda la noche, no podía darle la mínima oportunidad a las hambrientas hienas de que olfatearan la carne fresca. Un gran problema para mí, porque eso de castigar baldosa era algo de lo que yo no tenía ni la más remota idea. Sin embargo, comprobé la veracidad de la consigna: "el amor todo lo puede" pues estaba dispuesto a moverme como un tullido alegre y soportar las burlas de profesores y compañeros, con tal de poder seguir besándola hasta que la muerte nos separara.

En la mañana del día de la celebración tuve que pasar una gran vergüenza, cuando con la cola entre las patas y con mi orgullo arrastrándose por el suelo le pedí a mi madre, como quien con el pecado encima le reza a un santo de rodillas, que por lo menos me diera algunas pistas básicas de cómo se debía coger a la pareja.

— ¡Pero si bailar es para los imbéciles esclavos del sistema! — me dijo mi madre con sus palabras untadas de ironía. Palabras que se había estado guardando para restregármelas en la cara en el momento justo, y con ello, demostrarme una vez más que con la sabiduría de una madre no se juega.

Al caer la tarde, después de pasar por la tortura de mover los muebles de la sala para improvisar una pista y bailar porros, merengue y salsa con mi madre; me probé el único saco marrón y la única corbata roja de mi padre que parecían pertenecerle más bien a un vendedor de biblias o algún burócrata del Kremlin. Luego que me los puse encima, los mocos se me convirtieron en agua y me la pasé estornudando todo el resto de tarde, pues el olor a humedad mezclado con polillas muertas me creó una desconocida alergia. Para terminar de consolidar el desastre, ambas piezas me quedaron grandes y entonces nuevamente tuvo que intervenir mi madre.

—Vio, se lo advertí culicagado, que porque mejor no alquilaba un traje. Llevo diciéndole más de un mes que se probara esos trapos asquerosos de su padre. Pero como no hacen caso, ta, ta, ta... — Parecía una metralleta con el gatillo atascado, mientras que, a la vez que disparaba municiones, con la magia de sus manos lograba disimular mi silueta de payaso con algunos ganchos y dobleces.

Lo que no me sirvió definitivamente fueron los zapatos de charol ya opacos y llenos de arrugas permanentes, entonces, tuve que usar mis tenis rotos con los cuales montaba patineta. Por lo cual me alegré, porque esas dos piezas viejas llenas de pecueca me devolvieron la dignidad que me había quitado el traje.

Para la fiesta, el colegio había alquilado el elegante casino de oficiales de la cuarta brigada. Así lo hacía todos los años gracias a la proximidad de los curas con los generales de la república. La celebración comenzaría a las 9 pm, y aunque yo estaba vestido y recién motilado con la plancha desde las siete de la noche, no pensaba llegar hasta después de las 10 pm, pues no quería aparecer

de primero como siempre, o por lo menos no antes que Calambre y María. El chisme de que la mujer más hermosa del colegio me había besado en la capilla, seguramente ya habría dado tres vueltas a las canchas de fútbol, metido tres goles, nadado en la piscina olímpica incluyendo clavado de tirabuzón desde el trampolín, comido en las dos cafeterías y llegado a donde yo más quería, a oídos de Calambre. ¡Ya lo había decidido! esta vez yo sería el protagonista y debía comenzar por hacerme el importante llegando tarde. Por lo menos esa era la única estrategia que hasta ese momento se me ocurría.

Finalmente, cansado de esperar en casa viendo *Naturalia* y *Sábados Felices* con mi abuela, me fui a eso de las 9:30 y aparecí en la fiesta a las 10:00 con las axilas ensopadas. Apenas me bajé del taxi, sentí las miradas de mis compañeros devorándome lentamente como larvas a la basura, con lo cual confirmé como el plan de la capilla nos había convertido ya en leyendas. Esos compañeros y profesores que me encontré en el camino me estrechaban la mano sin poder disimular la sospecha en su mirada. Inclusive no faltó quienes sin pudor me dijeron «se fajaron con la broma de la capilla» ó «ustedes son una vergüenza para La Salle». Y yo pensaba: ¿Cuál broma? Malditos imbéciles. Si de algo carecía esa misión fue de esa característica. Pero esa visión sesgada y predecible de los borregos adoctrinados, como los clasificaba en aquel entonces, hacía que para mí ese acto de protesta fuera inclusive más importante. Y el comentario de la vergüenza para La Salle, ese sí que logró enaltecerme.

En mi colegio auto denominado cristiano, católico, apostólico y romano —como para quien no quiere la cosa— ubicado en la parte alta de una loma del barrio Boston y tocando la frontera donde empieza a levantarse el cerro Pan de Azúcar, estudié con toda clase de especímenes y personajes. Predominando los de clase alta, pero también había clase media y pobres diablos que lograron entrar gracias a una beca; como era el caso de Calambre y estudiantes como yo, que teníamos que recurrir a la compasión de tíos y abuelos para poder recoger la plata y pagar la matrícula.

Dentro de ese amplio espectro de clases, las aficiones y los gustos personales determinaban la división de los clanes. Componiendo el perfil de la alta alcurnia, estaban mezclados los hijos de hacen-

dados con sus reconocidos abolengos y los tenebrosos hijos de mafiosos que llegaban con escolta a todas partes y a los cuales nosotros metíamos en el mismo costal para etiquetarlos como los ganaderos. También existía el grupo de nerds, estos de clase media y baja, que siempre jugaban básquet en los recreos y llegaban sudando al salón de clase con su ropa hediendo a adolescente. No podían faltar en los estereotipos, el grupo arribista de los Ken y las Barbies, con sus cuerpos y caras perfectas que generalmente los exhibían metiéndose al equipo de natación y gimnasia. Existían los rudos y los aprendices de malandro que soñaban con que el equipo de fútbol los volviera famosos o los sacara de pobres. Y estábamos aparte María, Calambre y yo, que conformábamos entre los tres una desconocida especie llamada resentidos y antisociales.

Así tal cual se dividían los clanes, estaban distribuidas las mesas en el casino de oficiales esa noche. El recinto era amplio y las paredes de vidrio, el cielo elevado y el piso de un mármol blanco brillante, del techo colgaban unos candelabros elegantes que brillaban como si estuvieran hechos de oro y diamantes, y las mesas y los rincones estaban decorados con velas y flores. Sin embargo, y a pesar de tantos adornos alumbrando, la luz en general era tenue y perfecta para camuflarme cuando le diera la carta y le confesara mi amor a María. En la mitad del salón, frente a la entrada principal, había colgada una bola de espejos solitaria dando vueltas que obviamente indicaba cual era la pista de baile.

Una vez crucé la puerta de vidrio doble de la entrada, me detuve para buscar a mis amigos. Fue fácil reconocerles las cabezas desde lejos en la esquina izquierda del recinto. Como era de esperarse solo estaban María y Calambre sentados en la mesa que en realidad era para siete u ocho personas. Cuando ella me vio, no esperó a que yo fuera donde ellos, sino que se paró de la mesa y con una alegría incontenible se vino para darme un abrazo por el cuello, de esos que le permiten a la mujer centrifugarse y volar con sus pantorrillas por el aire.

Me sentí como un minero regresando a casa después del desastre. Con ese acto María me quitó de encima el peso de mi cobardía y por qué no, tal vez aniquiló para siempre la confianza excesiva de Calambre que ya estaba empezando a molestarme. Por primera y última vez en mi vida, pude saber lo que se siente ser la

persona más importante del planeta, porque sabiendo que ella era la envidia de todas sus compañeras de clase, yo tal vez había pasado de ser un don nadie a lo más codiciado de la noche. Cuando atravesé el salón con ella cogidos de la mano, iba tan liviano que ella parecía ir arrastrando una bomba de helio por el aire.

María llevaba puesto un vestido blanco que le cubría las rodillas, un atuendo que más bien debería estar usando una niña en su primera comunión, pero con su toque personal le había dado un cambio maquiavélico a su aspecto, pues los tirantes de los hombros los tenía sueltos y caídos a propósito para que se le pudiera ver las tiras y el encaje del brasier, además de exhibir ese hermoso valle con pecas que se le formaba entre sus redondos senos. Así que, lo que inicialmente podría ser algo tierno, ella lo convirtió en una fantasía sexual incontrolable. Evidentemente, María no era una mujer corriente, y también por eso, en vez de llevar unos tacones de gala, traía puestas unas medias negras largas y unas botas militares.

Cuando llegamos a la mesa, Calambre me saludó con un golpe en el hombro y antes de que yo pudiera decir algo me hizo tragar a la par con él un aguardiente doble que ya tenía listo, trago asqueroso que de inmediato me dio una agriera terrible. Después recibí un fraternal abrazo y un apretón de mano bien fuerte. A pesar de nuestra hipócrita competencia por María, con el acto de la iglesia parecía que habíamos terminado de sellar un pacto de amistad inquebrantable.

—Lo logramos mi hermano, lo logramos. Felicitaciones — me dijo en voz baja cuando me dio el abrazo —tenemos que celebrarlo.

—¿Bailamos? —me pregunto María tomándome de la mano.

—No gracias —respondí aterrorizado cuando vi que lo único presente en la pista de baile era la bola con espejos— mejor en la siguiente.

—Vamos maricón, no seas cobarde. —Me insistió Calambre cubriéndose los labios con la mano para que María no escuchara.

Yo sabiendo que no existía ninguna salida de emergencia, me dejé guiar de la mano de mi matarife y me fui sin protestar directo al degolladero. Iba concentrado, repitiendo una y otra vez en mi cabeza las lecciones que me dio mi madre. Trataba de dramatizar el papel de un hombre confiado y sereno, pero la verdad

es que quería sacarme el corazón de mi pecho para que dejara de molestarme. Y así nos paramos solitarios en el centro de la pista de baile, yo me encontraba preparado para que los indolentes me fulminaran con sus miradas y sus burlas. Estaba sonando un me rengue, una cumbia, o salsa, no lo recuerdo bien, para mi todo eso era igual de difícil. Pero para mi asombro, lo que ocurrió a continuación fue increíble, porque una vez tomé a mi pareja por la cintura y bailé como un robot forrado en carne, otras parejas perdieron su timidez impulsadas por nuestro coraje y empezaron a sumarse. Fuimos María y yo quienes metidos entre unas descargas de humo blanco tipo miniteca, celofanes y estrobes, inauguramos oficialmente el baile.

Tal como lo sospechaba. Definitivamente era mi noche. El universo conspiraba a mi favor. Nos movimos dando vueltas sin descansar una, dos, tres y no sé cuántas más canciones, y por primera vez en mi vida entendí la magia del baile. Luego era yo quien no quería parar de moverme. La única vez que lo hice, y con rabia, fue porque María me dijo que también quería bailar un rato con Calambre.

Yo siempre me engañaba pensando que ella, por lo de los ataques y lo de su hermanita muerta, sentía lástima por él, y que al verlo sentado solo en la mesa emborrachándose, se vio obligada a sacarlo. Luego, yo sentado en la mesa iracundo, relevándolo a él en su papel del envidioso, viendo ese deplorable espectáculo de ellos bailando hasta sudar a borbotones, me dieron ganas de largarme para ver si así recuperaba la atención de ella y los comensales. Pero esa era no más que otra ilusión que no se concretaría, simplemente porque cuando ella bailaba con mi amigo cambiaba por completo su semblante. Y no faltó más que *La Quiero a Morir* versión Sergio Vargas y *I will always love you* de Whitney Houston para convencerme, como siempre lo sospeche, que ella estaba era enamorada de Calambre y de mi era quien sentía lastima. Puta vida de mierda, porque juegan así con uno las mujeres, me zampé dos tragos dobles y me metí la mano al bolsillo del saco para arrugar la carta como siempre.

En esa época yo tenía 17 años y mis compañeros se encontraban rodeando ese mismo número, es decir, casi todos éramos menores de edad y no muchos estábamos familiarizados con esas copas de

aguardiente doble. Pero como esa noche era especial, con la complacencia de los padres de familia, el colegio había permitido que se pusiera en las mesas botellas de ron y de aguardiente. Grave error, porque a eso de las 12 de la noche, empezó a cambiar la alegría y la camaradería que hasta ahora se vivía en el ambiente, por una especie de locura colectiva. Ya se veían algunos estudiantes con la corbata amarrada en la cabeza, tambaleándose y tropezándose mientras daban una ardua lucha para llegar al baño a desintoxicarse. Personalmente vi a Condorito sentado en la mesa tratando de meter su vomito en un vaso de agua, a Gargamel lo encontré orinando en el jardín de flores y a Care Lobo embolsillándose unos pequeños escudos oficiales que le quitó al saco de algún teniente.

Yo, que cuando llegué a la fiesta me había sentido tan lleno de coraje, increíblemente no había sido capaz de declararme. Poniendo en evidencia que no existía tal alineación de los planetas y demostrando una vez más, que solo yo era el único responsable de mis tristezas. El globo que cruzó el salón flotando por el aire, fue remplazando el gas noble por aguardiente, hasta terminar convertido en un simple bulto de huesos desparramados en una silla. Un par de veces que me quedé a solas con María en la mesa, mientras Calambre se iba al baño o a saludar a alguien pues yo se lo había pedido secretamente, saqué la carta arrugada y la mantuve empuñada en mi mano temblorosa, pero al momento de pronunciar su nombre: María quería decirte que... me arrepentía y la declaración la fui dejando para más tarde, provocando que el sudor de mis palmas le corrieran cada vez más la tinta a la carta. Cuando estuve completamente solo en la mesa, desarrugué el papel para estudiarlo y me di cuenta que la hermosa cara que había dibujado ya se había convertido en la de un *Gremlin*. Claro que, en mi misérrima defensa, debo decir que no fue solo timidez lo que me silenció, también había confirmado al avanzar la noche y vaciar la botella de aguardiente, la forma en que María sonreía y coqueteaba cuando hablaba con Calambre. Entonces, entendí que ese beso que me había dado en la capilla, había sido solo el resultado de una euforia temporal y que el recibimiento que me dio esa noche, había sido otra simple reacción de momento.

Miré el reloj y comencé a ponerme aún más nervioso, pues ya había pasado más de la media noche y eso significaba que solo me



restaba una hora para actuar antes de que prendieran las luces. En un momento, cuando estuvimos los tres en la mesa sentados quejándonos del cansancio que produce el baile, María se disculpó y se fue sola al corredor exterior, según ella para salir a tomar aire. La vi cruzar la puerta principal para luego recostarse en la baranda de aluminio que separaba el salón de los jardines y que protegía de una caída a los transeúntes, ya que el salón estaba elevado unas cinco escaleras del piso y tenía diferentes desniveles.

—Es ahora o nunca hermano —repitió Calambre lo que ya me había dicho mi subconsciente. Levantó el aguardiente y a pico de botella le dio mate —Prácticamente María te está rogando para que vayas y te le declares. ¿No lo ves pendejo? A la cuenta de tres, voy a ir yo si tu no lo haces. Uno...dos...tres...

Cada uno de esos segundos me retumbaron en la cabeza como campanazos de iglesia. Entonces, cuando Calambre terminó el conteo, sin mediar palabra me levanté de la silla con la carta empuñada y me fui caminando directo hacia María con la determinación de un sicario. Iba cargado de rabia y con la mente nublada, porque en esos tres segundos Calambre se había convertido en mi peor enemigo. En tres segundos me confirmó mis sospechas y con su amenaza le había echado un fosforo encendido a una pelea que hasta ahora era solo gasolina almacenada en nuestros corazones. Y mientras más avanzaba atravesando el salón, más me convencía de que nada volvería a ser como antes, que estaba atrapado entre la encrucijada del amor y la amistad, que debía escoger entre mi máspreciado amigo o el amor de mi vida. Entonces, escogí el amor de mi vida.

Cuando iba en medio de la pista de baile hubo una descarga de humo que me impidió ver por un instante. Al salir de aquella niebla vi claramente al Arracacho, un pichón de mafioso al que todos le temían, tratando torpemente de darle un beso a María. El hombre, que estaba como siempre acompañado de su pandilla de lambones, la tenía abrazada por la espalda y acorralada contra la baranda, mientras que, con su asquerosa trompa, que se movía como la de un porcino buscando comida, trataba de encontrarle los labios a María.

Mi primera reacción fue mirar hacia atrás para buscar respaldo en Calambre, esa era una situación en la que iba a necesitar re-

fuerzos. Para mi fortuna, él ya se había percatado y venía caminando con ambos puños cerrados. Cuando volví a mirar al frente, alcancé a ver los ojos de María pidiéndome auxilio, entonces, yo envalentonado por los puños de Calambre, me fui directo a rescatarla.

—Arracacho déjala quieta —dijo Calambre sin pensarlo dos veces. Porque a pesar de que todos sabían que, a Jhony Corrales, número 16 en la lista del salón, le decían Arracacho por sus raíces y facciones campesinas, no era algo que se le decía de frente.

—¿Que dijiste Mariquita? —le respondió a Calambre sin soltar a María. Por el contrario, la apretó más fuerte y le paso su lengua por la mejilla como a una paleta derretida.

Y yo, paralizado y sin poder mover un dedo, vi como dos de sus esbirros tomaron a Calambre por los brazos para inmovilizarlo y el Arracacho le dio un golpe en la barriga, todo al mejor estilo de la mafia de Scorsese. María estaba llorando y comenzó con la gritería, me miró a los ojos pidiéndome que por favor hiciera algo, que reaccionara, pero yo seguía quieto, inmovilizado por mi cobardía y cuando finalmente quise mandar un gancho de derecha a la quijada del Arracacho, sentí el frío y solido golpe de una botella en mi oreja izquierda. De inmediato caí al piso y por más que lo intente no fui capaz de levantarme, ni siquiera lograba ponerme de rodillas; me toque la oreja y por su orificio salía un delgado hilo de sangre, creí que había perdido la oreja entera porque no la sentía y porque solo podía escuchar un pito de alta frecuencia.

Desde el piso todo era confuso y el mundo me daba vueltas, era como si estuviera tomando unas polaroids y fueron estas las que logre guardar en mi memoria. Primera, Calambre se suelta de los lambe botas; segunda, Calambre toma al Arracacho por el cuello y lo domina; tercera, María le escupe en la cara al Arracacho; cuarta, el Arracacho vuela por encima de la baranda; quinta, el Arracacho se revuelca entre las plantas del jardín donde aterriza; sexta, María se tapa con ambas manos la boca abierta; séptima, los tres sentados de nuevo en la mesa y yo con un trapo lleno de hielos cubriéndome la oreja; octava, vuelvo a la realidad y me doy cuenta que todo lo había inventado en mi cabeza, afuera estaba solamente Calambre hablando con María y yo borracho en la mesa dirigiendo películas, deseando que toda esa escena que había imaginado hubiera ocu-

rrido de verdad para convertirme en héroe. Que el Arracacho me hubiera salvado de la humillación que sentía por no haber sido capaz de levantarme de esa silla cuando Calambre contó hasta tres.



## 8. UNA CHUCHA EMBARAZADA.

En una de esas madrugadas que voy rodando por las calles de la Medellín que apenas despierta, y un bus que pasa a mi lado me fumiga con su ráfaga de partículas tóxicas, recuerdo, gracias al aroma del Diesel quemado, aquellas mañanas de enero cuando junto a mis compañeros de colegio viajábamos cabizbajos de regreso a clases después de terminadas las vacaciones. En ese entonces, Íbamos hombro contra hombro y de a tres en cada banca, teniendo que aguantar las náuseas provocadas por el olor a combustible expulsado por el exosto. Todo el interior del bus olía al fogón de petróleo que mi madre uso durante el apagón que nos regaló Gaviria. Y aquél que más sufría de un posible mareo, era el angurrioso que se sentaba al lado de la ventanilla para usar el vidrio como almohada y dormir una hora extra, que es lo que tardaba el bus número 18 en completar su trayecto: Robledo—Boston. Todos esos estudiantes de frentes mantecosas y cachetes invadidos por espinillas, íbamos tan tristes de regreso a clase que parecíamos la selección Colombia después de su eliminación cada cuatro años. Bueno, si es que un milagro primero la clasificaba.

Sin embargo, y a pesar de la apestosa atmosfera, la verdad es que yo iba cantando por dentro gracias a un secreto que mantenía bien guardado. El cual me permitía viajar feliz así estuviera haciendo un esfuerzo para mostrar con mi rostro lo contrario. Y así lo hacía porque tenía miedo de que me delatara mi entusiasmo e hiciera que me encerraran en el conjunto de los nerdos. Mi secreto era la inmensa alegría que me provocaba volver a clases. En un comienzo, esa alegría nació porque no tendría que quedarme en casa viéndole la cara al borrachín de mi padre y a mi madre llorando

la banca rota del infeliz. Quien, a propósito, cargaba a cuestras con la paradoja de no poder sostener económicamente más putas en la calle por sostener tantas putas en la calle. Pero luego de digerir esa horrible etapa, mi gusto por los vectores, los isométricos, el imperio persa y las mitocondrias terminaron convirtiéndose en un sentimiento tan sincero, que podría afirmar sin temor a equivocarme, que en el San José pasé los mejores años de mi vida. Esa felicidad que me generaba la academia y el conocimiento me atraía porque me hacía sentir diferente; inclusive podría decirlo también en secreto, que me hacía sentir superior al resto.

Mientras ruedo por Barrio Triste en mi tabla, sigo evocando esos días de adolescente debido al olor del papel nuevo que emana de una moribunda tipografía, eso me hace immortalizar las vísperas de regreso a clases, cuando me deleitaba con el olor combinado de los lápices, de los libros y los cuadernos nuevos. En aquella época me sentía como un adicto, tomando en mis manos un puñado de crayones, cerrando los ojos y metiéndome su aroma hasta lo más profundo de los pulmones. Tal como si fuera un gramo de polvo blanco. De ese mismo que seguramente estarán mendigando estos pordioseros tirados en las aceras de los talleres. Asimismo, recuerdo que, como si se tratara de un ritual casi espiritual, me quedaba hasta altas horas de la noche marcando con una atención quirúrgica cada cuaderno; usaba para ello herramientas como la escuadra, el transportador y el compás. Y como inspiración dibujaba calaveras y llamas, combinadas con letras en perspectiva adornadas de sombras y efectos de grafitero. También copiaba las fuentes de las caratulas de algunos de mis discos favoritos. Parecía decir en la primera página de mis cuadernos: *Metallica* en vez de Matemáticas o *Slayer* en vez de Sociales. Y en la última hoja como ñapa, estrenaba los Prismacolor dibujando la carátula del *Master of puppets*, del *Seasons in the abyss* o le daba un toque criollo al Eddie de *Maiden* en la batalla de Waterloo rodeado de soldados moribundos e izando la tricolor en vez de la bandera inglesa.

Pero ahí no terminaba mi amor por los dibujos y los cuadernos, hay más. También les forraba la portada con envolturas de chicles y chokolatinas raras que traían mis amigos del salón que podían viajar a Disney. Papeles que yo recogía secretamente de la basura y que iba recolectando a lo largo del curso hasta tener suficientes

para cubrir los cuadernos del año siguiente. Luego, creaba un collage colorido de *Milkyway*, *Snikers* y *M&M* y lo cubría con *contact* transparente. Especialmente un cuaderno que era el consentido. Se trataba de uno que tenía separado solo para pegarle las letras de las canciones que salían publicadas en cada periódico del domingo. Letras de canciones en inglés con sus respectivas traducciones. Yo coleccionaba todos esos recortes y los pegaba con Pegas-tick en cada página hasta que llenaba el cancionero. Finalmente, escuchaba esos temas que grababa de la radio y cantaba en inglés con un terrible acento, pero al menos, entendiendo lo que estaban diciendo.

Así pues, y con el incentivo adicional de viajar por primera vez en la última banca del bus con los de grado once, me levanté en la mañana del año 95 con un envalentonado semblante. Mi madre me despertó como siempre lo hacía desde que estaba en kínder, con una sacudida leve del hombro y su particular: "A tierra zán-gano". Después de pelear con el sueño unos minutos que parecían una eternidad, y qué a propósito, para esa época aun lo conservaba intacto, me iba a orinar al baño estrellándome contra las paredes como un cucarrón mierdero, para finalmente despertar por completo dentro de la cabina acrílica de la ducha que nunca había funcionado bien y dejaba escapar el agua a cantaros. Eso explicaba la trapeadora y el balde siempre listos detrás de la puerta. Era un baño bastante modesto, pero que alegraba a mi madre porque recién lo habíamos remodelado, si es que se le puede llamar así a tres mariposas cuyas novedosas alas hechas de fibra óptica, se iluminaban gracias a tres pilas de reloj, un cielo falso de policarbonato semi transparente con una luz blanca de neón adentro y, al cambio de las cortinas plásticas de la ducha por un marco de aluminio y remaches que nunca supo instalar bien don Arnulfo el maestro.

Luego del baño, a estrenarme el uniforme que me compraban cada dos años, cuando mis huesos se estiraban unas dos tallas y el borde de la camiseta me dejaba ver el ombligo al levantar las manos. En realidad, el uniforme era solo una camiseta amarilla de cuello azul con el escudo pegado al pecho, porque el resto del atuendo, consistía en mis tenis parchados con neumáticos y unos jeans Britania dos tallas más grandes amarrados con un cordón a mitad de la nalga —parecía un Cantinflas borracho— era la frase

típica de mi abuela y mi madre cada que me subían la camiseta para burlarse de mi atuendo.

Esa mañana me sentía ya lo suficientemente grande y seguro para llevar mi patineta al colegio y practicar en el recreo unos trucos que sobre unas hermosas escaleras ya tenía diseñados en mi mente. Pero me terminó pasando lo de siempre, apenas llegaba con la tabla a la puerta de la casa, por pena de estrellarme frente a la mirada de medio colegio, siempre me terminaba arrepintiéndome y dejaba la tabla debajo de la cama esperando mi regreso. Antes de salir de la casa, al comedor donde me esperaban calientes un café con leche, pan tajado con mermelada de fresa, huevo, arepa y quesito. Luego cepillada con Kolynos —como hasta hoy llama mi madre a cualquier crema dental— y finalmente la despedida acompañada de una cruz imaginaria qué como lo hace el Papa, trazaba en el aire con su mano derecha mientras decía: Padre, hijo, espíritu santo, amen. La virgen lo acompañe mijo. Juicio.

Me gustaba salir arropado y caminando en el frío de la mañana, que a las 5:30 todavía estaba cruda. La luz ocre de las bombillas en los postes hacía brillar las gotas del rocío esparcidas como cristales sobre la manga de la urbanización donde jugábamos fútbol y béisbol. Iba con mi *walkman* en una mano escuchando un casete de Distorsión Social, una música tan selecta y escasa que rayaba con lo arcano, y con la cual, había que tener cuidado seleccionando a quien se la prestaba, pues el Bull Metal se la había prestado a un amigo del amigo de otro amigo, y quien la copiara sin permiso del dueño podría morir quemado en una cruz o dilapidado con arengas de casposo en la palestra pública. Eso hacía que disfrutara al máximo ese exclusivo lado A, pero no menos disfrutaría sentado en el bus el lado B del casete que contenía la grabación que había hecho la noche anterior directamente del programa Rock and Pop 98.9 FM donde Donnie Miranda había puesto temas de *Bon Jovi*, *Poison*, *Kiss*, *Guns and Roses* y otros peludos andróginos de caras maquilladas. Mientras iba en el bus escuchando esa grabación, me imaginaba tocando la guitarra en uno de esos conciertos y recibiendo braiseres que me lanzaban mujeres rubias en la cara.

También llevaba terciada al hombro, la mochila llena de esos aromáticos útiles escolares, pero este año contenía algo especial adentro, porque finalmente mi madre había hecho un esfuerzo es-



pecial con la plata de la natillera, y en navidad pudo complacerme con uno de mis deseos más codiciados: Un juego de *Rapidografos Rotring* punta 0,2, 0,4 y 0,5 mm y un tarro de tinta china negra — con la que luego terminaríamos mis amigos y yo, tatuándonos con agujas de coser como los reos—.

Comencé a escalar las más de doscientas escaleras que separan el bloque 67 del extremo más recóndito de la carrera ochenta que muere en las lomas de robledo. Cuando iba en la mitad del camino, donde los peldaños se alargan unos dos metros, vi las gotas de sangre que yo mismo había dejado ahí regadas y me examiné los nudillos raspados casi hasta el cartílago, pues un par de noches atrás, por poco los había dejados esparcidos en el pavimento, cuando saltando escalas sentado en mi patineta, hice un mal cálculo entre la fuerza y la distancia y dejé aprisionadas las manos entre la tabla y el cemento. Gajes del oficio. Nada de nervios. Decía con orgullo cuando me lo preguntaban, como si se tratara de un veterano mostrando una esquirra enterrada.

Luego de la pausa que hice, al parecer solo para lamentarme de mis malos cálculos, miré al costado derecho, lugar en que estaban clavados en unas planchas de concreto los pasamanos y los columpios, y donde en vez de niños siempre había mariguaneros semi desnudos haciendo barras y fumándose a plena luz del día lo que en sus casas eran secretos. Pero en verdad lo que observaba siempre que pasaba por allí, era un Yarumo gigante al lado del pasamanos que regalaba su sombra al medio día y del cual colgaba una llanta vieja donde entrenaban a Damián, el *Pitbull* de Care Tía: Uno de los mariguaneros más temidos de la unidad —las malas lenguas decían que también era un matón del cartel, marica y Bazuquero—. Esa llanta ahí solitaria meciéndose a esa hora levemente con el viento, comenzó a llamarme la atención luego de que Rentería, el único profesor negro del colegio, nos contó la historia de *Billie Holiday* y su canción *Strange Fruit*. Yo fui el único de la clase que le prestó atención, aunque preferiría no haberlo hecho. A veces es mejor permanecer anestesiado igual que el resto.

Continuando con mi etapa de montaña diaria, cansado porque las escaleras se vuelven cada vez más angostas y altas, comencé a pensar en mis nuevos compañeros de clase, pues para que todos los alumnos interactuaran entre sí, cada año las directivas distribuían

de diferentes maneras los grupos, siempre y cuando cupieran 45 estudiantes por salón. Y aunque quería que me tocara con Calambre, Larva, Gancho Rojo y Boli Queso por mencionar algunos que ya eran cercanos, la incertidumbre de saber quiénes serían mis nuevos compañeros me generaba una agradable sensación de misterio que me distraía un poco. Aunque para ser honesto, lo que esa mañana iba haciendo, era invocar la buena suerte y cruzando los dedos para que me tocara estudiar con Natalia Upegui, Caro Duque y Juliana Urrego, las niñas más hermosas del colegio. Ojalá este año si tuviera la fortuna de sentarme al lado de ellas, y a pesar de que yo nunca me atrevería a hablarles, esa suerte invocada tal vez me diera la oportunidad de hacerles alguna cartelera o un isométrico de último momento en clase de dibujo. Pero inclusive, aunque nada de eso se cumpliera, se lo pedía al cielo de todos modos, porque me conformaría con dibujarlas en mis cuadernos e inventar en las noches antes de dormirme cuentos épicos y románticos con ellas.

Cuando iba terminando de subir las escaleras y me acercaba a la portería por la cual salía de la unidad para llegar al paradero del bus, justo al lado de un parqueadero de buses cuyo muro de ladrillo naranja estaba coronado por afilados pedazos de botellas y vidrios puntiagudos insertados en cemento, me asusté con el movimiento brusco de un arbusto. Algo que andaba allí oculto se había percatado de mi presencia y había hecho un movimiento, entonces, me acerqué para investigar de cerca y vi en una rama, colgada de su cola, una zarigüeya pequeñita de orejas negras, hocico rosado, abundante pelo gris y dientes puntiagudos como alfileres. Para mí, una señal inequívoca de que ese día sí sería el de mi suerte. Mis plegarias habían sido escuchadas.

Me acerque con palo en mano y con cautela para estudiar mejor el animal, pues a simple vista no podía descifrar que clase de rata era esa, nunca había visto una zarigüeya en mi vida. Solo logré entender después de viejo, cuando gracias a los defensores de los animales se puso de moda el respeto por todo tipo de ser vivo, que se trataba de esos marsupiales. Pero en ese instante del encuentro cara a cara, cuando el animalito se trepó a la rama para quedarse mirándome asustado y al acecho, abrí la boca estupefacto creyendo que había descubierto una nueva especie de roedor primitivo.

Nunca hubiera imaginado que ese tierno animalito, se conver-

tiría luego en una de las mismas chuchas gigantes a las que unos años atrás, cuando teníamos que cocinar con fogón de petróleo, matamos con la ayuda de linternas y garrotes en los matorrales de la unidad junto a las canchas de microfútbol. Chucha de la cual nos percatamos estaba embarazada, porque al moverla patas arriba con el mismo garrote con el que le quitamos la vida, le vimos el vientre hinchado y moviéndose por dentro. Y siguiendo con la misma línea en la que se desvió el relato, como para confirmar que la cosa si es en serio cuando se trata de la crueldad humana. En otra ocasión también matamos a pedradas a un incauto sapo que andaba brincando por las cunetas, para luego aplanarlo con un palo de escoba y sacarle las tripas por la boca. Y para no dejarlo en los anales de las abundantes masacres colombianas, aún cuentan las viejitas reunidas en la tienda Porkis de la unidad, que una vez los metaleros colgaron un gato del pasamanos y mientras este pataleaba para escaparse, le rociaron gasolina y le prendieron fuego llegada la media noche de Halloween. Yo personalmente creo que si fue cierto, porque me lo corroboró Carnivore, el hermano de un buen amigo mío apodado Lenteja, y uno de esos mismos metaleros que participaron de la ofrenda a Belcebú.

Yo no dude en creerle, porque su crueldad me la demostró con hechos, pues mi amigo y él tenían como mascota un Titi que les trajo su padre de un viaje a la costa y al cual tenían confinado en una jaula para canarios. Un miquito mal criado que no paraba de dar alaridos selváticos y de morder el dedo cada que uno quería darle banano o acariciarlo. Entonces, un día que estaba marcando unos casetes en la casa de Lenteja, fui testigo de la mala suerte del primate, cuando Carnivore, cansado de sus aullidos de prisionero, se puso unos guantes amarillos de plástico para lavar baños, saco debajo de la poceta un balde rojo con olor a límpido, lo lleno de agua, libero al Titi de la prisión tomándolo por el cuello y lo sumergió en el balde hasta que le arrebató a las malas su triste existencia. Luego, desde la ventana del apartamento, vi cómo se fue a tirarlo al basurero como si se tratara de un juguete descompuesto. Dios mío, porque tuviste que meternos tanta maldad por dentro.

Volviendo a lo del colegio y me excuso por lo del lapsus en el espacio-tiempo. Me senté a esperar el bus bajo las tejas de zinc y los cuatro largueros de madera que formaban el paradero que más

bien parecía un cebadero de ganado. Allí llegaron también otros tres niños que viajaban en el bus conmigo, pero como estarían en octavo o tal vez séptimo, ni siquiera merecieron el saludo de alguien que ya va para undécimo.

A las 6:00 am en punto nos recogió el dieciocho. Pacho, el conductor con su nuevo corte de pelo me saludo alegremente mientras que con su mano activaba la palanca para abrir la puerta mecánica, y como nosotros éramos de los primeros en subirnos, recorrí el corredor de esa antigua máquina pavoneándome y escogiendo en cual de todas las bancas vacías iba a sentarme, y aunque sabía de antemano que iba para la de atrás, me sentía bien jugando a ser el absoluto amo del terreno. Los chiquillos se sentaron en las primeras bancas buscando la protección de Pacho y abrazando sus mochilas, estaban ya acostumbrados a cuidar bien sus pertenencias, pues quien las dejara a la deriva en ese bus, tendría luego que buscarlas banca por banca a la hora de bajarse, y no siendo suficiente ese sufrimiento, tenía que aguantar los proyectiles y las rechiflas por causar demoras en el viaje; además, cuando encontraban la mochila, esta posiblemente estaría llena de basura, escupas y alguna vez, cuenta la leyenda, que a un niño de primaria le metieron cucarachas muertas y excrementos. Yo, ya despreocupado por esas molestias de primíparos, me fui a inaugurar mi nuevo trono en la banca trasera de ocho puestos. Eran tiempos en los que, no tus padres, si no el matoneo, te enseñaba y te daba los consejos.

El viejo Pacho, al igual que otros conductores de buses de transporte público, conducían sus buses creyendo que eran carros de fórmula uno en voraz competencia. Así que bajaban la loma despertando a vagos y porteros de edificios con el freno de ahogo que causaba a su paso un molesto estruendo. Después de pasar la facultad de minas, recogíamos más niños en los Colores y Calasanz y cuando íbamos ya en la parte plana del trayecto, es decir, cuando pasábamos la glorieta de la ochenta para meternos a la calle Colombia y pasar por la cuarta brigada, ya el bus estaba lleno de estudiantes y de ese olor a Diesel mezclado con alientos mañaneros.

Recuerdo en especial esa parte del viaje, porque después de ese batallón custodiado por soldados mariguaneros, lo sé porque luego yo sería uno de ellos, en el semáforo donde se encuentra Colombia con la Setenta, es decir a pocos metros del cuartel, había un esta-

dero de mala muerte en una esquina donde se podían rentar mariachis. El sitio se llamaba Caballo Blanco y como su nombre lo indicaba tenía pintado en su fachada el logo de ese animal relinchando.

A un lado de la puerta principal del sitio, siempre estaba parado, con su rodilla levantada y su pie apoyado en la pared, el mismo jibaro trasnochado esperando hacer alguna venta. Un personaje al que yo venía analizando desde hace un tiempo y al cual le guardaba su secreto como un cómplice del delito. A ese hombre al que por su aspecto, yo describía en mis pensamientos, como el costeño de gorra azul y chaqueta de cuero negra, lo analizaba detrás de la ventanilla del bus concentrado y en silencio como un francotirador a su objetivo. Cuando nos deteníamos un par de minutos en la luz roja del semáforo, yo le seguía cada uno de sus movimientos, y por eso, me di cuenta que este metía y sacaba una bolsa negra de las canaletas que recogían las aguas lluvias del techo. Ese era el escondite para la droga y yo hace tiempo que lo había descubierto, ese era nuestro secreto jibaro de gorra azul. Yo tuve, por más o menos dos años, el poder de denunciarte, pero nunca lo hice porque yo no soy un sapo. Soy peor que eso.

Al salir de la calle Colombia, el bus bordeaba la minorista, habitada desde ese entonces en sus alrededores por extraviadas animas del purgatorio, luego nos metíamos por el deprimido de Villanueva y este nos arrojaba directamente a la Oriental, donde el bus giraba a la izquierda en la calle 51 para llegar al teatro Pablo Tobón Uribe y buscar la llegada al parque de Boston, donde, ese primer día de colegio, me quite el walkman para con uno de mis amigos, ponernos a jugar canchitas. Lúdica que consistía en amarrarle un anillo de alambre con los que se amarra el pan tajado, al tubo de aluminio en la banca del frente que sirve de soporte para las manos. Así que con ese anillo haciendo de balón y con los dedos índice y medio de jugadores, tirábamos de un lado al otro el anillo tratando a toda velocidad de hacer un gol y despertando a medio bus con el insoportable chillido de los metales, pero, como ya íbamos en la banca de atrás no nos importaban los reclamos de los otros pasajeros. Al final, luego de jugar unos diez minutos, lo suficiente para dejarnos los dedos doloridos, llegamos al colegio, desde donde podía ver la ciudad techada por la bruma y mi casa sobre ese humo en una de las lomas del frente.

Del bus directo al salón limpiándome las lagañas, el grupo que me habían asignado ese año quedaba en el segundo nivel del cúbico edificio de siete pisos con una cancha en el medio que le daba al plantel una apariencia de cárcel. Rectifico mi nombre en la lista de alumnos que está pegada en la puerta del salón, y leo con atención todos los nombres para encontrarme con la sorpresa de que este año hay una alumna nueva: María Isabela Londoño. ¿Quién diablos es esa? Pensé, imaginándome ipso facto un hermoso rostro enmarcado por un pelo azabache que es mi preferido. Entro al salón pero no veo ninguna alumna nueva, entonces me siento al lado de la ventana, en una de las tres sillas para zurdos que encuentro y mientras espero encontrarme con algunos conocidos, le pido al nuevo amuleto de la buena suerte, es decir a la chuchita, que la alumna fuera como la quimera con la que siempre sueño, para que por lo menos, así yo no fuera capaz de hablarle, me sirviera para seguir inventando historias en las noches antes de conciliar el sueño. Puesto que las que tenía ya con Natalia, Carolina o Juliana, las estaba repitiendo cada vez con más frecuencia. Además, ni rastro de esos nombres en la lista.

Pero como bien lo presentía, la fortuna esa mañana excedería cualquier expectativa, porque primero, entro al salón Calambre, mi amigo del alma que este año si se atrevió a cruzar la puerta con su patineta en la mano. Al verlo me arrepentí de no haber sido yo quien se llevará el crédito de haber sido el primero en hacerlo. Nos saludamos como siempre, agradeciendo que estuviéramos de nuevo en el mismo salón de clase. Y segundo, porque cuando el salón ya estaba lleno y sonó el timbre que daba la señal para comenzar la clase, la profesora se dispuso a cerrar la puerta, pero fue interrumpida por una mano que no le permitió hacerlo. Esa delicada mano de uñas color rosa brillante, pertenencia a María, quien con timidez se disculpó por su llegada tarde y se fue directo a la única silla vacía diagonal a mí puesto. Gracias chucha de la suerte.

## 9. DISCOS Y PINTELAS.

Las primeras clases fueron un pesado bloque de concreto: dos horas de Matemáticas seguidas de otras dos de Geometría Analítica con un descanso de cinco minutos en el medio para estirar las piernas. Pero a pesar de todos esos teoremas y de equis tal que equis, pude aguantar fácilmente gracias a la magia de mis dedos, los colores y el juego de rapidógrafos Rotring que traía en la maleta. ¿La inspiración? Por supuesto, el hermoso rostro que el destino me había puesto al frente ¿Y el título de la obra? el mismo que Isaac le dio al amor de Efraín por toda la eternidad. Pinté un retrato de perfil y uno de frente, líneas bien definidas que, inclusive con mis lesiones en los nudillos, demostraban la contundencia de mi pulso; todas trazadas con el negro intenso de la tinta china e iluminadas por los Prisma Color esparcidos con el borde de sus recién afiladas puntas. Mi plan inicial era pegar primero, entregándole a María el retrato al final del día con la excusa de darle una cordial bienvenida. Sin embargo, apenas sonó el timbre para salir al primer recreo, el plan se derrumbó desde los cimientos porque temblando arranqué la hoja del cuaderno, la convertí en una esfera y la mandé de taquito a la papelería.

Salí al primer recreo ansioso y muerto del hambre pues solo su presencia bastaba para quemar demasiadas calorías, me fui por el salón persiguiendo el rastro del champú olor a chicle que dejó suspendido en el aire y flotando como aquél zorrillo que pinta cuadros en París. Estando afuera en el corredor le perdí la pista, porque Calambre, a quien encontré con su patineta recostando los codos sobre el muro del balcón que da hacia el patio central, me llamó apenas con un movimiento leve de cabeza y me sacó del trance.

¿Nueva Powell Caballero? — Indagué por una respuesta que ya sabía.

Nuestra amistad comenzó cuando nos cruzamos en decimo grado y descubrimos nuestro mutuo interés por el dibujo y las patinetas. En el salón de clase, mientras el profesor de catequesis hablaba de los diez mandamientos y los valores lasallistas, nosotros intercambiábamos caricaturas de él ardiendo en una paila, las de nuestros compañeros con cabezas gigantes, Hitler crucificado y Jesucristo con el bigote del tercer Reich, dibujos sin sentido que hacíamos solo para ganar una sana competencia de imaginación y destreza con el pulso y los colores.

La conexión fue inmediata. En menos de un mes ya éramos ña y mugre; electrón y protón; cañón y plomo. Por eso empezamos a reunirnos en su casa de Boston luego del colegio para ver una y otra vez los mismos videos de Plan B, 911 y Rodrigo D. Pero, sobre todo, para pasar en su imponente equipo de sonido a casete de cromo, los LP de *Sex Pistols*, *Exploited*, *Operation Ivy*, *The Clash* y *La Polla Records*. Así podíamos escucharlos en el walkman mientras viajábamos en el bus o bajábamos rodando las lomas de Robledo.

Siempre era yo el que iba a su casa porque su padre tenía la última tecnología en sonido pues trabajaba manejando las consolas en Todelar, la emisora del lorito con audífonos que quedaba cerca de San Juan con la setenta. Pero principalmente, nos reuníamos allí para pintar camisetas a mano con el propósito de luego venderlas, aunque siempre nos gustaban tanto los dibujos que terminábamos regalándolas o quedándonos con ellas. Nos daba pesar venderlas, lo de empresarios es algo que ninguno de los dos llevamos en las venas.

Eso de pintar camisas con pintela se convirtió en uno de nuestros rituales más queridos y sagrados, que terminó durando más de un año; hasta cuando apareció María, porque desde que yo se la presenté a mi amigo, sin darnos cuenta nos metimos en una competencia solapada y silenciosa, que con el tiempo, comenzó a volverse más sucia y más seria hasta el punto en qué, el taller cambió su energía, pues por culpa de ella, olvidamos que pintábamos por divertirnos y no por impresionarla.

Y es que, para conquistar a la nueva niña de once B, cada uno quería regalarle la obra más inolvidable, y ella, metida como un



jamón entre esos dos panes de orgullos heridos, usaba un día una que le regalaba Calambre y luego una que le regalaba yo. Tal vez lo hacía para no quedar comprometida o simplemente por lástima conmigo, porque debo reconocer que en esa competencia solo podía conformarme con la presea de plata.

Eso lo entendí cuando fuimos los tres juntos a nuestro primer concierto y ella trajo puesta una camiseta que le regaló Calambre. No podía haberme dado una prueba más diáfana de mi derrota. Fue un latazo tan profundo que me duele hasta hoy en día. Sin embargo, tuve que aguantarme y con paciencia seguir fingiendo que no sentía envidia, además que, haberme retirado de la contienda hubiera significado claudicar sin dignidad. También hay que decir a mi favor que conquistar a María era una tarea de aguante ya que Calambre, Cuello e´ Sapo, Moresco, Piwy, el Mono, Pátula, Mayuyis, Roscos, Castalia, Kruguer, Hello Kitty, el Burro, Buche e´ Plumas, Tayson, Kaiser, Mordillo, el Iguano, Chispas, el Pajiso y Care Caca, es decir, y para resumir, casi todos los hombres del colegio y mis amigos, también me consta que algún par de mujeres, estábamos todos detrás de ella.

Calambre, a quien alcancé por haber perdido décimo grado, además de ser un excelente dibujante, parecía interesado en seguir los pasos de su padre pues trabajaba en la cabina de audiovisuales del colegio. Y lo logró haciendo historia, porque fue él solito quien se inventó ese trabajo luego de ofrecerse a reparar el proyector y toda clase de artilugios relacionados con la reproducción de sonido y video. Y aunque nunca logró reparar nada, era evidente que lo hacía por gusto y con verdadero amor.

Luego de tomar posesión de esa cabina abandonada, gestionó la idea de reproducir música de moda en las fiestas y durante algunos recreos, al tiempo que abrió los parlantes del patio para dar anuncios parroquiales que terminaron convirtiéndose en pautas publicitarias con las cuales los curas administradores recogieron unos buenos pesos. Por eso a Calambre le permitían deleitarse poniendo algunas canciones de rock en inglés que nadie sabía que decían y a regañadientes de los curas, algunas veces poniendo algo de rock en español romántico. Desafortunadamente, Calambre no pudo controlarse y perdió su puesto el día en que, abusando de la confianza y la buena ética estudiantil, se atrevió a tronar a todo

volumen en las fiestas del colegio, Mi Agüita Amarilla seguida de Devuélveme A Mi Chica. Eso causó tanto revuelo entre los padres de familia, que, por petición de esa asociación, fue expulsado de la cabina por reproducir música satánica y ser una mala influencia para la juventud cristiana.

Volviendo al reencuentro en once B, nos pasamos los dos recreos analizando algunos trucos y saltando escaleras, comiendo manjares como pastel de arequipe, chicharrón de guayaba, almojábanas y croissant de jamón y queso. Además de andar debatiendo entre bocados sobre los últimos videos de *Thrasher* y 411; tal como lo harían dos fieles discípulos de la madera y las balineras. También hablamos de nuestros avances y últimos dibujos hechos durante las vacaciones; yo lo introduje al mundo de la tinta china, así como él me explicó la nueva técnica del pincel que aprendió en un curso vacacional de Comfama. Y como ya éramos familia, obviamente intercambiamos música desde esa misma tarde. Por esa pura euforia del reencuentro, al finalizar la jornada lo invité para que el próximo viernes, luego de salir del colegio, se colara en el 18 y se viniera a mi casa con su tabla para que, junto a mis amigos de infancia: Kruger, Lenteja y Monareta, hiciéramos una de nuestras tradicionales descolgadas por las empinadas lomas de Robledo. La idea, con el desafío de la muerte implícito en ella, era sobrepasar al mismo nivel de sus llantas: buses, carros y volquetas que subían y bajaban por la ochenta sin ir a meterse debajo del chasis o de estrellarse de frente contra uno de sus bómperes, y con ello llegar de primero al semáforo de Colpisos donde la loma se aplanaba. Y si no era de primero, por lo menos llegar ilesos. Para lograrlo, le expliqué a mi amigo con la autoridad de un experto, que tendría que bajar sentado en la tabla sin frenar mucho en las curvas. Lo increíble fue que, al hacerlo por primera vez y sin conocer la pista, bajó parado el maldito animal ese.

A cambio de esa invitación a morir con las tripas estalladas como un perro callejero, él me invitó a su casa de Boston para seguir pintando camisas con Pintelas. Me explicó que con un cuadro del sagrado corazón metido dentro de la camisa, este podía estirar la tela y con el vidrio darle un mejor soporte sólido al lienzo. También me ofreció pasar de LP a casete de cromo todos sus nuevos discos para poderlos escuchar en el walkman mientras descolgá-

bamos por la loma. Nada igualaba la sensación de rodar cuesta abajo escuchando unos temas de *Trash Metal* cargando con la hoz al hombro.

Fue en la primera ida a su casa, y tal vez con nuestros sentidos afectados por el fuerte olor de las pinturas, que Marlon, —como bautizaron a Calambre— me contó la historia del televisor y su hermanita. Una historia que de tajo me partió el alma de por vida sin posibilidad de algún remiendo y que logro dejar a mi amigo grabado en mis recuerdos más recurrentes.

Resulta, según me contó renuente cuando le pregunté por un televisor grande que encontré archivado en una esquina y tapado con una sábana polvorosa y amarillenta, que algunos años atrás — no sabía a ciencia cierta cuantos— su madre tuvo que salir a pagar unas cuentas a las Empresas Públicas y lo dejó a él solo cuidando de su hermanita de dos años. Pero en unos segundos de descuido en que Marlon entró al baño, la inquieta niña en su natural afán por investigarlo todo, escaló la repisa donde estaba el televisor y este se le vino encima matándola en el acto. Marlon, sin saber qué hacer con sus manos rebosando de tragedia, tuvo que soportar más de una hora sentado al lado del cadáver. Y yo prefiero no seguir recordando más detalles, porque el corazón se me empieza a arrugar como un papel arrojado al fuego y físicamente me duele. El caso es que, luego de ese terrible accidente, Marlon comenzó a experimentar sus primeros ataques de Epilepsia.

De nuevo en los gloriosos días de colegio con los que empecé el relato, y me escuso nuevamente por otra innecesaria y desagradable visita a las tinieblas, durante el último año ocurrieron varios hechos que, como el aleteo de las mariposas en el hemisferio norte, cambiarían para siempre mi destino aquí en el hemisferio opuesto. En el plano amoroso, por ejemplo, mi plan para conquistar a María seguía siendo nada más que un anhelo. Aparte de un par de miradas de medusa que me disparó en los recreos y que me convirtieron en una inútil estatua de piedra, yo solo conseguía seguir soñando despierto mientras escuchaba las baladas de Veracruz, para luego, todo trasnochado al pie de una luz de neón blanca que tenía en mi nochero, ponerme a dibujar imágenes románticas inventadas para que no me hicieran una metástasis en el cerebro. Y aunque yo disfrutaba con todo ese ritual tan empalagoso, con él

solo conseguía afianzar más mi cobardía, pues cada que arrancaba la hoja con los dibujos para entregársela al día siguiente, volvía a terminar arrojándola al fondo de la papelería. es decir, las putas mariposas esas, capaces de afectar toda la entropía del universo, parece que por meses se quedaron quietas.

A la par de mis frustraciones amorosas y mis aciertos como artista fracasado, estuve compartiendo más y más casetes y discos con Marlon, él me dotó con un arsenal nuevo que conseguía en Todelar, y yo a cambio le presté los casetes secretos que me habían llegado directo de reconocidos crestudos de la Playa como Tavo y el Gusano. Y fue en la sala de su casa, en medio de una de nuestras discusiones eternas de quien se inventó el Punk primero, cuando Marlon me dijo que él hablaría con quien fuera necesario en el colegio para que lo dejaran poner música en los recreos y encargarse de la sala de audiovisuales. Decía que había quedado anonadado luego de que un día, por pura casualidad, logro ver dentro de esa sala y notó todos los aparatos agonizando y alimentándose de polvo, y como incentivo adicional a eso, le era imposible soportar el fastidioso chillido del timbre que avisaba la salida a recreo; le parecía inclusive violento e invasivo. ¿Como pudimos haber soportado tanto tiempo semejante desperdicio? Insistía molesto.

También fue en una tertulia de recreo en el colegio, las cuales amenizábamos lanzando pedazos de pan mojado desde la última mesa de la cafetería a las cabezas de los desprevenidos —nos gustaba ver como la levadura remojada explotaba en la cabeza de la víctima como un brochazo de engrudo en la pared— que unos esbirros del rector encubiertos nos descubrieron en el acto. Entonces se acercaron en representación de la autoridad y la moral para cuestionarnos por tan despreciable comportamiento. Comenzaron por darnos unas lecciones de Carreño mirándonos como despreciables bichos por llevar un inapropiado atuendo. Luego nos llamaron desadaptados, resentidos y hasta enfermos por andar escuchando, de acuerdo a esos lamebotas, música en la cual sus intérpretes estripaban pollitos con las botas y tomaban en la tarima sangre de animales muertos.

Después de escuchar ese juicio sin fundamentos, Marlon y yo nos miramos sin saber si reírnos o darle una paliza a ese par de miembros, pero finalmente optamos por evitar problemas y sim-

plemente decidimos ignorarlos para así desaparecerlos. Luego, nos cuestionamos seriamente cómo pueden llegar a estar tan acorralados todos esos borregos, como mezquinamente nos referíamos al resto de los alumnos del colegio. Por eso decidimos sin más preámbulos que un brindis con Fanta Salpicón y Milo, protestar creando en diez segundos las Milicias Escolares.

Un colectivo contestatario y panfletario armado con lápices y marcadores, cuyo objetivo, en teoría, sería sabotear el sistema y destruir el opresor establecimiento. Pero, sobre todo, joder a esos que con la lengua le limpian la suela a la bota que luego les dará en los huevos. Colectivo cuyos únicos integrantes éramos Marlon y yo, pero que al final de la misión terminaríamos siendo... bueno, solo tres pendejos.

En sus inicios, nuestra única acción consistió en rayar pupitres y paredes con nuestro logo M/E, esto con el fin de alertar a las autoridades escolares y a todos los estudiantes de nuestra presencia en el colegio. Y aunque nadie nunca, excepto María, se percató de nuestra existencia, lo que si obtuvimos fue volvernos adictos al vandalismo, a la tiza, al carbón, a la navaja, a todo lo que pudiera dejara una marca permanente en la madera, en la piedra, en el mármol, en los zapatos, en las batas de laboratorio y las puertas de los baños. Pero luego todo se puso más serio, cuando al parecer finalmente las mariposas movieron de nuevo sus alas a mi favor, y esa hermosura de mujer se nos metió en el medio. Así que, yo por complacerla en sus deseos personales de venganza, terminé mandando a la mierda a ese montón de curas enfermos que hasta escondieron a Pablo alguna vez en sus aposentos.



## 10. DESCUELGUE PUÉS MIJO.

El viernes que Marlon vino a mi casa por primera vez fue un día épico. Comenzamos cargando nuestras baterías con la adrenalina que generaba meterlo de polizonte en la última banca del bus. Y lo logramos, aunque de todas formas a la bajada, como era de esperarse, fue descubierto por Pacho y yo sancionado por indisciplina, pero poco o nada me importó en el momento pues ya habíamos completado el viaje.

Cruzamos la portería de la unidad residencial y de inmediato, sin hacer preguntas o dar explicaciones, Marlon se fue en su patineta cuesta abajo saltando escaleras como un potrico recién liberado del encierro. Lo hizo parado porque según él, montar sentado era para mariquitas. Sí, esas mismas escaleras en las cuales yo sentado casi me había mutilado los dedos las bajó sin miedo y yo lo admiraba por intrépido, que en realidad ni siquiera lo era; más bien le fallaba un pedazo del cerebro. Desde abajo, parado junto al pasamanos de los mariguaneros me avisaba con el pulgar que todo estaba bien, que con una sola bajada ya se había aprendido el terreno.

Luego se sentó donde no debía hacerlo. En una banca de cemento que no tenía ningún letrero pero que todo el que viviera en la unidad sabía que le pertenecía a los mariguaneros. Desde arriba, yo traté de hacerle diferentes señas para que continuara bajando, pero él no entendía lo que le estaba insinuando. Inclusive mientras apresuraba mi paso para bajar las infinitas escaleras, lo vi sacar de su mochila un marcador para ponerse a rayar la banca. Cuando lo vi dibujando me di por muerto, pasé de caminar rápido a bajar corriendo, pero cuando lo alcancé y le arrebaté el marcador de

la mano, ya era demasiado tarde, había escrito M/E y un par de calaveras envueltas en fuego. Una belleza de dibujo. Como era de esperarse, ya estaba Care Tia, Figura, Casca Rabias y el Mocho recogiendo municiones. Jalé a Marlon del brazo, él, confundido, pudo con dificultad levantar su patineta del suelo y fue cuando empezaron a lanzarnos las piedras. Eso era ley. El que se sentara sin autorización en la banca de los mariguaneros sería bombardeado y así lo hicieron. Nosotros corrimos como dos mercenarios en medio del fuego cruzado, tapándonos la cabeza como pudimos con las mochilas y escuchando el cascajo de construcción golpeando el suelo, los troncos de los árboles e inclusive sentíamos las estelas de la piedra zumbándonos los oídos. Por fortuna, solo recibí un rasguño en el tobillo y al final logramos salir sin ser descalabrados.

En casa mi madre nos recibió como en Colombia reciben a los políticos extranjeros, solo le faltó quitarnos los zapatos y lavarnos los pies con agua caliente para luego besarnoslos. Cosa que no me hubiera extrañado viniendo de ese ángel. Nos sirvió un banquete recalentado de albóndigas y espaguetis, mi comida favorita para ese entonces; pero en esta ocasión, como teníamos visita, le puso algo que no se veía con frecuencia en casa: queso parmesano encima de la salsa de tomate. Una delicia que disfrutamos hasta que no pudimos meternos más bolas de carne adentro. Mientras tanto, mi padre recostado en el sillón de la sala, sin camisa y en pantaloneta del DIM, no le prestaba el mínimo de atención a las preguntas que le hacía Marlon, pues este seguía ocupado revisando una y otra vez un montón de loterías viejas que, como un mago de piñata, iba sacando hasta detrás de las orejas. Esa escena le metió un ruido molesto a la digestión, porque mientras comíamos, mi madre le seguía insistiendo a mi padre con gritos desde la cocina, como lo venía haciendo desde los últimos diez años, que dejara ya la estupidez con eso de las loterías y que le prestara atención a lo que le estaban preguntando.

Desafortunadamente yo tuve que explicárselo a mi amigo luego, pues, aunque él lo intento no pudo evitar preguntarlo. Le conté mientras aceitábamos las balineras con una mezcla de 3 en 1 y aceite de girasol, que, aparte de la adición de mi padre por las mujeres, este también era adicto al juego. Que llevaba más de media vida jugando sagradamente toda clase de lotería que apare-



ciera: la de Bogotá, la de Medellín, la del Huila, la de Santander, la de Cundinamarca... Recorría toda la geografía Colombiana apostándole a los mismos cinco números de siempre: 9, 23, 5, 18, 78. Y nunca logró acertarle ni a medio dígito. Hasta ahí todo relativamente bien, pero un viernes hace unos cuantos años, que llegó en la madrugada miao, borracho y oliendo a ambientador de motel —después de haber estado ocupado trabajando, según él— no pudo jugar la lotería, y esa precisa noche ganaron exactamente tres de esos cinco dígitos en su respectivo orden. Cuenta mi madre que esa fue la verdadera causa de sus asonadas mentales, porque lo del alcohol y las mujeres lo traía desde pequeño. Que desde ese día en que abrió la prensa y vio impresos sus números en negrilla, al hombre se le descompuso la pensadera y le colapso el sistema nervioso. Yo no sé si esa historia sea completamente cierta, pero si me acuerdo, aunque estaba muy pequeño, que tuve que esconderme bajo la cama y escuchar aterrorizado a una bestia rompiendo los ceniceros y los floreros al igual que la madera de las mesas y las sillas crujiendo. Desde aquel entonces no había día en mi casa que no se hablara de eso.

Luego de poner al tanto a Marlon para que supiera del sanatorio al que se había metido, con la barriga llena y con la doble bendición de mi madre, salimos a encontrarnos con mis amigos en la portería de la ochenta. Íbamos bien equipados: llavero mini-linterna, pantaloneta debajo de la sudadera por si se atravesaba alguna fuente pública o piscina en el trayecto, plata para bolis y pastel de jamón y queso, gorra, walkman, llave hexagonal, boca fija número 13 y patinetas con tuercas y cauchos bien ajustados.

Esa tarde, siguiendo las recomendaciones aerodinámicas de Marlon, le había quitado a mi tabla el freno trasero y los protectores inferiores para bajar más rápido. Cuando salimos a la ochenta mis tres amigos nos estaban esperando, y bastó un choque de puños para que el nuevo integrante de "los del morro", como nos conocían Los del Estadio, se integrara al desfachatado equipo. Equipo que, por recibir esa contratación extranjera, renombramos esa tarde como: Las Ratas del Infierno.

Sin más prólogo que un profundo suspiro y un apretón de los cordones, nos sentamos en las tablas bien acurrucados y comenzamos el descenso en medio del efecto Doppler de los carros que

nos rebasaban pitando. No lo hizo así Marlon, quien se paró en la tabla de nuevo, enlazó sus manos atrás en la espalda e inclinó su cuerpo levemente hacia delante para romper el viento; parecía un Albatros listo para clavarse, pero de frente contra el radiador de un carro. Salió de último en la fila y nos rebasó de inmediato pasando volquetas y cogiéndonos ventaja, pero no por avezada la nueva Rata del Infierno bajó con menos problemas de frenado, y yo pude comprobar mi teoría de que no necesariamente el que baja parado baja más rápido. A la altura de la Facultad de Minas lo alcanzamos y yo pude decirle con mi índice tocándome la ojera de mi ojo izquierdo, que tuviera cuidado más adelante con un alcantarillado sin tapa. Una trampa mortal que nosotros ya conocíamos desde hace varios años. También logré avisarle sobre un par de policías acostados y la curva de la muerte antes de llegar al semáforo. De esa curva si le había hablado desde que veníamos en el bus del colegio, aunque la única manera de conocer esa maldita era enfrentándola de frente y a cincuenta kilómetros por hora, cosa que no pudo sortear bien Marlon y por ese pequeño error de novato pude pasármelo definitivamente y ganarles a todos en el descuelgue. No era habitual que yo ganara, pero me alegró que lo hubiera hecho esa tarde frente a nuestro nuevo amigo.

Ya en el terreno plano, caminando con las tablas en la mano y con la risa nerviosa que queda después de haberle ganado otra apuesta a la tragedia, contamos exagerando un poco los pormenores del descuelgue, y obviamente interrogamos a Marlon, quien aceptó haber bajado conteniendo el aliento y frunciendo culo. Eso nos llenó de orgullo, y el nuevo integrante del equipo quedó contratado para siempre. Seguimos entonces rodando por varios atajos de Los Colores y la Iguaná, hasta llegar a las canchas de tenis del Estadio. Allí, en una panadería aldeaña donde ya nos conocían y nos fiaban, nos sentamos a celebrar con bolis y panes recién horneados para relajarnos antes de encontrarnos con el resto de los patinetos que venían de todas partes de la ciudad.

## 11. BAUTIZADO CON TUÉTANO.

Los descuelgues se volvieron habituales para Marlon, esperábamos cada viernes con ansiedad para salir del colegio y bajar la loma de robledo quemando suela de zapato. Inclusive su madre le consiguió un permiso para viajar en el 18 a lo legal. Fue como al segundo o tercer mes de andar en esas, que llegamos a nuestro segundo hogar, el parqueadero abierto al lado de las canchas de tenis y chocamos puños con Alimaña, Pelo e´ Burra, El Orejón, Tamal, La Popis, R4, Mastodonte y La Garra. Estaban todos trabajando en la instalación de una nueva baranda que los dejó llenos de ampollas en sus ya deterioradas manos. Cuando aparecimos Los del Morro, digo: las Ratas del Infierno, también nos pusieron a volear pico y pala. Como teníamos que esperar a que el cemento de los parales se seicara, nos fuimos a saltar el muro separador del parqueadero y hacer competencias de quién pudiera volarse las escaleras que dan a la tribuna norte.

Nos sentamos a descansar como a las cinco de la tarde y noté bajo la sombra de un árbol que todavía se sentía el petricor. A pesar de que habían estado cayendo fuertes lluvias los últimos días, el clima esa tarde era perfecto, aunque rastros de humedad permanecían levitando. Mientras revisábamos el cemento de la baranda vimos pasar dos jóvenes con caras de ratas hambrientas y eso nos puso alerta. Uno de ellos iba manejando la bicicleta y el otro iba sentado en el manubrio, ambos usaban gorra y el de adelante llevaba terciado sobre el hombro una mochila de tiras delgadas, una de esas para llevar la lonchera a la obra o los guayos a la cancha. Para el momento que pasaron merodeando el parqueadero por tercera vez, decidimos que el cemento ya estaba seco y daba para

estrenar la baranda, pero la presencia de las ratas nos impidió hacerlo.

—Si se vienen les boleamos tabla —fue Alimaña el primero en decir en voz alta lo que ya todos estábamos pensábamos.

—Nada de salir corriendo —intervino La Popis —de una, tablazo a la cabeza para matar esas gonorreas.

Acordamos entonces un plan sencillo: acabar con esas lacras sin compasión. Ya le habían robado al Orejón y a la Garra un par de semanas atrás y todavía teníamos abierta y sangrando la chamba. Parece que eso de los robos se estaba convirtiendo en una guerra sistemática contra nosotros. El aumento de patinetos en Medellín también incrementó el robo de tablas.

Yo me puse tan nervioso que sentí un desaliento en el cuerpo; si me hubieran preguntado antes de hacer el pacto, yo hubiese votado por salir corriendo de inmediato. Solo seguimos fingiendo que no estábamos en alerta máxima y continuamos hablando normalmente para no generar suspicacias y tenderles una trampa. Pero por más que interpretáramos nuestros papeles, todos teníamos distraídas las miradas y el miedo se percibía en las palabras, nadie le ponía más atención a los detalles de la baranda. Entonces los dos hombres se acercaron sigilosos pero decididos como felinos.

—¡Hey pelaos! ¿Dónde queda la setenta? —Preguntó el que manejaba mientras el que iba sentado en el manubrio metía la mano en la mochila.

Lo próximo que vi fue su mano empuñando un cuchillo de carnicero con mango blanco y apuntádoselo a Marlon en línea directa al cuello. Mi amigo se quedó quieto y el próximo movimiento que recuerdo es el de una tabla rompiéndole el Radio y el Cúbito al asaltante. De inmediato perdió la fuerza y el cuchillo se le fue al piso. La rata solo pudo dejar salir un grito de dolor desde sus entrañas, luego vi otra tabla rompiéndole la cara. Todo ocurrió tan rápido que solo guardo fragmentos de la golpiza. Lo que si recuerdo bien es que, luego de ese golpe certero en el pómulo, hubo una avalancha de puños, patadas y tablas.

El atracador, que al parecer no tendría más de veinte años, cayó al piso mientras trataba de protegerse de los golpes, pero su mano herida, que parecía hecha de gelatina, no le respondía, y la otra le era insuficiente para cubrirse del odio y la venganza. ¿Que cómo

sé que le rompió los dos huesos principales de la mano? Pues yo le vi salir por debajo del antebrazo las dos varillas blancas y también escuché el sonido característico de cuando se quiebra la rama de un árbol.

Su cómplice cobarde salió disparado de allí como una bala, eso explica por qué estaba piloteando la bicicleta y no el arma. Mientras tanto, el herido seguía en el piso suplicando piedad, tratando inútilmente de levantarse, porque cada que lo intentaba otro golpe en el piso lo sembraba. Su brazo y su cabeza las tenía ensangrentadas y sin embargo siguió recibiendo escarmiento hasta que yo, recordando la muerte de la chucha embarazada, tuve que meterme en medio de la tunda para detener la lluvia de metal macizo y de madera prensada. Cuando pararon los golpes y llegó la calma, el hombre ya estaba inmóvil y le costaba trabajo pronunciar palabra, no obstante, el insolente alcanzó a amenazarnos de muerte diciendo que iba a encontrarnos luego. Ahí fue que vi al Orejón empuñado el cuchillo de carnicero con sevicia, parecía haber decidido apuñalar a la víctima si esta intentaba levantarse o abrir la boca de nuevo, aunque no había porque seguirle dando más pues este apenas suspiraba. El problema era que mis amigos tenían ya el alma envenenada y siguieron con un segundo tiempo de golpes, y si no fuera porque Lenteja avisó que desde el otro lado de la avenida una patrulla se aproximaba, estoy seguro que ese hubiera sido el último día del sujeto. Si es que no lo fue.

—¡Los tombos! —Dijo sembrando el pánico con esas dos palabras que tanto nos atemorizaban.

El Orejón dejó caer el cuchillo y el sonido del metal golpeando el piso funcionó como un campanazo de partida. Escapamos del lugar acelerando en nuestras tablas, aunque antes de eso, el mismo Orejón saco el tiempo necesario para escupirle al ladrón en la cara. Nadie miró hacía atrás, solo recalentábamos el caucho de las llantas mientras nos reventábamos los pies contra el pavimento. Nos fuimos a toda velocidad por las estrechas callecitas que rodean el Estadio, sorteando a viejos que hacían ejercicio, gente en bicicleta, huecos, aceras y adoquines reventados; para finalmente, detenernos a descansar al costado de la quebrada La Hueso. Riachuelo que fluye sobre el costado occidental del Obelisco y que a la altura de La Setenta se entierra debajo de ella. Una quebrada que

cuando llueve, se convierte en un furioso río capaz de arrasar todo lo que atrapan sus aguas.

Exhaustos, y con el mango bombeando a toda máquina, nos tendimos tras los matorrales para escondernos de la policía y lograr poco a poco, recuperar la cadencia normal de los pulmones. Allí tuvimos que permanecer unos quince minutos aguantando el olor a huevo podrido que emanaba de las aguas negras. Y mientras pasaban esos minutos que parecieron horas, comentábamos susurrando acerca de los huesos partidos y el cuchillo de carnicero con mango blanco. ¿O tal vez sería gris? ¿O fue apenas una navaja? Al fin de cuentas que importaba, cualquier hipérbole atravesada era bienvenida porque habíamos derribado a Goliat y eso nos lo permitía. Acostados sobre la manga aguantando su piquiña, celebramos las medallas al valor que habíamos ganado por habernos tomarnos la justicia en nuestras manos. De ahora en adelante, ninguna sabandija podría derrotarnos y les habíamos declarado la guerra de frente.

—¡La unión hace la fuerza muchachos! —En el momento más alto de exaltación, dijo La Popis sacando del cajón semejante cliché.

Todos lo miramos directo a la cara en completo silencio, tratando de comprender si lo que había acabado de decir lo dijo en serio. Pero al ver que este no se percataba de ello, nos confirmó que no bromeaba y reímos a carcajadas. Eso nos sirvió para relajar la tensión del momento. Por supuesto que luego le dimos su merecido con patadas y mancosos.

A pesar de los cariñosos golpes que recibió por ese comentario, lo hizo resignado y sonriendo, la frase iba bien con la personalidad de ese noble ser. ¿Qué más podría esperarse de quien siendo más pequeño empeñó su bicicleta por unos pocos pesos para comprarse unos pollitos morados en la minorista? Pollitos que, a propósito, le amanecieron muertos una semana más tarde de haberlos traído a su casa, pues les puso muy cerca una luz de bombillo amarillo para calentarlos en la noche y los tostó. Como se quedó sin mascotas y sin transporte, tuvo que comprarse una tabla vieja con lo que le quedó del empeño y así fue como apareció en el Estadio buscando quien le vendiera unas llantas usadas para completar la patineta.

Yo no le di puños a La Popis, mi espíritu a veces se pasaba de

compasivo. Mejor me quedé acostado, estudiándole por debajo las entrañas a la estructura de concreto que sostiene el Metro. Pensaba mientras usaba como almohada las palmas de mis manos y masticaba una ramita, que su cliché era cierto: nada podría derrotar a las Ratas del Infierno después de semejante inflada de ego. Bueno, casi nada, porque una vez recobramos el sentido de la realidad noté que Marlon, quien había intentado levantarse un par de veces porque en el suelo se sentía mareado, se desplomó en el tercer intento como una marioneta a la que le sueltan las cuerdas, y tensionó todos sus músculos para finalmente sacudirse como el que ha sido poseído por alguna entidad maligna.

—¡Sáquene la lengua! —Dijo alguno, mientras que Marlon soltaba una saliva blanquecina por la boca como un perro rabioso— ¡Se va tragar la lengua!

Entramos en pánico y nadie se atrevió a mover un dedo, así que yo me sentí obligado a reaccionar por mero protocolo, era la forma correcta de tratar a mi invitado. En aquel momento, siguiendo las instrucciones que escuchaba, me puse de rodillas al lado del cuerpo convulsionando y traté con todas mis fuerzas de abrirle la boca, pero fue tarde porque su mandíbula ya había adquirido las toneladas de presión de un Bull Terrier. No podría haberle hecho abrir esa quijada ni con una pate cabra. Y como si fuera poco el sufrimiento, luego le vi ocultar las pupilas bajo los párpados superiores y ahí me entró también a mí el pánico total. Creí que definitivamente había muerto y de su cuerpo iba salir El Anticristo. Pero milagrosamente, cuando ya lo había dado todo por perdido, alguien más reaccionó. Si no estoy mal, creo que fue R4, quien con sus brazos extendidos como los de un árbitro que controla las peleas de gallos, nos hizo apartar del pobre Marlon.

—Déjenlo respirar. Déjenlo respirar... —dijo mientras que con un pedazo de cartón trataba de ventilarlo como una asadora de chuzos a la salida de un partido en el Atanasio.

Acto valeroso y oportuno, o tal vez una simple coincidencia, pero la reacción de Marlon fue ablandar de nuevo sus músculos y reducir sus convulsiones. Poco a poco se fue calmando y relajando la boca; sus pupilas regresaron a su órbita habitual y empezó a recuperar la conciencia. Todos lo examinábamos atentos como si estuviéramos diseccionando una rana en el laboratorio, y nos pre-

guntó lo mismo que queríamos preguntarle a él: ¿Qué pasó? No recordaba nada, ni siquiera lo de la paliza al ladrón. Tamal, que siempre cargaba en su mochila un termo, le dio un poco de agua mientras le inclinaba la cabeza por detrás con una mano.

—¡Párate ome que no pasó nada, que fue ese Calambre tan bravo! —Dijo Alimaña, creo que solo como una reacción a su ataque de nervios, pero eso le bajó el voltaje a la situación.

Calambre. Ja, ja, ja. Calambre, Calambre... Repetían todos para terminar de bautizarlo con el merecido remoquete. Mientras trataba de recuperar las fuerzas para poder acompañar con su sonrisa al resto, se levantó del piso en tres tiempos, y como si de cerrar un ritual masónico se tratara, recibió unos abrazos y un choque de puños de la manada. Desde ese día nadie más recordó o supo el verdadero nombre de mi amigo. Solo Calambre lo llamaban. A mí me pareció un insulto peor que el de dividir por cero, pero al pasar los días terminé por aceptarlo y patrocinarlo.

Después de esa avalancha de emociones compactadas en un breve instante, todos quedamos bastante cansados. Estaba llegando la noche y sin embargo, apenas recargamos un mínimo de batería, uno por uno fuimos lanzando desde una orilla de la canalización a la otra nuestras tablas. Y no es que se tratara del cierre del ritual, sino que esa era una práctica habitual después de montar en el Estadio; porque hambrientos, para ahorrar camino y llegar más rápido a Unicentro y buscar sobrados de pizza en la cafetería, nunca bajábamos hasta la setenta, sino que nos saltábamos la Hueso siempre y cuando no estuviera muy agresiva. Parecía una labor sencilla vista desde lejos, pero en realidad había que tener fuerza en los brazos, coordinación y pulso para lograr un buen tiro parabólico y un salto perfecto sobre el lamoso pavimento. Especialmente de noche.

Siguiendo el procedimiento establecido, Alimaña lanzó primero la tabla para transmitir confianza, él tenía bastante fuerza y puntería. Luego la lanzó R4, Tamal, Pelo e´ Burra, el Orejón, R4, Mastodonte, la Garra, Kruger, Lenteja, Monareta y todos en ese mismo orden fueron saltando la canalización. Al otro lado nos quedamos rezagados, La Popis, Calambre y yo. A un lado y al otro de la orilla calculábamos que mi amigo, debido a su reciente ataque, no lograría lanzar la tabla, o peor aún, que iba a caer en las aguas



negras; las cuales todavía se veían sinuosas por las lluvias del día anterior. Por eso yo me quede acompañándolo y tratando de vencerlo que no lo hiciera y nos fuéramos para la casa. Pero contra todos los pronósticos, Calambre logró ambas tareas de manera casi perfecta. Luego salté yo y todos liberados de esa presión dimos por terminada la misión; entonces, empezamos a subir el lindero que da a la calle, cuando nos detuvieron los alaridos que lanzaba La Popis desde el otro lado. Cuando giramos las cabezas, vimos en cámara lenta como su tabla se deslizaba por el concreto resbaloso de la canalización para finalmente sumergirse en el agua. La Popis perdió unos segundos valiosos viendo paralizado la misma escena, pero no pudiendo aguantar el dolor, por simple reflejo se lanzó al agua.

Nunca supimos que tan profunda era esa quebrada hasta su zambullida, lo descubrimos cuando vimos que el agua le llegaba hasta el ombligo. También supimos que el fondo tenía altibajos, porque cuando la Popis intentó caminar más de dos metros se hundió hasta el cuello. Además, solíamos creer que la corriente era mansa, por lo menos en esos días en que el río no estaba tan crecido, pero nos sorprendimos con la bravura que ocultaba, porque La Popis, quien también la subestimaba, trataba sin éxito de aferrarse al musgo de la canalización para que el agua no lo arrastrara.

Yo de inmediato pude ver como lamentó con pavor en su rostro, el error que había cometido. Se fue aguas abajo apenas logrando flotar y sacando la cabeza como un perro labrador. Todos tuvimos que salir corriendo hacia la setenta para detenerlo antes de que llegara al tenebroso túnel que se traga la quebrada. En ese punto aprovechamos la última oportunidad de sacarlo, logramos hacer una cadena humana con Alimaña en un extremo abrazando un poste y conmigo en el otro extremo logrando alcanzar el agua. Desde allí le gritamos al unísono y La Popis logró llegar hasta la orilla para tomar mi mano.

El pobre no solo no recuperó su tabla, sino que, a cambio salió del agua caminando con pedazos de mierda pegados a la ropa y en el pelo; su cuerpo entero le apeataba y cabizbajo tuvo que irse caminando a su casa arrastrando su dignidad herida. Por fortuna vivía en San Joaquín, es decir a solo unas cuantas cuadras que debieron haberle parecido kilómetros.

Era normal que por andar la calle tanto tiempo nos pasaran varias cosas en un día. Pero ese había sido épico. Por eso, luego de ese incidente decidimos que ya era demasiado y nos dispersamos cada uno para su casa. Y no porque no pudiéramos aguantarlo, pues aunque parezca una exageración inventada para escribir un libro chatarra, ver un amigo humillado y triste era algo que ninguno soportaba.

Nosotros, las Ratas del Infierno, regresamos caminando con una cadencia lenta por las callecitas del Estadio. Nos fuimos por ahí a propósito para poder ver la sangre del atracador estampada sobre la acera. Y así, como si fuéramos médicos forenses, hacer los cálculos de cómo había quedado de destrozado el hombre. Y la verdad, a juzgar por el charco de sangre seca, si no estaba muerto, debería estar reposando en un hospital o como mínimo soportando los dolores intensos en su cama. Monareta, quien sufría de una hemofobia declarada, se alejó del charco marrón y prefirió ponerse a espulgar la manga con mi mini-linterna, la sobaba con sus pies de un lado a otro como el que anda buscando una joya perdida. Y por andar tratando de distraerse con pendejadas, se encontró los dos dientes delanteros de la víctima en la tierra y se vomitó en el acto. Primero, con la ayuda de su mano, se tapó los labios y guardó los fluidos en los cachetes inflándolos hasta que la piel no le daba, luego expulsó sus jugos gástricos en forma de spray gracias a la presión acumulada. Y aunque el pobre se seguía aguantando las náuseas, nos invitó malicioso al lugar donde halló los dientes para señalarnos con el dedo la cochinado. Y lo peor de todo, nunca, ni siquiera después de tener mis canas bien avanzadas, entendí la psicología envuelta en el acto siguiente, cuando Lenteja se fue a buscar en la basura una bolsa de papas vacía para meter ahí los dientes y llevárselos para la casa. Debió haber sido que tal vez ese cristiano descendía de una familia noble, de esas que caza por deporte y luego se lleva los cuernos del alce para colgarlos en la sala de la casa.

Nunca tuve la oportunidad de preguntarle por qué lo hizo, pues a los pocos meses se mudó de Robledo a Bello y nunca volvimos a verlo. Según supimos por los chismes con alas, se metió de lavarperros de la mafia y terminó siendo otro número más en las estadísticas de asesinato a mano armada. Una cifra de esas que al

siguiente día de su publicación ya han sido actualizadas, a nadie le importa y queda olvidada.

Una lástima, porque aparte de esos dientes que se llevó en la bolsa, yo recuerdo a Lenteja como un hombre inteligente y sereno, que muy pequeño le robó los patines a su prima para quitarle las llantas y montárselas a una tabla de la cama. Y así, con ese engendro de patineta, bajaba a toda velocidad los parqueaderos y las empinadas aceras de la unidad donde vivíamos. Él fue el que la puso de moda las descolgadas.

Seguimos caminado hasta llegar a la esquina del Diamante. Centro comercial que limita con la calle Colombia y donde siempre nos metíamos antes de irnos para la casa a ver las camisas que olían a estampado traído de la USA, los botones y parches originales de *Venom*, *Metallica*, *Slayer*, *Kreator*, *Megadeth*, *Anthrax*, *Testament*, *Sepultura*, *Motorhead* y *Possessed*. Una vez aguanté hambre en el colegio una semana y ahorré plata para comprarme el parche del *Ride the lightning*. Pero como me gustaba tanto, nunca se lo puse a ninguna prenda y se me terminó perdiendo sin usarlo.

Expulsados de la tienda de metal porque no la dejábamos cerrar, nos paramos más de una hora sobre la avenida Colombia hasta que un bus de Robledo paró, y no para dejarnos subir, sino porque tuvo que dejar ahí una carga. Una carga, porque no parecían pasajeros lo que esos buses llevaban a esa hora cuando todo el proletariado va de regreso a sus casas. Los buses subían tan llenos que siempre teníamos que irnos pegados a la puerta trasera con medio cuerpo adentro y medio cuerpo afuera sosteniendo la tabla. No podría decir que era lo más peligroso del viaje a Robledo, si la subida o la bajada.



## 12. UN SÁBADO CORRIENTE.

Habían pasado tres semanas luego de la paliza al ladrón, semanas que esperamos impacientes sin ir al Estadio porque no sabíamos si este cumpliría con sus amenazas. Pero como no pudimos aguantar más sin estrenar la baranda, a la cuarta semana, con la idea de por lo menos evitar reunirnos el día en que posiblemente irían a buscarnos, acordamos encontrarnos el sábado y no el viernes. Un razonamiento no muy inteligente, pero ya nadie podía soportar más tanta antesala. Para ese sábado yo de todas formas había invitado a Calambre a mi casa un día antes y así poder hacer todos los planes desde temprano. Este se levantó tarde y cansado. Me contó que pasó mala noche porque todavía tenía pesadillas que involucraban cuchillos, sangre, dientes y huesos rotos. Él durmió, o mejor, pasó la noche sobre la vieja grasa corporal que curtía el mueble donde mi padre prácticamente vivía como una planta.

Los sábados siempre eran días especiales. Eso los hacía corrientes. Se montaba desde temprano quemándose el cuello con el sol a cuestras y se regresaba a la casa poco antes de que la luna se escondiera. Para ese día en particular teníamos una amplia lista de planes: que Calambre conociera el túnel de la G, obviamente estrenar la baranda del Estadio, ir a Unicentro para jugar maquinitas, comer sobrados en su cafetería y presentarle a mi amigo alguna mujer al azar para que entrara en pánico. Además, como los fines de semana generalmente le prestaban la furgoneta a La Garra, terminaríamos todos empacados ahí como sardinas, para subir Palmas y acabar en El Pub tomando cerveza, bailando la música que ponía Casporje y cada uno rebuscándose una pareja inexistente.

Sin embargo, de todos los planes en la lista, había uno que hacía ese sábado más especial que el resto, uno que genero una creciente

expectativa desde que comenzó la semana y eclipsó la estrenada de la baranda. Como a Monareta nunca le creían que fuera mayor de edad, ni siquiera mostrando la misma contraseña falsa que casi todos teníamos, nunca había podido entrar Al Pub y siempre tenía que devolverse a casa solo y triste en un taxi. Entonces, esa noche había decidido que, aprovechando su contextura pequeña y sus delicadas facciones se iba a disfrazar de mujer para burlar la seguridad en la entrada. ¿Y eso que diferencia hacía si de todas formas necesitaba el documento que no tenía? Pues que como el guardia de la entrada era un perdedor que no encontraba otra forma de agradales a las mujeres, se aprovechaba de su autoridad y efímeras ínfulas de poder para complacerlas y seducirlas al no pedirles la documentación necesaria.

Me levanté de la cama y de inmediato me fui a despertar a Calambre, quien como me lo esperaba, fingía todavía estar dormido en el sofá. Quién sabe cuánto tiempo llevaba aguantando el ruido del televisor que nadie veía, la radio que nadie escuchaba y el olor del alquitrán con el que mi padre impregnaba la casa desde que se levantaba. Desayunamos uno de esos manjares sazonados con el amor de mi madre, hicimos un par de llamadas y salimos a encontrarnos con mis amigos en la tienda Porkis de la etapa A. —Mi unidad residencial estaba dividida en etapas marcadas con letras de la A hasta la G—. Luego de que Monareta nos mostrara su mochila llena de maquillaje, collares, aretas y ropa de su madre, la cual nos alborotó las ansias de ver qué ocurriría en la noche, nos fuimos cargados de buena energía atravesando todas las letras. En la B había una especie de rampa bajo la antena parabólica donde se podían dar saltos altos; en la C unos inclinados y angostos caminos con curvas difíciles de sortear sin salirse de la pista; en la D nos podíamos saltar una manga que separaba dos aceras; en la E, más conocida como la plazoleta, ya teníamos unas bancas enceradas para deslizarnos sobre ellas y, entre la F y la G había un extenso parqueadero construido en bajada, en el cual se alcanzaban altas velocidades y donde un celador podía ocultarse tras un vehículo para luego salirle a uno al paso y meterle un bolillazo en la cabeza o en la llanta, pues bajar por los parqueaderos en patineta estaba prohibido y esa era una orden tan perentoria, que la administración había autorizado por medio de un consenso comu-

nitario, un golpe de bolillo con tal de evitar un accidente mortal. En aquellos tiempos los golpes y la disciplina todavía tenían algo de romanticismo. Por todo esto recorrer la unidad residencial desde la A a la G en patineta era toda una aventura que terminaba con el cruce del túnel de la muerte.

Dicho túnel no era más que una cañería cuyo diámetro tenía poco más de un metro, y por el cual se puede ingresar desde la etapa G para salir unos doscientos metros más abajo en la desembocadura de otra quebrada como la Hueso. De ese túnel ya le había hablado a Calambre en los recreos, tal vez exagerando un poco el terror que se vivía en su interior y por el cual éste había despertado un interés especial. Fue una simple coincidencia todo esto de las canalizaciones y las cañerías fétidas, pero previo al incidente de la Popis, ya habíamos planeado que cuando mi amigo viniera a visitarme teníamos que atravesar el túnel de la muerte. Así se apodaba localmente ese agujero pues para evitar que los infantes se metieran, los adultos habían inventado la leyenda del niño Ramirito, hijo de doña Gertrudis, que murió atrapado en su interior cuando lo alcanzó una creciente provocada por las imprevistas aguas lluvias. ¿Leyenda? Lo cierto es que a la Unidad si la atravesaba diagonalmente un pequeño riachuelo ¡y sí que se crecía cuando llovía! Lo sé porque nosotros aprovechábamos la corriente de sus aguas desbordadas para hacer carreras de botes hechos con ramas, tarros y papeles.

Ese riachuelo se mete bajo el asfalto cuando llega a la etapa G, tal cual lo hace La Hueso cuando se entierra en La Setenta, solo que este lo hace a una escala menor. Meterse en ese agujero era repugnante, porque durante la travesía uno escuchaba el crujido de los insectos al pisarlos y el chillido de las chuchas amplificado por la recámara. En total la travesía demoraba unos diez o quince minutos dependiendo de la experiencia en cañerías, en los cuales uno caminaba como un Quasimodo en completa oscuridad. Para ese propósito es que había comprado mi llaverito linterna, porque quedarse sin luz en medio del viaje si podría ser una tragedia. A la entrada del túnel la administración había puesto una especie de rejilla improvisada hecha con varillas corrugadas de construcción. Pero siempre había algún alcahuete, bueno no cualquiera, siempre era el hermano mayor del Duende, que con una pulidora y un

disco de corte volvía y los mochaba.

El caso es que lo atravesamos sin amenazas de crecientes o de ser devorados por una chucha gigante. Eso despojó la aventura de toda emoción, y apenas logramos conseguir un par de chichones en la cabeza además de quedar impregnados con el olor a pantano en rodillas y manos. Como era de esperarse Calambre quedó muy decepcionado, pues este se venía imaginando como Julio Verne un viaje al centro de la tierra, según parece.

Luego del fiasco del túnel, rodamos por diferentes rutas con dirección el Estadio, esta vez por las calles que bordean la Universidad Nacional y que se interceptan con la avenida Colombia perpendicularmente. Una vez en el parqueadero del Estadio fueron sumándose poco a pocos los patinetos de siempre y otros. Los sábados eran cada vez más y más, parecían que se estaban reproduciendo como conejos: viejos y nuevos, ricos y pobres, flacos y gordos, cristianos y ateos, lindos y feos, metaleros y salseros, la lista es tan interminable como distintos personajes hay en Medallo.

Durante la década de los noventa muchos jóvenes de la urbe querían montarse en patineta, mas no ser patinetos. El motivo sería quizás la influencia mediática de MTV o los atuendos extraños y los pelos de colores; tal vez, fue solo la agradable sensación de poder que provee el pertenecer a una pandilla de la calle. Sin embargo, creería yo que todo ese conjunto de motivos pasaba a un segundo plano, pues la motivación principal era que durante esos gloriosos años, ser patinete era algo que atraía a las niñas y eso es lo que siempre ha dominado sobre la faz de la tierra al hombre.

Ese sábado hubo inclusive algunas peleas y disputas por el territorio, porque quienes pusimos la baranda casi ni pudimos tocarla. Al final, tuvimos que dividirnos en nuestros propios combos y cada uno hizo lo que pudo hasta que nos dieron las seis de la tarde. Generalmente el tiempo de partida hacía Unicentro pues a esa hora empezaban a aparecer las chicas. Eran las mismas de siempre, las que veíamos todos los sábados y a las que nadie se atrevía a hablarles.

Sin darle el mínimo de importancia a los previos errores, nos volvimos a saltar La Hueso que todavía seguía crecida; inclusive lo hicimos con más tesón, casi que desafiando la hostilidad de sus remolinos y para vengándonos por su maltrato a la Popis. Después



atravesamos a toda velocidad el barrio Laureles en las tablas, o "pateando", como le decíamos al simple hecho de desplazarnos. Rodeamos la Universidad Pontificia Bolivariana y llegamos al centro comercial antes de terminar la tarde. Como era de esperarse, el Orejón apenas vio la entrada principal número 3, se dirigió apresurado al baño a descargar las penurias de su intestino que nunca lo dejaban tranquilo.

El Orejón tenía tantos problemas con su aparato digestivo, que resolverlos lo habían convertido en un prolijo inventor de planes logísticos. Una eminencia cuando de temas escatológicos se trataba. Le pasaba que en su casa no sentía ninguna molestia, pero apenas salía y se montaba al bus, le comenzaban los dolores en el estómago, un problema psicológico más que nada, se diagnosticaba él mismo desconsolado. Al pobre lo atacaban las ganas en el peor momento y las protestas de su intestino era tan violentas que, un día, solo por dar un ejemplo, cuando viajábamos en un bus de servicio público por La 33, se fue hacia la puerta trasera y allí de pie, ocultándose en las escaleras de salida depositó unos sólidos. Lo increíble del asunto es que logró hacerlo sin bajarse los pantalones, simplemente los sacó deslizándolos por su pierna aprovechando la holgura del bóxer y del pantalón.

En otra ocasión, por dar un segundo ejemplo, como a las seis de la tarde cuando la gente sale del trabajo y caminando congestionan la calle diez del Poblado, esa que conecta la estación del tren con el parque, desesperado se subió a un árbol de mangos plantado al margen de la acera y desde sus ramas fue descargando los excrementos en el aire como un B-52. Nosotros, que sabíamos lo que estaba ocurriendo, nos pasamos de acera y desde la orilla opuesta disfrutábamos entre risas el espectáculo de ver como el Orejón lograba afinar la puntería para que una de sus descargas no le diera en la cabeza a algún desafortunado transeúnte.

Volviendo a Unicentro, ya entendiendo mejor al Orejón y los motivos de sus afanes, este se fue directo al baño y nosotros nos fuimos a limpiarnos el sudor, los raspones, las cortadas, el pantano seco y demás mugres que afectarían nuestra apariencia física. Prístinos y descansados nos íbamos en grupo al salón de maquinitas donde Kruger, quien había estado visitando su padre perdido en Argentina, nos había enseñado un truco que aprendió de

un gaucho, con el cual se podía engañar la máquina de un golpe y así lográbamos jugar gratis por horas hasta que despertábamos sospechas. En ese salón invadido de neones titilantes y sonidos de sintetizadores, nos quedábamos hasta que el hambre nos atacaba, entonces nos íbamos a recorrer las cafeterías para hacer ya se sabe que... Con el corazón contento, recorríamos los corredores de pisos brillantes que como espejos reflejaban las luces del techo. En esas áreas tan iluminadas y expuestas donde uno se siente tan vulnerable, buscábamos como cazadores hambrientos a grupos de mujeres que pudieran servirnos de presas, y que, afortunadamente para esa gloriosa década, también eran abundantes en ese que era el sitio de moda. Lo curioso es que, nosotros los supuestos cazadores, siempre terminábamos siendo las presas.

Teníamos una práctica habitual que se basaba en el principio de la vergüenza y que funcionaba así: en medio de esos pasadizos atiborrados de gente, parábamos de imprevisto a un grupo de mujeres que ya habían sido investigadas previamente y literalmente empujábamos el cristiano para que fuera devorado rápidamente por los leones. El pobre desprevenido, sin más remedio, se veía obligado a presentarse y siempre el resultado es que se quedaba desarmado sin saber que decirles. Todo esto se hacía obviamente, sin el consentimiento previo del elegido. Nosotros, los que en pandilla éramos unos rudos gladiadores llenos de cicatrices, y que nos metíamos a túneles tenebrosos, saltábamos caudalosos ríos y golpeábamos ladrones al final, terminábamos temblando de cobardía cuando quedábamos solos parados al frente de unas hermosas niñas. Nos creíamos la cereza del pastel y a decir verdad no llegábamos a ser ni los ingredientes para hacer la crema.

Inclusive para la vieja guardia que ya habíamos pasado por esta vergüenza varias veces, no nos era fácil escapar del susto y la incertidumbre, y si uno iba caminando con el resto y veía que sospechosamente nos acercábamos a un grupo de tres o cuatro fieras, uno ya sabía que, si no le habían contado el plan es porque uno era la víctima, entonces, uno se devolvía o solo se alejaba del camino. Era fastidioso porque había que mantenerse alerta y en constante tensión, pues en cualquier descuido volvía y se caía en la trampa. Bueno, pues ya bien explicado el sistema, ese sábado habíamos escogido a Calambre que no le habíamos dado todavía su respectiva

bienvenida.

Recuerdo con cierto remordimiento de conciencia, que esa tarde venían las mujeres acercándose de frente, todas tres bastante atemorizadas. Todos nos miramos a los ojos dando la señal de aprobación que sentenciaba la caída de Calambre. Apenas estuvimos a pocos metros de ellas, Alimaña lo empujó por la espalda y este dio un paso al frente como el soldado que es seleccionado para una misión.

—Hola, les presento a mi amigo Calambre, él es muy tímido, y me pidió el favor que se las presentara porque quería decirles algo —dijo Mastodonte, y con un movimiento de ninjas, en un segundo todos desaparecimos de la escena, dejando a Calambre solo y sin poder abrir la boca.

Oculto desde lejos tras una esquina, vi a Calambre apenas estirando su mano para dársela a las tres mujeres y sentí mucha lástima. Por primera vez vi ese acto como algo cruel, pero sabía que era necesario para la supervivencia y la permanencia del hombre. Por eso no acudí a su rescate y en cambio no podía parar de reírme. Fue muy incómodo; como siempre lo era, porque ellas por decencia no se atrevían a dejarlo ahí parado, pero él tampoco sabía si debía irse o siquiera que decirles, entonces hubo un minuto de total silencio que parecieron mil horas (como un perro), porque Calambre seguía apuntando hacia el piso incapaz de levantar la mirada, seguro pidiéndole al diablo que desde abajo le abriera una compuerta y le jalara las patas. Sin más alternativa, las mujeres tuvieron que dejar a un lado sus buenos modales y le dieron la espalda a mi amigo para seguir con su camino, lo dejaron ahí parado sosteniendo la tabla en una mano y metiendo la otra en el bolsillo, como buscando en él la dignidad extraviada.

Yo me di cuenta que su reacción a la broma no era normal. El permanecer pasmado ante esa situación era algo que ocurría con frecuencia, pero él se tardó más de lo habitual en salir del trance. Entonces ahí si me fui a su rescate porque ya me temía lo que vendría.

—¿Hey Calambre, estas bien parece? Tranquilo. No hay de qué preocuparse. —le pregunté poniéndole una mano en el hombro e intentando ver la expresión de su rostro.

Él levanto la cabeza para pedirme auxilio y descubrí en sus ojos

vidriosos una mirada que se le escapaba del cuerpo. De nuevo, al igual que el día del ladrón, estaba haciendo un esfuerzo para no dejar sus pupilas esconderse en sus cuencas superiores. Además, estaba tembloroso y sudando, suficientes síntomas que me confirmaron mis sospechas. Me sentí como un estúpido por no haber previsto lo que ocurriría, y como un traidor por no haber defendido a mi amigo a tiempo.

Calambre se desplomó porque lo atacó un fuerte ataque de epilepsia. Un mes con nosotros. Dos ataques. Parecía estar esforzándose por batir su propio récord. Me agaché a su lado para, como había aprendido a hacerlo, tratar de evitar que se tragara la lengua. Apenas comencé a ver el tumulto de gente curiosa alrededor, incluyendo las tres mujeres aterradas que apenas le habían dado la mano, supe lo que debía hacer. Le grité a Mastodonte que me ayudara a separar la gente para que entrara el aire y mientras tanto yo le levantaba la cabeza con mi mano para que pudiera respirar y con la otra le buscaba la lengua. No logré parar el ataque, pero en cambio sí recibí un mordisco que casi me arranca los dedos.

Tuve suerte que esa vez no soltó la misma espuma por la boca, porque de lo contrario me hubiera dominado el pánico de nuevo. Finalmente, el ataque epiléptico no pasó de ser un susto que duró apenas dos o tres minutos. Cuando Calambre terminó de convulsionar, comenzó a recuperar los sentidos Paulinatinamente y bastó que sus pupilas regresaran al centro para que, con el auxilio de un par de vigilantes que llegaron con un vaso de agua lo levantáramos del piso. La romería viendo que no había muerto al cual hacerle un juicio a priori, perdió el interés y se retiraron. Uno de los vigilantes me dio una moneda de cien para que hiciera una llamada y le avisara a los padres de Calambre que pasaran a recogerlo. Y así lo hice. Luego me di cuenta, cuando hablé con sus padres que vinieron por él en un taxi, que a mi amigo se le habían olvidado las pastillas en su casa.

Me sentí culpable por haber ayudado a someterlo a altos niveles de estrés, para mí fue claro que su enfermedad era algo serio y debíamos tener más cuidado con él. Inclusive hubo un par de amigos que me pidieron que no volviera a traerlo al parche. Pero para el resto, no fue más que una anécdota desagradable, que ya sobrepasada, inclusive generaba algunas risas extras.

### 13. ALGO EXTRAÑO EN LA FURGONETA.

Serían como las nueve de la noche porque comenzaban a cerrar las rejas del centro comercial, entonces, como también era tradición, nos fuimos pateando por la 33 en subida hasta llegar a La Villa de Aburra. Allí nos encontraríamos con la Garra y nos empacaríamos como cigarrillos en la furgoneta amarilla que durante el día su padre usaba para hacer domicilios de panes. En La Villa había una amplia plazoleta de adoquines con unas gradas periféricas y una fuente muerta que servía de basurero donde nos sentábamos a tomar brandy y cerveza. Era un lugar donde se reunían toda clase de gente extraña. Recuerdo particularmente por el impacto que me causaba, personajes de caras pintadas, vestidos con capas y faldas de cuero, portando en el cinto espadas y hachas. Una versión latina de proscriptos medievales cazando dragones o del Noruega *death Metal*.

Sentados sobre la fuente rodeados de otra gente, alguno de nosotros soltó el comentario en voz alta, que Monareta se disfrazaría de mujer para poder entrar al Pub, y entonces como allí todos al final se conocían de una u otra manera, el hecho se convirtió en un acontecimiento de interés nacional. Bastaron unos quince minutos para que toda la plazoleta estuviera planeando ir a ver con sus propios ojos lo que acontecería. Esa noche hubo lleno total de la discoteca.

La Garra apareció en escena oscilando en su dedo índice las llaves de la furgoneta. Y su efecto fue algo así como atraer una manada de perros con una mortadela. Eso indicaba que ya era hora de partir. Debido a ello y a la ansiedad que había dispersa, el Orejón se quejó de algunos retorcijones estomacales, pero por

la costumbre nadie le prestó atención. Chocamos algunos puños con la gente de la Villa y nos despedimos con un "nos vemos por allá arriba". Nos metimos los que más pudimos en el carro, comprimiendo tanto los amortiguadores que cuando pasábamos un sobresalto, el chasis tocaba el caucho de las llantas y todos nos lamentábamos en voz alta. Pero a la Garra eso poco le importaba. Él era de aquellos que hacía lo que fuera por ver feliz a la gente, uno de esos buenos amigos que permanecerán por siempre en el alma.

Antes de subir Las Palmas, debíamos desviarnos a Santa Gema para recoger la novia de la Garra. Fue cuando entramos en esas calles estrechas de viejas casas coloniales, esas de dos pisos con balcón y patio trasero, que el Orejón envió su señal de alerta. Dijo que no podía aguantarse más y que, si no parábamos en un baño o en algún rastrojo, el hombre iba a soltar dentro del carro todo su arsenal. La Garra detuvo de inmediato la furgoneta en un parque que hay cerca a la glorieta de Don Quijote y el Orejón se bajó corriendo directo a una manga que había junto a unos juegos infantiles. Tuvimos que esperarlo unos cinco minutos. Yo lo vi salir de las plantas con malicia, pude ver que se devolvía al carro sonriendo sin ningún motivo aparente y sospeché que se avecinaba algo desagradable.

Una vez se subió a la furgoneta y seguimos el recorrido todos sentimos el olor a mierda.

—Límpiate bien ese culo Orejón. ¿Pa' eso no cargas siempre un rollo de papel en el bolsillo? —le gritó Monareta y a ese clamor se sumaron múltiples protestas.

No es que nuestro amigo estuviera contaminado, sino que este despojado ya de todo pudor recogió uno de sus excrementos con la hoja de un árbol y se había montado con el a la furgoneta. Una vez lo descubrimos, empezó como con un cuchillo en las manos a amenazarnos con ese pedazo de mierda como si estuviera repartiendo lata. Recuerdo que la Garra atónito, sin poder creer lo que veía, y aunque iba como el resto de nosotros muerto de la risa, perdió el control del vehículo y le boto uno de los retrovisores al carro al estrellarse levemente contra un poste. Sin embargo, siguió adelante para seguirle la broma al cochino ese. El caos fue total, especialmente en la parte trasera donde quedaba la maleta y nos metíamos unos cuatro allí acurrucados y sin poder movernos.

Cuando de las risas pasamos casi al llanto y a la clemencia, la Garra detuvo el carro y vi amigos tirándose por las ventanas. Personalmente abrí la puerta de la maleta y los que íbamos allí empacados saltamos al aire como esas culebras de resorte que de broma meten en tarros de galletas. El saldo: tres untados, la furgoneta entera llena de manchas, un retrovisor quebrado y Pelo e´ Burra vomitándose en la ropa. Afortunadamente ya estábamos muy cerca de la casa de Luisa, la novia de la Garra, y allí, uno por uno fuimos entrando al baño para minuciosamente limpiarnos de todas las impurezas.





## 14. OPERACIÓN TRAVESTI.

Por culpa del Orejón y sus asquerosas bromas que no faltaban, llegamos al Pub un poco más tarde de lo planeado. Y aunque a esa hora ya el parqueadero y la entrada al bar deberían estar des- congestionados, cuando estábamos parqueando vimos que todavía había mucha gente merodeando. Obviamente hubo filtraciones y se habían quedado afuera esperando ver el desenlace de la operación travesti. Así que, adicional a sus propios nervios, el pobre de Monareta tuvo que echarse toda la presión de la hinchada encima.

—Ni que fuera a cobrar el último penalti. —Dijo.

Tuvimos que darle fuerzas extras y alentarle con arengas, le dijimos que no tenía nada que perder, cuando en el fondo sabíamos que, si lo descubrían, sí que podía perder un gran pedazo de su dignidad para siempre. Pero ya había llegado demasiado lejos y no podía defraudar a su fanaticada. No solo eran los metidos quienes ansiosos querían ver el epilogo, era evidente que nosotros, sus amigos, también queríamos ser testigos presenciales de ese hecho que sería histórico en Medellín. Además, la fiesta de esa noche auguraba buenos momentos. ¿El motivo? Pues que Luisa se encontraría con sus amigas del salón ya que una de ellas estaba cumpliendo años. Nadie quería perderse la oportunidad de conseguirse una novia del Santa María. En aquellos tiempos de mi contacto con la zarigüeya, no se pensaba mucho en encuentros casuales de una sola noche, si no que todavía se creía en el amor y en los romances más novelescos. Por mi parte no estaba interesado en otras mujeres. Para mí, María era y sería la única que ocuparía las hojas de mis cuadernos.

Nos bajamos del carro como si fuéramos estrellas de cine cami-

nando sobre la alfombra roja, en nosotros estaban puestas todas las miradas y se centraban todos los cuchicheos. Nos encontramos con otros amigos que andaban por ahí pescando amores o pesares y le dimos una media hora a Monareta para que hiciera las respectivas preparaciones. Con la ayuda de Luisa se maquilló correctamente y se puso el vestido de su madre. Confieso que quedé impactado cuando lo vi salir de la furgoneta, casi que quería casarme con él y dejar a María morir en mis recuerdos.

Aunque siempre fue evidente que sus facciones eran algo femeninas, nunca nos imaginamos que con falda y maquillaje pudiera parecer una mujer tan hermosa y convincente. Tenía pestañas falsas, una raya negra de faraona que le delineaba el parpado inferior, los labios rojos y brillantes, una especie de polvo blanco que le servía como base, colorete en los cachetes y no sabría que más trucos utilizó Luisa para haberlo cambiado de sexo. Y a pesar de todo ese esfuerzo, cuando nos habló con su voz gruesa soltamos la carcajada y supimos que sería descubierto. Era algo irreal escuchar bramar a semejante ángel.

Creo que en ese parqueadero, exceptuando el gorila de la entrada y el de las requisas, todas las personas sabían que se trataba de él. Esperamos como una media hora extra para que llegaran las amigas de Luisa. El plan era que Monareta entrara camuflado entre ese grupo. Nosotros lo hicimos primero para evitar sospechas, mostramos las contraseñas falsas, nos requisaron bruscamente a ver si no traíamos alcohol escondido y al final nos quedamos afuera del bar en un área donde la gente salía a tomar un poco de aire. Existía esa zona porque el Pub más que un bar, parecía un diminuto bunker donde hacía un calor volcánico. Desde allí, vimos todo el plan ejecutarse y como era de esperarse, el guardia les pidió los documentos a las mujeres. Creo que es oportuno explicar eso con más detalle. El hombre sí les pedía documentos a las mujeres, pero una vez estas se sublevaban ante su poder y le rogaban juntando las manos como rezándole a un santo para que las dejara pasar sin documentos, este liberaba su dopamina y sus vanidades de macho cabrío, para finalmente, después de tanto melodrama, dejarlas seguir adelante. A algunas inclusive, las más hermosas, les pedía que le pagaran con un beso.

Una falla inesperada fue que Monareta parecía que iba a caerse

debido al temblor en sus piernas montadas en tacones, y además lo delataba el tramo peludo entre la falda y los zapatos. El muy imbécil preparo todo sin escatimar detalles, excepto depilarse las piernas. Cuando llegó a la puerta trató de esconderse un poco al lado de Luisa y se rodeó por las amigas restantes que también se paniquearon a último momento. En total eran seis contando a mi amigo. El público estaba prestando atención de una manera tan evidente que podía respirarse el aumento de la tensión en el aire. Una vez fueron detenidas en la puerta Luisa tuvo que intervenir y hablar por Monareta. Esto generó sospechas. El hombre de la entrada comenzó a mirarlo con detenimiento y aprovechándose de sus evidentes nervios le pidió su respectivo ósculo. Incidente del cual se enteró media ciudad, y así se hicieron famosos ambos.

Mi impresión fue que el guardia se enamoró de Monareta a primera vista, porque apenas se alejó de él, este se quedó mirándole las nalgas y mordiendo el labio inferior mientras movía la cabeza hacia los lados como negando tanta belleza. Y aunque en esa parte mi amigo tuvo éxito yo me preocupé por la requisa, pues le iban a tocar los pelos de las piernas. Pero, el guardia intentando ganarse algunos favores extras, le hizo señas a quien hacía las pesquisas para que dejara pasar el grupo de mujeres adelante. Ese fue el momento en que por fin pasó los controles y escuchamos que la gente hizo una pequeña algarabía.

Cuenta la leyenda que, cuando ese guardia se enteró de lo que había sucedido y del engaño en el cual había participado, buscó por cielo y tierra a mi amigo, no sé si para felicitarlo con otro beso o para darle un escarmiento con un bate de béisbol.

De ahí en adelante todo fue una explosión de euforia y alegría que se contagió a todos los presentes. Monareta de inmediato se dirigió al baño triunfante, aunque todavía temeroso de ser descubierto. Se lavó su rostro sin conseguirlo por completo, se quitó el disfraz y salió transformado otra vez en el barroso y jorobado Monareta. Afuera lo estábamos esperando con un par de cervezas en la mano y apenas lo abrazamos, brindamos por el éxito de la operación travesti. Si no fuera porque el techo del lugar era bastante bajo, lo hubiéramos cargado en hombros como a un torero.

Pasaron los primeros diez minutos de euforia y volvimos a la normalidad de la disco, en ese momento de paz pudimos ver mejor

a las amigas de Luisa y de inmediato se inauguró la temporada de caza. Porque una cosa era presentarse de imprevisto y en solitario a un grupo de mujeres desconocidas, pero otra es que alguien del combo las trajera al grupo. Ahí si comenzaba una sucia competencia. Cada uno fue acercándose a su pareja y bailamos como locos.

Dentro del Pub, Casporje tocaba rock en todas sus diferentes denominaciones. Nosotros acompañados por el ritmo de la guitarra y la batería brincábamos de un lado a otro, nos abrazábamos, tomábamos como camellos sedientos y después de la media noche, cuando ya el alcohol nos había ayudado a eliminar la pena, vi a Monareta, la indudable estrella de la noche, en un rincón oscuro besando apasionadamente una de las mujeres. Pero no fue el único, también Alimaña y el Orejón andaban en esas labores.

Con el pasar de los años, cuando regresé a Medellín, y confundido porque en cuestiones de mujeres no se si trata de nostalgia o de despecho, mientras acostado en mi cama escuchaba: *Take me out tonight, because I want to see people and I want to see life. Driving in your car Oh, please don't drop me home. Because it's not my home, it's their Home, and I'm welcome no more*, sentí ansias de volver a vivir esos increíbles momentos. Y no era solo por mí y el simple hecho de ser joven, era porque en realidad me gustaba ver a mis amigos felices también siendo jóvenes.

## 15. LA EXPLOSIÓN.

Como la operación travesti fue todo un éxito taquillero y la diversión fue total, esperamos dos largas semanas para no generar suspicacias y poder repetir la misma dosis. Entonces, de nuevo con la ayuda de Luisa y sus amigas ya metidos en el interior del volcán, yo, al ver a Monareta dando besos y abrazos apasionados iluminado levemente por un rayo morado de los que detectan los billetes falsos, me distraje y elevé fuera del planeta con el rostro de María en mi mente y regresé sintiendo una dolorosa envidia. Cuanto quisiera tenerla allí a mi lado sonriendo y bailando, compartiendo mi alegría y mi lengua como lo hacía en ese momento mi parcerero.

—¿Que pasó maldito grunge? ¿Por qué estas llorando? —me dijo el borrachín de Mastodonte dándome también un fuerte golpe para despertarme del trance —¿Vamos a volar esta mierda o qué?

En un principio no le entendí bien el acertijo, aunque si me imaginé a que se refería el desquiciado mental pues este vivía obsesionado con volarlo todo por los aires. Resulta que Mastodonte, siempre que íbamos al Estadio a ver fútbol, le quitaba la plantilla al zapato para poder meter entre el espacio que hay entre la zuela y el puente del pie, un taco de los que vendía el ciego de Arrabal, famosos por ser casi dinamita. Inclusive se murmuraba que su fabricante, un pobre ciego que termino drogadicto y pordiosero, le llevo a fabricar bombas al patrón. Yo le tenía advertido que algún día iba a terminar con un pie amputado, pero eso poco le importaba con tal de detonarlo cuando el partido estaba caliente y abrirle a la tribuna un boquete de gente entrada en pánico.

Un par de partidos atrás, y debido a la desbordada violencia en los Estadios, la policía había incrementado la seguridad hasta

el punto en que, cuando esperábamos haciendo la fila para entrar, vimos que estaban revisando inclusive dentro de los zapatos. Por eso Mastodonte no tuvo más opción que esconder el taco en las raíces de un árbol y recuperarlo a la salida. Desde esa tarde venia andando con ese triangulo hecho de papel color rio Medellín donde fuera que íbamos, y esa noche no fue la excepción. Cuando me dijo que voláramos esa mierda me imaginaba que estaba pensando explotarlo en alguna caneca de basura del parqueadero. Pero lo que tenía en mente era prenderlo adentro del bunker. Tal vez pensó que sería como estaba acostumbrado a hacerlo en el Estadio. Lo único positivo de la situación era que me había escuchado lo de perder el pie, y por eso ya pasaba los controles ocultándolo en la capucha del *sweater*.

Algo de mi personalidad que descubrí cuando fui capaz de auto analizarme con la imparcialidad de un árbitro comprado, era que no me gustaba hacer maldades, pero si me gustaba que otro las hiciera. Por eso, cuando me dijo esa noche que voláramos esa mierda, yo le contesté: volemós este antro. Hágale.

El corazón se me aceleró de inmediato y aunque el sentido común me decía que debía detenerlo, siendo suficiente mencionarle que por favor no lo hiciera, al contrario, yo lo seguía alentando con ideas, sugiriéndole, por ejemplo, que destrozáramos un sanitario. En retrospectiva es demasiado evidente que no debí haberle seguido el juego, pero en ese momento era demasiado tarde, la idea había sido sembrada y los dos teníamos que saber cuál sería el resultado.

Lo vi sacar del bolsillo trasero del pantalón una bolsita de plástico con el explosivo adentro, me lo mostró como un traficante de drogas y vi que el taco estaba humedecido. Lo primero que me dio fue alivio, porque pensé que la mecha nunca iba a encenderse, y si lo hacía, el poder de la pólvora sería mínimo. Noté además que el taco todavía tenía esa mecha larga, eso, en el peor de los casos le daría tiempo a la gente para que por lo menos se alejara de la explosión. Para mí sería una broma inofensiva, especialmente después de haber estado al borde de las explosiones en las tribunas.

Bueno, pues Mastodonte con el taco en la mano se paró en medio de la pista de baile y con una candela encendió la mecha. En la oscuridad se podía ver el brillo de la mecha que se iba consu-

miendo en el suelo como una chispita mariposa. En esos segundos, cuando la idea se convirtió en algo real, me arrepentí y grité con todas mis fuerzas que corrieran, que había un taco en el medio. Los que lograron ver el explosivo y entendieron la dimensión de lo que ocurriría se alejaron de inmediato, pero entre la confusión que se armó porque muchos otros no sabían que estaba pasando, trataron de salir a la vez por la única puerta existente y se armó un embudo que dejó a muchos atrapados.

El estruendo fue tan violento que juro haber sentido temblar la tierra. Las luces y la música se apagaron, el bar se llenó de humo, gritos, llanto y una penumbra total. El caos fue de dimensiones traumáticas. Mujeres y hombres se lamentaban cogiéndose la cabeza y arrancándose el pelo y aunque no hubo más que tímpanos lesionados, la gente juraba ver cuerpos mutilados y sangre esparcida en las paredes. Y no era para exagerar considerando la historia de la ciudad y la cantidad de bombas que la asolaron.

Afuera del bar, en el lugar donde se podía tomar aire fresco, la gente atónita viendo salir el humo por las ventanas como si se tratara de un incendio, no podía dar crédito a lo que había ocurrido y creían que en realidad había sido un atentado terrorista. Yo, sintiéndome responsable, intentaba calmarlos explicando que no había problema, que no se preocuparan, que solo había sido una papeletica de diciembre. Pero unos a otros se estrellaban como bolas de billar y nadie escuchaba razonamientos. De pronto vi llegar al gorila de la puerta acompañado por la seguridad de otros locales aledaños donde en esos días también se divertía la mafia. Eran unos cuatro personajes malucos de riñonera terciada al pecho, cada uno portando un radio en la mano y en la otra un revolver. Ahí me di cuenta que la mierda había tocado el ventilador del techo.

Una mujer llorando con la pestañina derretida bajándole por las mejillas, y que temblaba dominada por la histeria, apenas vio llegar la seguridad, me señaló con el dedo, y yo, viendo ese índice apuntándome a la cara supe que me había metido en un problema grande, luego la mujer repetía descargando su furia contra mí: fue el, yo lo vi, fue ese desgraciado hijodeputa.

Me di cuenta que detrás de mí estaba escondido Mastodonte y ella se le fue encima para tomarlo por el cuello de la camisa. Fue

este hijo de puta, yo lo vi, repetía hasta el cansancio. Sin hacer preguntas, sin hacerle un juicio o dejarlo decir algo en su defensa, uno de los hombres de seguridad le aplico una llave de lucha por el cuello a mi amigo, a lo cual este trató inútilmente de oponerse, pero una vez se dio cuenta que debía rendirse para evitar más dolores, otro guardia le metió un cachazo en la frente y dos en la coronilla con la intención de aniquilarlo.

Mientras le bajaba la sangre por la cara y las patillas debido a los cortes que le infligieron, se lo llevaron arrastrándolo por el pescuezo y él con sus piernas pateaba el cascajo dejando un rastro. Apenas vimos que la reprimenda tomó las dimensiones de un secuestro, nos fuimos siguiéndolo para evitar una tragedia. Lo más probable es que con o sin nosotros iban a matarlo allí mismo en el parqueadero del frente. Luego de salir del recinto, pasaron la avenida Las Palmas y efectivamente se dirigieron hacia ese oscuro lote mete dedo. Cuando tratamos de intervenir para que por favor tuvieran piedad y lo soltaran, uno de los cuatro guardias nos apuntó con el fierro, ahí escuchamos que subía una patrulla de la policía con su sirena encendida, y el rostro pálido de mi amigo se ilumino de azul y rojo intermitente.

La sirena de la patrulla lo salvó, porque en un descuido de sus captores, Mastodonte salió corriendo y se metió culebreando entre los carros, luego se lanzó a rodar por la loma que delimita el terreno y que en aquellos tiempos eran zonas baldías llenas de malezas y matorrales. No pasó más de un minuto y sonaron un par de disparos. Al escuchar el estallido yo me imaginé a mi amigo desangrándose y rodando cuesta abajo. Cuando la gente escuchó los dos tiros secos se dispersó a buscar refugio donde encontraba o simplemente se tiraron al suelo, en ese momento todavía era confuso lo que estaba ocurriendo y el caos fue aún más serio. La patrulla se estacionó en mitad de la avenida y detuvieron los carros, generando así un trancón de subida y de bajada. La sirena seguía sonando y las luces dando vueltas, las farolas de los carros encendidas, los gritos de la gente. En resumen, se armó una escena digna de la eterna primavera.

Aprovechando la confusión, nosotros logramos montarnos a la furgoneta y salir del sitio por un camino alterno, y aunque estábamos bastante preocupados, logramos controlarnos y mantener



la calma, queríamos creer que nuestro amigo estaba vivo, al fin de cuentas nadie había visto el cuerpo todavía. Lo que sí sabíamos que ocurriría por conocer tan bien a Mastodonte, es que si había escapado, con toda seguridad estaría esperándonos en el parque del Poblado con una cerveza en la mano como si nada hubiera pasado. Sin tener una mejor idea bajo la manga, hacía ese lugar nos dirigimos sin pensarlo dos veces. Nos tardamos en salir del taco, pero logramos llegar al parque aproximadamente una hora más tarde, y cuando bajábamos por la calle que rodea la plazoleta central, lo vimos ahí sentado en una banca como un pachá, comiéndose una empanada y un salchichón con arepa.

Cuando logré encontrármelo de cerca, efectivamente estaba sonriendo y actuando tan fresco como si hubiera acabado de darse un baño, o más bien parecía sedado, seguramente afectado por la sobreproducción de dopamina a la que se había sometido. Inclusive estaba más feliz que antes de prender la mecha.

—¿Viste la cara de toda esa gente cuando vieron el taco? — dijo atragantado con un pedazo de comida que le quedaba en la boca. —Ja, Ja, Ja...

R4 le entregó su patineta y antes que Mastodonte se sentara en ella, sacó de su bolsillo las medias curtidas que se había quitado para limpiarse la sangre de la cabeza y las tiró a la basura. Le examinamos los golpes de cerca y al final no habían sido más que cortadas menores, solo que gracias al escándalo que produce la sangre habían multiplicado el nivel de la tragedia. Según relató con lujo de detalles, cuando se le escapó a los de seguridad, estos desesperados para que se detuviera, le dispararon un par de veces y él, ya prófugo de la justicia entró en pánico y lo único que se le ocurrió fue tirarse cuesta abajo por la loma.

Al salir de nuevo a la Avenida del Poblado lleno de cadillos y ladillas, se limpió la sangre y las heridas con las medias para no llamar la atención, paró un taxi y pidió que lo llevara el Parque del Poblado. Y así de sencillo e increíble, allí estaba como si hubiera acabado de salir de la casa en la mañana. Y yo viéndolo ahí meciéndose sobre la tabla de un lado a otro mientras relataba su posible muerte como si se tratara de un chiste, pensé en Calambre y agradecí que no hubiera venido, si no, seguramente hubiera muerto esa noche por un severo ataque de epilepsia.

Estuvimos en el centro del parque no más que hablando de la explosión, acontecimiento que opacó por completo el segundo éxito de la Operación Travesti y los besos en la oscuridad de algunos afortunados. Nos alimentamos de harina, aceite, carne y azúcar; base de la dieta paisa. Y todo eso nos mantuvo en ese lugar por más o menos una hora. Y aunque había mucho más para contar, cuando empezamos a ver que llegaba más y más gente de la misma que estuvo presente en el Pub, decidimos irnos sin visaje pues todavía algún sapo podría brincar la verja y la estación de policía estaba literalmente a nuestras espaldas.

## 16. LA FUENTE DE LA ETERNA JUVENTUD.

El siguiente fin de semana, luego de que nosotros mismos nos encargamos de vetarnos la entrada al Pub por esa simple broma de dejar a medio bar traumatizado. Decidimos simplemente encontrarnos en el Parque del Poblado para relajarnos. Pasamos varias horas tomando cerveza hasta que salimos del parque cuando el reloj de la iglesia marcaba la una de la mañana. Tomamos nuestras tablas y rodamos en dirección norte por la Avenida el Poblado. Íbamos juntos Los del Estadio y las Ratas del Infierno bajando a máxima velocidad y sintiendo el frío de la noche acariciándonos la cara y la espalda. La velocidad y la fuerte briza nos levantaban las camisas y trataba de arrebatárnoslas como si fueran banderas ondeando. A medida que acelerábamos para poder pasarnos a tiempo los semáforos sin ser investidos por un borracho, íbamos absorbiendo por cada poro una sensación de libertad que después del susto de la semana anterior nos reconfortaba el ánimo. Así, sin detenernos una sola vez, llegamos hasta la olvidada fuente de Enka. Una pequeña montaña con una cascada artificial de tres niveles incrustada en ella, que quizás fue pensada como monumento para adornar la triste zona industrial que se puede ver desde el puente que la colinda. Esa cascada era una de nuestras atracciones favoritas, casi que nuestro parque de diversiones privado. Solo teníamos que compartirlo con bazuqueros y gamines.

La cascada de tres niveles tenía forma de pirámide Maya, y cada nivel tenía una piscina que recibía el agua para llenarse y dejarla bajar de nuevo a la siguiente piscina más baja. En el suelo se encontraba la piscina principal que excedía las otras en el doble del tamaño y profundidad. En la parte superior de la pirámide,

atravesando la roca de la montaña de un lado a otro, había una recámara rectangular llena de agua, con un tenebroso agujero en el medio que era por donde volvía a salir el agua que recirculaba a las piscinas, y dentro de esa recámara había también unos aspersores en las paredes de mármol que creaban la sensación de niebla cuando se atravesaba.

Lo que hacíamos era ponernos las pantalonetas de baño, mejor dicho, quitarnos los pantalones. Con eso queda explicado por qué me ponía una pantaloneta por debajo siempre, y los que no tenían, pues simplemente se metían en bóxer o narizona. No faltó quien saltó desde el último nivel en bola un par de veces. Subíamos por la roca hasta la parte alta de la pirámide y allí escondíamos entre arbustos las tablas y la ropa. Una vez arriba, nos perdíamos en la niebla de la recámara y nos dejábamos caer en el agujero para que la presión del agua volviera a sacarnos a flote. Luego, saltábamos a las piscinas. Los más arriesgados, o diría yo lo más descerebrados, saltaban de una vez desde el tercer nivel a la piscina más baja sobrepasando así los otros dos niveles con el salto y aceptando así el riesgo de quedar inválidos. Yo como siempre había sido una gallina, saltaba de una en una hasta que llegaba a la piscina de abajo.

Esa noche en particular, apenas pasamos por allí en las tablas, no hubo que decir nada. Nos fuimos yendo hacia la fuente como si el agua estuviera imantada. Empezamos a subir la montaña, ocultamos la ropa y empezamos a saltar a las piscinas con la euforia de los niños que abogábamos y que procuramos conservar por siempre. Mastodonte lo hizo primero, como era el orden lógico de las cagadas, luego fue R4 de escala en escala y así sucesivamente. Yo me quedé con Lenteja y Monareta arriba en la recámara, metiéndonos en el hueco por donde subía el agua. Y no pasaron más de diez o quince minutos cuando nos percatamos de las luces azules y rojas atravesando la neblina de los aspersores. Lenteja, que se desplazó como un cocodrilo rastrero por el agua, hecho una mirada y nos dijo en voz baja que nos ocultáramos bien. Abajo estaba la patrulla estacionada, y pensamos que seguramente venían buscando a Mastodonte porque en Medellín todo se sabe. Todo se paga.

Ocultos por el agua atomizada y apenas asomando la frente y los ojos sobre el borde de la baldosa, veíamos como iban montando

uno por uno a nuestros amigos a la "marranita", como también llamábamos a ese tipo de patrulla encapsulada con barrotes en las ventanas. La policía los estaba montando mojados y sin ropa y para apresurarlos les daba con los bolillos en la parte trasera de los muslos y en las nalgas. Luego, quién parecía ser el capitán, al ver que no quedaba nadie más por montar, sacó un megáfono y lanzó una advertencia pues sospechaba que debía haber más escondidos en la parte alta. Amenazó diciendo que bajáramos por las buenas antes de que tuviera que mandar a sus esbirros a bajarnos por las malas.

Como no podíamos dejar que se llevaran a nuestros amigos sin ropa a un mirador abandonado o con suerte a alguna celda fría, hicimos un acuerdo de piedra, papel o tijera y Lenteja tuvo que bajar con la ropa de ellos y las tablas. Así que nosotros los rezagados, podríamos salir cuando la patrulla se fuera, y por lo menos ir a buscar a nuestros amigos para brindarles ayuda desde afuera hasta que los soltaran, o si no aparecían avisar de inmediato a las familias. Ya se sabía de casos en los que gente que se llevaban en esas marranitas nunca aparecía. Ya me imaginaba yo con un micrófono ante una cámara hablando del caso en las noticias.

En este punto, antes de continuar con la detención, hay que hacer claridad sobre uno de mis amigos. Pelo e' burra. Un barranquillero que tenía una nube negra llena de truenos y relámpagos que lo acompañaba a todas partes sobre su cabeza. Hacía un par de semanas que estaba feliz porque había conseguido su primer trabajo como vigilante en una entidad bancaria. Como dotación y herramienta de defensa en el banco, le habían dado una escopeta de dos tiros y un perro Rottweiler con bozal. Pero el primer día de trabajo, ante toda la gente que llegaba en hora pico a hacer sus transacciones, este perro se le trato incansablemente de montar encima de la pierna para tener una relación zoofílica. Pelo e' burra, sin saber qué hacer con el animal y su labial afuera, tenía que darle golpes con la escopeta en la cabeza y en el vientre para apaciguarle su desenfrenada lujuria. Cuando nos contó de su desdicha con los ojos vidriosos, nosotros tratamos de apaciguarlo con bromas, diciéndole que si había cambiado a las burras por los perros. Pero eso fue una verdadera tragedia para su autoestima, la incomodidad le ocurrió por cinco días seguidos y con ese trauma tuvo que irse des-

pedido pues para colmo de males, una mujer lo denunció por maltrato animal. Todo este prolongado paréntesis, solo para explicar que Pelo e´ burra estaba bastante susceptible esa noche como para aguantar los dolorosos bolillazos de la policía.

Cuando Lenteja apareció con la ropa y las tablas bajo el brazo, lo montaron también a la patrulla y comenzaron a golpearlos por, como explicaba la misma ley, desadaptados y sinvergüenzas. Muenda en la que los policías decían que, hasta que no les informaran donde estaba escondido el resto de gamines, no se irían. Entonces, Pelo e´ burra, congelado, deprimido y cansado de sufrir, abrió la boca y nos delató a los que estábamos arriba.

Mientras tanto, metidos en el agua con los dedos arrugados, yo trataba de conservar la esperanza, aunque en el fondo sospechaba desde que vi a Pelo e´ Burra subirse a la patrulla, que el plan no funcionaría. Sin embargo, solo nos quedaba como alternativa seguir esperando a que el vehículo arrancara.

Comencé a confirmar mis sospechas al ver que eso no pasaba y que, en cambio, la marranita se sacudía violentamente de un lado a otro. Ya sabíamos Monareta y yo entonces lo que debía estar pasando adentro pues no había sido esa ni la primera ni la última paliza. Sin embargo, sentimos un alivio porque entendimos que no estaban buscando a Mastodonte para pegarlo.

El movimiento de la patrulla se detuvo y vimos salir a dos policías con bolillo en mano, sus movimientos bruscos y agitados delataban su evidente furia. A regañadientes y con pereza, ambos comenzaron a subir la montaña, no sin antes arrancar y recoger cada uno una rama gruesa de los árboles.

—¡Salgan ya malparidos gamines! Que si no, aquí nos vamos a quedar hasta que se congelen todos —decían los tombos.

Primero encontraron nuestra ropa y las tablas ocultos en lo más alto de las rocas. Monareta y yo sabíamos que estábamos perdidos. Además, por temas psicológicos creo, apenas la ley anunció que nos íbamos a congelar, comenzó a derrotarnos el frío y sabíamos que no podíamos aguantar tanto tiempo ahí metidos en el agua. Parecíamos dos de esas cajas de dientes de cuerda con piernas que brincan. Finalmente nos dimos por vencidos.

Salimos con las manos en alto, los policías nos dejaron recoger las tablas y la ropa, para luego hacernos bajar lentamente mientras

nos escurría el agua y nos lisábamos por las piedras mojadas. Una vez llegamos a la parte plana de la glorieta donde los carros pueden verlo todo, los tombos nos ajusticiaron con las ramas de los árboles.

—¿Con que muy avispados los malpariditos estos? —y pum... golpe de rama sobre la piel mojada del muslo y de la espalda — que creyeron. ¿Que se iban a escapar gonorreas?

Monareta y yo arriados como bueyes y con las protuberancias del Nazareno, nos tratamos de subir a la patrulla acosados por el dolor, pero ya no había más espacio en esa lata de sardinas. Alcanzamos a ver a nuestros amigos quienes no pronunciaron una sola palabra de protesta, ya estaban resignados y subyugados por la fuerza de los bolillos. Apenas los policías se percataron que no había donde más meternos, simplemente se montaron a la patrulla y nos dejaron ahí parados con las tablas y la ropa que nos tiraron a la mitad de la calle.

Una vez se alejaron, nos vestimos rápidamente y Monareta se percató que le faltaba un zapato. Así que, asustados de que la policía volviera a pasar con puestos disponibles, paramos un taxi y nos montamos en el diciendo agitados: A la estación del Poblado por favor. Apenas vimos la fuente alejarse por el vidrio de atrás, nos miramos las caras de agotamiento y chocamos puños sonriendo por habernos salvado de la encanada.

Durante toda la madrugada mientras Monareta y yo esperábamos por nuestros amigos a una cuadra lejos de la salida de la estación, a estos todavía en calzoncillos, los bañaron con baldados de agua fría, los pusieron a hacer cuclillas y flexiones de pecho para que no se durmieran y antes de dejarlos libres como a las siete de la mañana les dieron la tarea de lavar baños y limpiar las telarañas de la estación. Finalmente los vimos salir a todos en fila india y agachando la cabeza por la puerta principal, y para sorpresa de mi amigo, Alimaña salió con su zapato perdido en la mano.





## 17. 60 WATTS.

Para el 21 de septiembre del 95, unos nueve meses después de reiniciado el calendario escolar, mi amistad con Calambre ya se había consolidado por completo. Podría inclusive considerarlo para ese entonces y para siempre como mi mejor amigo. Lo que si no había podido conseguir en todo ese tiempo era acercarme a María de ninguna forma. Ni un dibujo, ni una carta, ni una nota o una mirada insinuante que me pusiera en el mapa. Ni siquiera teniéndola sentada al frente, había sido capaz de pedirle que hiciéramos un trabajo juntos. Ya se me estaban agotando las oportunidades, pero eso estaría por cambiar esa misma tarde.

Esa mañana el profe Ferney nos enseñaba como encontrar el área bajo la curva empleando límites. Luego, en clase de catequesis, divagué locamente pensando que podía demostrar el problema de como Dios se había dividido en la santísima trinidad si usaba integrales. No lo hice por cuestiones teológicas o de amor al cálculo de Newton o de Leibniz, simplemente lo hice con la intención de distraer mi mente, pues ese sería el día en que nos descubriríamos y debía encontrar la forma de lidiar con mis ataques repentinos de pánico. Así que, por ponerme a inventar un puñado de conjeturas absurdas que me agotaron las neuronas, quede noqueado sobre la tabla de la silla.

María había llegado esa mañana con el pelo todavía húmedo y estrenando un champú con olor a confite, usaba un buso colegial azul oscuro y su falda de cuadros a mitad del muslo combinada con sus medias blancas subidas hasta el huesito que se asoma sutilmente bajo la rodilla. Se veía más hermosa que de costumbre. "Más hermosa que de costumbre" era una frase que fastidiosamente le

repetía a Calambre casi todos los días. Entonces, mi subconsciente aprovechándose del profundo sueño en que había caído, sacó a pasear una de mis fantasías más recurrentes. La de los dos cruzando en mi Vespa las frías montañas de Santa Elena, yo manejando y María atrás abrazándome para protegerse del viento mientras calentaba sus manos dentro de mi chaqueta. Luego de esa imagen que aparecía solo por unos segundos pero que no podía eliminar de mi subconsciente, llegábamos a una vetusta casa campesina con la chimenea encendida y al lado del fuego hacíamos el amor hasta el cansancio. Y toda esa zalamería terminaba cuando a su lado cobijados hasta los hombros, entrecruzábamos las piernas para ver salir el sol tras los cultivos de flores y hortalizas. Puras adaptaciones locales de películas gringas.

Y por andar mi imaginación armando desordenes con tontearías, no me di cuenta que el profesor me estaba llamando para que saliera a despejar una equis en el tablero. Solo logró despertarme el golpe de una tiza que me atino en la cabeza. Tuve suerte, porque apenas me disponía a hacer el ridículo frente al salón con una saliva blanca que me bajaba desde la boca hasta la nuca, sonó la campana que anunciaba la salida al primer descanso. Aunque eso no me salvó en absoluto de hacer el ridículo, ya que cuando traté de levantarme me fui de bruces, pues algún payaso me había atado los cordones de los zapatos mientras dormía.

Avergonzado me levanté del piso y a continuación, me sacudí ambos hombros con las manos como limpiándome el polvo, creo que lo hice por instinto o porque así también lo hacían en las películas. Al final también me reí a carcajadas porque sabía reconocer cuando una broma era fina, aunque hubiera sido yo la víctima. Gracias al susto de la caída se me quitó el adormecimiento por completo y me fui directo al baño a expulsar por la boca mis nervios que regresaron convertidos en vómito.

La determinación en mis planes de hablarle a María comenzó a tambalearse porque el día había empezado con malas señales. Para mí, una muestra inequívoca de que debía abortar la misión de conquista.

Resulta que durante todo ese mes del amor y la amistad habíamos estado jugado amigo secreto como lo hacíamos cada año desde primaria. Pero, esta ocasión para mí, había sido más bien un

juego de intrigas equiparado tal vez al de los Borgia. Primero, tuve que descubrir a punta de sobornos en una esquina oscura de los casilleros, quién fue el afortunado que había sacado el papelito con el nombre de María. Luego, le pagué el equivalente a dos semanas aguantando hambre para que cometiera el delito de cambiarme el nombre. Ahí comenzaron mis dificultades económicas, pues también me había tenido que endeudar con Calambre y Mastodonte para poder comprarle a María un perfume marca 60 Watts cuyo recipiente tenía la forma de una bombilla color fucsia con tapa amarilla. Regalo tan costoso que no tenía precedentes en la historia de ese juego y que después del descanso cuando nos descubriéramos, se lo entregaría envuelto en papel regalo, y diciéndole un secreto mientras le daba un beso esquinado en la mejilla.

Después de vomitar en una poceta usada para lavar las trapecadoras, regresé caminando lentamente con el fin de tomar aire y aproveché cada paso para tranquilizarme con una técnica que había inventado, la cual consistía en imaginarme trucos de patineta para luego ejecutarlos con los dedos sobre los muros. Fue en ese recorrido que por fin pude tener mente para preocuparme porque Calambre no había venido a estudiar ese día ni el anterior. Entonces decidí llamarlo del teléfono público continuo a la rectoría.

Cuando alguna calamidad ocurría con él y no venía a clase, yo escogía como primera explicación la peor de las opciones, esto porque después de haberlo visto sufrir sus ataques en plena vía pública, pensaba que le había dado uno en medio de la calle y que un carro lo había atropellado, o tal vez, que las convulsiones le habían llegado en la cocina y se había caído sobre un cuchillo. Lo que no pensaba, era que pudiera simplemente tratarse de una gripa o de una fiebre. Sin embargo, cuando iba a meterle la moneda a la caja de metal brillante para averiguarlo, tocaron la campana anunciando el regreso a clase y eso me hizo cancelar la llamada.

Al entrar al salón y ver la romería alebrestada, la vomitada se convirtió en algo inservible porque me regresaron intactos los nervios que tenía. Me senté en mi silla sin probar la torta que estaban repartiendo y saqué el regalo de mi mochila como diez veces seguidas. Cada que lo hacía practicaba un discurso diferente. Al momento de entregarle el perfume a María y darle el beso en la mejilla rozándole la boca, le iba a decir al oído que me tenía loco y que

estaba enamorado de ella. Al menos eso era lo que tenía en mente y lo que me estaba revolviendo el vientre. Ese era mi problema, que en vez de simplemente decirle que nos tomáramos un soldadito de chocolate en la cafetería o que hiciéramos alguna cartelera juntos, yo siempre me imaginaba una magistral obra romántica para poder protagonizarla como el Romeo de Shakespeare.

Después de la torta de chocolate de Tortas y Tortas que al final si me terminé tragando y el vasito de helado la Fuente con forma de balón, Hilarión, el profesor titular, mandó la gente a sentarse en mesa redonda para comenzar a repartir los regalos. Todo transcurrió de forma predecible, la primera persona de la lista se levantó, reveló públicamente quién era su amigo secreto, le entregó el regalo y regresó a la silla después de un apretón de mano. Algo completamente normal y sencillo. Casi mecánico. Luego, quién había recibido el regalo anunciaba quien era su amigo secreto y así se iba enlazando la cadena. En medio de esa lúdica, se levantó Héctor Herrera, más conocido como doble H, este pronunció mi nombre y de inmediato se me hizo un nudo en la garganta. Se vino caminando hacía mi puesto y me entregó una caja rectangular, ese había sido mi regalo. Sin embargo, ni siguiera me importó que adentro hubiera un rompecabezas usado, yo solo seguía pensando en ejecutar mi plan sin cometer errores. De manera que, con mis piernas temblando y después de chequear que no tuviera amarrados los cordones, con mi voz ya quebrada me paré de la silla y le anuncié a la clase que mi amigo secreto era María. Saqué por undécima vez el regalo de mi mochila y como el cuerpo entero me temblaba, al instante en que me dispuse a caminar con dirección al amor de mi vida, perdí la fuerza, dejé caer el regalo y la bombilla se quebró contra el piso. El salón entero quedo oliendo a tienda de regalos por más de quince días y yo me quede ahí en medio del salón haciendo nuevamente de bufón en vez Romeo. Lo que ocurrió de ahí en adelante no lo recuerdo bien, solo puedo decir que, cuando reaccioné a la vergüenza que me nubló la vista, me encontré de nuevo callado y sentado en la silla.

En el segundo recreo, tratando de endulzar un poco la amargura que sentía, compré un pastel hawaiano y un Milo granizado; una de esas bebidas llenas de hielo triturado y azúcar que no se solidifican gracias a un tornillo sin fin dando vueltas en un reci-

piente transparente y sudoroso. Salí de la barra donde calientan los pasteles, los buñuelos y el pescado seco con bombillos de galpón, para ir a sentarme solitario en la mesa de siempre y disfrutar de la merienda con la mirada clavada en ella. Fue entonces, que de la nada, apareció alguien descargando una bandeja roja sobre el lado opuesto de la mesa. Yo, como era habitual en los descansos cuando no estaba Calambre, me la pasaba escuchando música en mi walkman para no tener que hablar con nadie. Esa ocasión escuchaba con atención una obra maestra de la Polla *Records*. El No Somos Nada.

El choque de la bandeja contra la mesa me asustó porque estaba mirando a través del visor del walkman los piñones que hacen girar la cinta. Y de pronto, algo en mi interior me advirtió que tal vez se trataba de ella, mi espíritu se sacudió como si le hubieran dado una descarga eléctrica y, tratando de disimular el terror, me puse mosca para no cagarla nuevamente. Para corroborar mi co razonada y con miedo de que no fuera ser cierta, fui levantando la mirada lentamente para no desilusionarme de un solo golpe. Primero le vi sus delicados dedos con sus uñas rosadas y brillantes, luego me fui siguiendo la ruta de las mangas del buzo, ahí, antes de llegar a su rostro, sentí un vértigo azaroso y que se me recalentaban las orejas. Seguí subiendo la mirada hasta encontrarme de frente con sus senos, donde obligatoriamente me detuvo el dije redondo que siempre llevaba colgando por fuera. Reafirmé entonces que sí se trataba de ella.

Me dio tanto miedo que, si me hubieran dado la opción, hubiera elegido un escape de Houdini. Tuve cuidado de no apuntarle directamente a las pupilas y sucumbir ante el poder de su entidad magnética. Así transcurrieron unos segundos de fatigante silencio, en los cuales, pude haber sido un caballero e invitarla al menos a que se sentara a la mesa. Pero no lo hice porque ella tenía el poder de dejarme inerte y de doblegar mi voluntad más férrea. De tal manera que, sin tener otra salida posible, la miré a los ojos y le conocí su alma a través de esos dos caramelos redondos. Como me lo esperaba, su magia me transformo en un orate.

—¿Estás bien? —Me preguntó de forma directa porque yo seguía sin invitarla a sentarse— ¡Ha sido un día difícil para ti! Vi la trampa que te pusieron en la mañana. Perdona, pero no pude

evitar la risa y quería disculparme. Y luego, lo del regalo. Has de haber quebrado algún espejo, visto un gato negro y pasado por debajo de una escalera. Todo al mismo tiempo.

—Con lo de la caída, no me pasó nada, ni siquiera un rasguño —respondí envalentonado, como si se hubiera tratado de una hazaña inconmensurable— pero con lo del regalo si tengo mucha pena. Te lo debo, mañana te lo traigo.

—No te preocupes por eso que no es necesario. ¿Que estas escuchando? —Me preguntó cambiando de tema con esa voz dulce que a cualquiera desarmaría.

—¿Tú eres la nueva cierto? —Le contesté con otra pregunta. Mi intención era parecer desinteresado y relajado como ella, pero de inmediato me castigué por haber dicho semejante estupidez y me mordí la lengua. Ella ni siquiera me contestó por lo elemental de la respuesta y yo me sonrojé.

—¿Que estás escuchando? —Insistió con la pregunta sentándose a la mesa. Pero sé que lo hizo solo para rescatarme, pues notó de inmediato que yo no tenía los medios ni el talento para librarme de situaciones penosas como esas.

Por segunda ocasión tampoco le respondí, pero a cambio, me moví a su lado y le compartí el audífono para que escuchara la melodía. María parecía estar entrando a una dimensión desconocida.

—¿Qué es esto? —preguntó al cabo de un minuto— ¡Está buenísimo!

Yo me limité, ahora si con seguridad y como un caballero, a presionar el botón de *stop*, abrir la tapa y regalarle el casete. Ella me dijo sorprendida que sí lo quería, por supuesto, pero que si también le prestaba el *walkman* para seguir escuchando en el descanso y en el bus. Yo no escuché sus deseos, para mí, me estaba dando una orden. Le entregué en sus manos, después de mi patineta, mi joya más preciada. En la entrega, con intención, alcancé a tocarle la piel de sus manos por primera vez y la sentí suave como la de un bebé; al acercarme lo suficiente le sentí el olor del perfume emanando de su cuello. Además, pude finalmente descifrar, por el seguro que tenía en un costado la joya, que su dije era una pequeña cajita redonda con una sirena grabada en ella.

—¿Qué es eso? —Le pregunte señalándole el dije.

—Aquí llevo la foto de mis padres —respondió abriendo la

cajita— me gusta llevarlos a todas partes.

—¿Puedo verlos?

Nunca olvidaré lo que me dijo a continuación cuando con recelo y para evitar ese tema familiar, volvió a cerrar la cajita para dejársela en el pecho: que ella había notado como yo me la pasaba dibujando en clase y que algún día le gustaría ver mis dibujos. Que tenía curiosidad porque le gustaba mucho el arte, sobre todo la música y la pintura. Creí que me había atrapado con las manos en la masa y me sentí apenado porque tal vez me había excedido mirándola y retratándola en las últimas páginas de mis cuadernos. Aunque lo que al final importaba, es que me daba muestras de que estaba interesada en mí porque yo era diferente al resto, eso fue lo que quise creer en aquel momento. Pero como desafortunadamente nada es perfecto, también me preguntó por qué se había ausentado Calambre dos días, y me confesó que le gustaría aprender a montar en patineta. Que si nosotros, sí, nosotros, no solo yo, algún día le podíamos enseñar cómo rodar en ella.

Desde ese momento quise sacar a Calambre de mi vida, recé para que no regresara nunca de su casa y que, como lo había imaginado, sí lo hubiera atropellado un bus pasando la Oriental. Me golpearon tan duro los celos que inclusive le deseé una tumba. ¿Por qué María tenía que preguntar por mi amigo en el momento más especial de mi vida? Maldita sea ¿Acaso no podía habérmelo pedido a mí solo? Haciendo un esfuerzo por levantar el castillo que ella en un segundo había construido y en el siguiente había destruido, decidí consolarme pensando que tal vez solo era tan tímida como yo y que tal vez por eso usaba el viejo truco de la diplomacia.

De cualquier manera y a pesar de ese doloroso comentario, que desde un inicio me planteó la duda eterna de si María en realidad estaba interesada en mí o en Calambre, esa tarde me la pasé alimentando mis fantasías y flotando por el aire. Eran pocas las veces que le ganaba en la tirada de los dados a los Dioses, pero esta vez lo había hecho para que me pagaran las deudas atrasadas, y por eso quedé exhibiendo una estúpida sonrisa donde iba y que inclusive me dormí con ella puesta.

Luego de que María se levantó de la silla escuchando mi música y me dejara de nuevo solo en la cafetería sin apetito para terminar el medio pastel que me faltaba, contradije mi deseo de aniquilarlo

y me fui directo al teléfono público para llamar a Calambre. Le metí una moneda de doscientos a la caja metálica y marqué rápidamente. Aunque era cierto que previamente ya pensaba hacerlo, como consta en las líneas anteriores, el motivo de la llamada había cambiado, ya no me importaba su salud tanto como anunciarle que hacer el amor con María era cuestión de días.

—¿Buenos días doña Marta? ¿Se encuentra Marlon?

—Él no se siente muy bien mijito, está dormido ¿Te pasó algo?

—No señora, no me pasa nada, estoy bien gracias a Dios ¿Pero podría despertarlo por favor? Es importante, es para una tarea del colegio.

—Un momento me fijo...

—¿Alo? —Contestó Calambre con una voz gutural de recién levantado —¿Quién habla?

—Marlon, soy yo. Tengo que contarte algo urgente.

—¿Que ocurre? Con quien hablo...

—¡La conocí Marlon, la conocí! Hablamos en la cafetería, me pidió prestado el walkman, que le gustaban mis dibujos, me dijo que le enseñara a usar la tabla... Creo que está enamorada de mí. Marlon.

—¿De que estás hablando?

—Mañana te cuento en el Colegio. Hablamos —Colgué el teléfono y ni siquiera le pregunté cómo se sentía o que enfermedad tenía.

Regresé al salón de clase calculándolo todo para evitar cometer imprudencias con María, parece que no le gustó que le hubiera preguntado por sus padres, por eso hacía operaciones con mis palabras: las sumaba, las restaba y las dividía para analizar el resultado de la frase. Tenía preparadas cada una de mis preguntas. Quería impresionarla, parecer un hombre interesante y consideraba lo de su gusto por el arte y la música como una ventaja incuestionable. Pero, desafortunadamente María no volvió a dirigirme la palabra en lo que restó del día, y yo, como era tan predecible, no fui capaz de tomar la iniciativa y pedirle su número de teléfono, con la excusa de que mañana será otro día y que no podía mostrar mucho el hambre.

En las siguientes cuatro clases después del recreo, no me aprendí ni una capital, ni un axioma, ni lo que era el pistilo o la simbiosis.



No entendía las palabras de los profesores, yo solo era un muñeco hueco de cuerpo presente. Hubo un par de veces en que ella volteó su rostro sobre el hombro para buscarme, y cuando chocamos miradas me regalo una maliciosa y diminuta sonrisa. Eso me dio la seguridad para optar por la peor decisión de todas: Entregarle el último retrato que había hecho de ella durante varios días y así completar aquel viejo plan que se me había ocurrido desde que llegó al salón.

Fue una mala decisión porque al finalizar la jornada, apenas se lo entregué en sus manos, ella lo miró por un par de segundos sin mostrar el mínimo interés, esbozó una sonrisa fingida, lo dobló en cuatro partes iguales y lo metió en su mochila como si se tratara de cualquier volante publicitario. Me hizo sentir como el artista más fracasado del planeta. Así era María de cruda e impredecible.

Me subí al bus para regresar a casa, me senté en la banca de atrás debatiendo si debía sentirme victorioso o humillado, pues, en cuestión de pocas horas, había subido hasta el cielo en un cohete de propulsión a chorro, acariciado las galaxias con la punta de mis dedos, y apenas comenzaba a disfrutarlo, me dejó sin combustible y me precipité en el mismo aparato directo hacia el cemento.

¿Será que me está usando para acercarse disimuladamente a Calambre? Me pregunté con tanto temor a contestarme afirmativamente, que dejé la pregunta evaporándose en el aire.

Junto a los otros 22 buses del colegio, con el mío formado casi al final de la fila, comenzamos a bajar las lomas de Boston para luego tomar rumbo hacia la Minorista y la glorieta de Coca Cola. Iba todo el viaje pensativo, con mi cabeza recostada en la ventanilla, como cuando en una película europea de la segunda guerra, el protagonista que va en un tren deja atrás a su amada en la estación y se aleja. Solo que, en mi caso, lo que iba haciendo, era dibujar un corazón con mi dedo sobre el lienzo en que se había convertido el vidrio impregnado con la grasa y el sudor de mi frente. En ese recorrido por las calles del centro, extrañé como nunca mi walkman y mi música, los únicos psicólogos capaces de darme una sabia respuesta.

Fue entre la Minorista y Coca Cola que pasó algo increíble, vi materializarse la imagen que llevaba meses paseándose en mi cabeza. Se trataba de una pareja en moto que iba moviéndose justo

al lado de mi ventana. El humilde hombre manejaba y ella por detrás lo abrazaba con cariño, y aunque a él se le veía bastante concentrado sorteando los peligros de la vía, estaba disfrutando como nunca del viaje y de la compañía. Lo supe porque a ambos sus permanentes y amplias sonrisas los delataban. Cuanto se divertían con cosas tan sencillas. Reflexionaba mientras me apropiaba de sus sentimientos por telequinesis. Era como ver un hermoso oasis entre el tráfico y las mugrosas avenidas.

Entonces me prometí, besando la cruz que improvisé con el dedo índice y el pulgar, que algún día, al igual que ese motociclista y su pareja, manejaría mi moto con María a través de las montañas que me rodeaban. Cada que ese recurrente pensamiento se paseaba por mi cabeza, le daba un toque nuevo para alimentarlo. Esta vez, quería sentir el olor de los pinos y la tierra húmeda, nos dirigíamos a la misma cabaña vetusta, que ahora ubiqué en un lugar alto, donde, mientras hacíamos el amor, se pudieran ver las titilantes luces amarillas de la ciudad.

Pero mientras que ese lejano día llegaba, esa noche me dediqué a dibujar como nunca antes. Me tomó varios intentos y varias horas porque quise perfeccionar la técnica del rapidógrafo, crayones y témperas. Me propuse crear una obra maestra única, porque mi meta era que el día en que este sueño se hiciera realidad, a la mañana siguiente, le entregaría a María junto con el café del desayuno, este lienzo enmarcado.

Exhausto de hacer trazos en diferentes técnicas, pintar bajo la luz del escritorio que había que golpear para que encendiera a medias y escuchar la radio que presentaba un programa de música adulta contemporánea, me fui a la cama, y dormido soñé con lo mismo que había estado soñando despierto. Sin el dominio de mi voluntad abrí los ojos antes de lo habitual, porque cuando llegué a la escena donde hacíamos el amor en la cabaña, sentí el pantalón de mi pijama mojado y creí que me había orinado la cama. Fue todo tan real que tuve que esperar acostado unos minutos mirando el techo tratando de discernir donde en realidad me encontraba. Triste fue enterarme que estaba en mi casa cuando sentí el chancleteo de mi madre que se acercaba para despertarme, entonces, me tapé bien hasta el cuello con la sábana, me hice el dormido y escuché su voz al lado de mi cama: "A tierra zángano".

El día siguiente al regresar al salón, vi a través de la ventana del corredor a Calambre sentado en su silla. Por primera vez me disgustó que estuviera allí. No me alegré que hubiera salido por completo de su convalecencia como en anteriores ocasiones. Sin embargo, disimulé y le di un abrazo antes de ir a sentarme en mi silla. Luego, entró el profesor y detrás de él María. No tuve tiempo de hablar con ella, pero con el saludo de su mano me bastó. luego de sentarse, abrió su maleta, sacó el walkman y me lo mostró dándome a entender con su pulgar levantado que me lo entregaría de vuelta, después se acomodó en la silla con su espalda recta, insinuando que no quería ser molestada en clase.

Mientras más se acercaba la hora del recreo, vuelve y juega, más alterado me ponía. Miraba el reloj cada cinco minutos mientras que en los intermedios me daba un banquete de uñas sucias. Apenas sonó el timbre, María se levantó y se vino directamente hacía mí. Mientras tanto, yo me hacía el desentendido buscando algo que no se me había perdido dentro de mi mochila.

—Gracias —me dijo estirando su mano y en ella el walkman con los audífonos enrollados— Me gustó mucho. No pude parar de escucharlo. ¿Tienes más que me prestes?

—Si, tengo todos los de la Polla.

—¿Podrías prestármelos?

—Yo te los grabo para pagarte el regalo que te debo. ¿Te gustaría?

—¿En serio? ¡Gracias!. ¿Van a la cafetería a comer algo?

—Si —le respondí con rabia, pensando en por qué diablos no pudo decir vas en vez de van. ¿Acaso ya éramos una pandilla?



## 18. MODUS OPERANDI.

La amistad que nació entre Calambre, María y yo, desde ese día en que compartimos nuestro primer desayuno en la cafetería, fue una contradicción que me atormentaría por siempre. Era maravilloso porque juntos construimos un refugio perfecto, pero a la vez terrible, porque mi espíritu se contaminó de una toxina llamada resentimiento. Con una falsa resignación que me inventé para poder soportarlo, tuve que ir poco a poco aceptando el sacrificio de enterrar vivo mi amor por ella para así no destruir el afecto hacía mi mejor amigo. El amor no puede ser compartido entre tres personas, sin embargo, la amistad sí. Pensaba yo con aparente claridad por aquellos días de colegio. Y acepto que, aunque quiera ahora parecer el héroe de la película, lo hice porque no encontré más opciones en el momento, de lo contrario, hubiese eliminado a Calambre del libreto sin pensarlo dos veces.

Y aunque ese discurso sonara bastante lógico, no necesariamente me hacía sentir mejor. Pues al final del día siempre terminaba afligido en mi cama, ya que, no por haber metido el amor en su ataúd este iba a morir lentamente. Por el contrario, mientras más tierra trataba de echarle encima, más trataba ese Frankenstein de reventar los clavos a patadas. Por eso es que, desde el comienzo hasta el final de nuestra amistad, en el fondo no pude dejar de sentir rabia y celos contra ambos. No quería compartir a María con nadie, esa era la verdad absoluta.

Para poder terminar con mi sufrimiento de tajo, traté en varias ocasiones, después de discutirlo toda la noche con mis dibujos y mi almohada, de declárale abiertamente mi amor a María o decirle a Calambre que se hiciera a un lado y dejara mi destino en paz. Pero

siempre me detenía una frase que a su vez era un código de honor y sangre establecido entre las Ratas del Infierno y que de manera simple versaba: "por una mujer no se cambia un amigo".

Convertirme en su novio hubiera significado inmolarme y por ende destrozarla a ella y a Calambre, sería ganarme la sentencia de un traidor y quedaría condeno al ostracismo. No solo lo perdería a él, sino a todos mis amigos. Entonces esa idea quedaba siempre postergada. Al final, y en resumen, por culpa de todos esos vericuetos pasionales, sin pedirlo y sin darme cuenta, terminé protagonizando una telenovela de medio día cuyos capítulos parecían prolongarse hasta una infinita temporada. El hecho es que siempre terminábamos andando juntos como los últimos sobrevivientes de una jauría de lobos, y fuera cual fuera el dilema, amábamos atacar o defender nuestra pequeña guarida. Eso era algo que me gustaba y valoraba.

En el colegio, verbigracia, los tres siempre formábamos el mismo equipo de trabajo. Fabricamos maquetas hermosas de las partículas elementales de la materia y en el tablero, llenos de seguridad y camaradería, hicimos exposiciones impresionantes de la llegada del hombre a la luna y la muralla china. En manada adquiriríamos el poder que no teníamos como individuos, y gracias a esa empresa nos salían las cosas bien. Eso explica cómo logramos ejecutar a la perfección el descabellado plan de la capilla el día en que nos graduamos. Pero no fue solo en el colegio, también anduvimos juntos las calles para divertirnos; compartimos alegrías, llantos, rabias, y, sobre todo, rodamos libres en las tablas y bailamos en los conciertos hasta reventarnos las ampollas.

Fue tal la conexión que construimos en solo tres meses, que invitamos a María a hacer parte de las M/E y las Ratas del Infierno. Le enseñamos, como ella lo había pedido desde un principio, a montarse en una tabla. Casi un sacrilegio considerando que para la época las niñas estaban tácitamente prohibidas en ese deporte. En cuanto a nuestro grupo secreto revolucionario, creo que tal vez pintaría solo dos o tres palabras contra los curas en las paredes, pero su verdadera labor como militante, se limitaba en dar sus opiniones personales, las cuales siempre eran suficientes para aceptar o hacernos cambiar todos los planes.

Involuntariamente se convirtió en una batería de energía inago-

table, puesto que Calambre y yo siempre estábamos compitiendo por impresionarla con nuestros trucos, arte y acciones agitadoras. Eso nos mantenía activos y en evolución constante, pues teníamos que buscar nuevas formas de ganarnos su corazón. Y aunque nunca nadie se atrevió a decirlo en voz alta, era evidente que yo no era el único que me había enamorado de ella en el proceso.

Esa dinámica de guerra fría, y no nuestras supuestas ideas revolucionarias, fue lo que terminó provocando el incidente de la capilla y que comenzó cuando María llegó un día descompuesta y carcomida por la rabia. Esa mañana se había acabado de enterar por medio de su mismo padre, un prestante y reconocido abogado de la ciudad, que un pastor cristiano al cual estaba demandando penalmente, había ya dejado a varias familias sin casa.

Ese sacerdote, pastor o guía espiritual, como fuera que se hiciera llamar el delincuente según la iglesia en la que trabajaba, nos explicó ella esa mañana, tenía un *modus operandi* consistente en aprovechar la vulnerabilidad de hombres convalecientes para hacerlos firmar papeles y poderes que lo titulaban a él como dueño de terrenos y propiedades. Esto lo hacía gracias a que, en contubernio con un oncólogo, también contratado para participar en la estafa, timaban a enfermos de cáncer haciéndoles creer que el cura los había sanado por su injerencia ante Dios. A cambio de la sanación, la pobre gente agradecida y todavía anestesiada por la noticia, daba contribuciones a la iglesia a cambio de haber recuperado la vida. En pocas palabras, pagaban por un falso milagro. Luego, cuando los estafados morían a causa de la enfermedad avanzada, el cura se quedaba con sus pertenencias dejando en la calle al resto de la familia. Y si alguien se atrevía a hacerle un reclamo, llegaba la mafia con la que trabajaba para amenazarlos y en el peor de los casos darles de baja.

Todo comenzó cuando su padre, seguía ella con el relato llorando en la mesa de la cafetería, contratado por una viuda que perdió su propiedad, lo había desenmascarado y le había puesto una demanda penal ante la fiscalía que prosperó hasta orden de captura. Por eso, esa mañana, ella se ensañó injustamente contra todos los curas del planeta, pues cada noche, cuando estaba sentada comiendo en la mesa con su padre, este les contaba a ella y a su madre más detalles macabros de cómo operaba la mafia de cruz

y sotana. Mafia que también involucraba abogados y notarias. Y ese era el verdadero motivo, reveló finalmente la pobre, por el cual su padre viajaba seguido a Nueva York y ella se había movido de casa y colegio, pues cuando se destapó la olla podrida y trató de meter a la cárcel al cura y a toda su chusma, había sido amenazado de muerte, y le tocaba esconderse cada vez que veía gente extraña merodeando por su casa o cada que recibía una llamada amenazante.

Ella había escuchado decir en una conversación privada a su padre, con una rabia mal disimulada y a manera de despedida, que ese cura era de aquellos que mandaba a matar riéndose y que él sería la causa de su siguiente carcajada.

—Eso curas son unos ladrones, unos mafiosos y abusadores de menores. —Dijo María apretando los dientes— son todas unas alimañas. Y los de este Colegio son iguales o peores. Si no, ¿Quién me explica porque hasta aquí llegaron a buscar a Pablo Escobar y allanaron la casa privada de los curas? Pues por el vínculo de estos con mafiosos y militares.

—Eso es cierto —agregó Calambre solo por complacerla pues él no parecía muy enterado del tema—. ¿Sabían que el *Prom* de este año va a celebrarse en la Cuarta Brigada?

—Eso habla por sí solo. Corruptos —dije yo para no quedarme atrás de Calambre y a continuación canté— en la cocina la foto del papa, dentro de la bandera nacional, este amuleto ha de funcionar, lucky man, lucky man for you...

Calambre y María me siguieron la melodía pegándole con ritmo golpes a la mesa y logré con eso que en el rostro de ella se dibujara una leve sonrisa que relajó el ambiente. Fue un buen golazo que metí desde mitad de cancha y que me dio la autoridad para seguidamente aniquilar a mi oponente.

—Tenemos que hacerle algo a estos curas de mierda para que sufran y aprendan —rematé y como si fuéramos a jugar una final, los tres pusimos los puños uno encima del otro sobre la mesa—. Algo se me ocurrirá pronto en nombre de las Milicias Escolares.

—Hey, cambiando de tema, los invito este fin de semana a San Alejo —dijo Calambre tratando de pararse de la lona después del golpe que le había dado.

—¡Siíi, yo siempre he querido ir! —Respondió María exci-



tada—. ¿Puedo invitar un par de amigas? Tal vez con ellas y si ustedes hablan con mi padre el me deje salir un rato.

Maldito tramposo, pensé. Esa jugada tan vulgar y fácil no me la esperaba.

Esas sospechas de que María me había usado para acercarse a Calambre eran continuas, precisamente porque eran difícil de comprobarlas. Ella parecía repartir bien sus dosis de amistad y amor entre ambos. Eso me ponía loco, inclusive inventé mis teorías conspirativas al respecto. Me los imaginaba intercambiando miradas cuando yo faltaba a clase, besándose en el baño en secreto, en los matorrales detrás de las piscinas y en cuanto lugar me parecía propicio para cometer la traición. Inclusive, llegué a verlos en mis sueños haciendo el amor en esa cabaña que yo mismo me había inventado exclusivamente para ella y yo.

Y no es que yo fuera un paranoico sin causa, sino que ya venía acumulando mis motivos. Como el de ese sábado en que efectivamente nos fuimos a San Alejo juntos.



## 19. LA MANTEQUILLA.

El sábado me encontré con Calambre en su casa a eso del medio día. Escuchamos y grabamos en casete algunos discos nuevos que él había conseguido, y yo le grabé todos a María. Terminamos de pintar unas camisas y a las cuatro de la tarde nos fuimos rodando desde Boston hasta el parque de Bolívar. Allí íbamos a encontrarnos con ella y sus amigas, pues su padre había accedido a dejarla salir sin vigilancia con la condición de conocer primero en manos de quien la dejaría. También nos íbamos a encontrar con el resto de los patinetos en la estatua de Bolívar. Cuando se regó la voz de que María vendría con dos amigas, todos, hasta los más perezosos, se apuntaron en la lista.

Llegamos al sitio que a esa hora ya estaba abarrotado de compradores, vendedores, borrachos, pordioseros, travestis, gamines y ladrones. Nos sentamos a esperar en nuestras tablas sobre el atrio de la Catedral de Medellín. Desde allí se podía ver, como si estuviéramos en tribuna alta, los coloridos techos de los toldillos fabricados con raquíuticos postes de madera, y en ellos, las ventas de chicha morada en ponchera plástica, bolsos de fique y lana, plantas comestibles y aromáticas, libros viejos, acetatos, o solo sus caratulas, antigüedades de todo tipo, ropa de hippie tercera generación gomela y demás artículos locales que se mezclaban con el olor a mariguana y el incienso purificador de maldiciones.

Con un golpe leve de su codo en mis costillas, Calambre me sacó de ese aturdidor paisaje. Trataba de mostrarme con un levantamiento de su mentón, que a un lado de la iglesia se había parqueado un carro de alta gama; o por lo menos así lo veíamos nosotros, quienes nunca habíamos tenido carro en nuestras fami-

lias. Era una camioneta negra de corte moderno con vidrios polarizados de la cual se bajó María y sus otras dos amigas. Ellas permanecieron inmóviles unos minutos afuera del vehículo. Parecían indefensos gaticos extraviados, amedrentados porque no comprendían donde habían llegado. Luego, la ventanilla automática del pasajero se abrió lentamente, María metió su cabeza para alcanzar un beso de su padre quien manejaba el vehículo. Nosotros pudimos verlo tras el volante mientras que él, iba escaneando todo el lugar con detenimiento. El tope de la cabeza le brillaba, pero no toda porque conservaba algunos residuos de pelo alrededor, estilo monje franciscano. También tenía un bigote tupido color blanco; podría tener unos cincuenta y tantos años. Su mirada pasiva me transmitió la sensación de ser un hombre correcto, de aquellos que darían su vida por el bien de la humanidad. Cuando vi que María nos buscaba, pues habíamos quedado de encontrarnos en el atrio de la iglesia, me puse de pie y moví mis brazos de un lado a otro como un náufrago. Así le di a entender que no había fuerza posible que me hiciera mover e ir a hablar con su padre cara a cara. Una vez hicimos contacto visual, su padre nos estudió minuciosamente y le dio, no sin antes dar algún consejo, el visto bueno a su niña para que se fuera sin necesidad de darnos la mano. Al parecer también puedo sentir nuestra buena energía o más bien, ella logro persuadirlo para que no se bajara de la camioneta y le hiciera pasar una vergüenza. Luego de varios años me enteré que María tenía fuertes discusiones con su padre porque este quería ponerla bajo el cuidado de unos guardaespaldas. Al final negociaron unos ratos de total libertad a cambio de una amorosa tregua.

Si había notado que María a veces se comportaba de manera extraña, pero no sabía que era una niña de clase tan alta, le comenté a Calambre; parecía tan sencilla con su uniforme de colegio, algo que también pude corroborarlo esa tarde cuando conocí mejor a las amigas ricas de su antiguo colegio Marymount. Colegio del cual supuestamente María había sido expulsada por atreverse a cuestionar la autoridad o haber insultado frente a la clase a una directora, algo así. Nunca fue muy clara en explicarlo y no le gustaba hablar del tema. Sin embargo, según me confirmó una de sus amigas después de haberse tomado un par de tragos, el motivo si había sido las amenazas a su padre y por protegerla a ella la había

sacado de la rutina. El caso es que, en ese momento, María siendo dinamita pura envuelta en un empaque de Chanel No 5 si mando a profesores y directivos a comer mierda.

La saludé con un abrazo fuerte y un beso en la mejilla, quería sacarme el corazón del pecho para entregárselo en sus manos y que lo manipulara como quisiera. Seguidamente, con un respetuoso apretón de manos, María nos presentó a Paulina y a Lucía, dos adolescentes que ocultas tras su timidez mostraban cierto interés en conocernos. Por aquellos días de gloria, ser un patineto generaba curiosidad, o tal vez, una cierta atracción a las mujeres. Aunque unos pocos años más tarde las espantaría por completo.

Las tres burguesitas, como posteriormente mis amigos se referirían a ellas, con sus comentarios espontáneos nos dieron a entender que se sentían asustadas en ese lugar. Y lo demostraron físicamente con la expresión de pánico en sus rostros, cuando vieron unos travestis patrullando sobre las aceras que rodean el parque y vendiendo toda clase de servicios; pero, sobre todo, se les notó la incomodidad cuando caminando entre el tumulto de gente, tuvimos que pasar por encima de un par de cuerpos mugrosos y hediondos tirados sobre el suelo. Seres desafortunados cuya humanidad había sido reducida al valor de un costal lleno de huesos. Pero, afortunadamente y dándole las gracias a su majestad la indolencia, al final de cuentas pudieron soportar el golpe de realidad y como saldo, se terminaron divirtiendo con nosotros y más bien quedaron encantadas por las rarezas y particularidades de ese circo.

Fue apenas después de transcurrida la primera hora, que, con ellas más aclimatadas, comenzamos a disfrutar de nuestro encuentro. Inclusive fueron ellas las que propusieron invitarnos a unas cervezas. Las viejas estas parecen ser muy buenas personas, me comentó Calambre aprovechando que se quedaron viendo unos cachivaches regados en mantas por el piso alrededor de la fuente que hay frente a la iglesia.

—¿Cuál te gusto más? Paulina o Lucía —le pregunté a Calambre cruzando los dedos para que callera en la trampa—. Vi cómo las estabas mirando. Las dos están muy lindas.

—Mas o menos —Contestó en seco y evasivo—. Esas niñas ricas siempre terminan botándolo a uno como a un perro sarnoso. Además, a mí me gusta otra. Vamos a buscar al resto que ya hace

rato nos deben estar esperando.

Los encontramos sentados en la mitad del parque sobre las gradas que aparte de improvisadas bancas, sirven de pedestal al Bolívar de Maccagnani que toma por la rienda a Palomo mientras este levanta su pata delantera. A un lado de mis amigos estaba el niño gordo sin camisa y de pies deformes, que, a cambio de unas monedas, hace gigantes bombas de jabón con sus manos. Y al otro costado están bailando un combo de punkeros tan destartados como la grabadora en la que escuchaban Eskorbuto. Algunos eran amigos nuestros, por eso, no me sorprendió como si les ocurrió a las burguesitas, ver a Tavo con su chaleco de cuero abierto y sin camisa, mostrando esparcidas sobre su pecho y abdomen un saldo de quince puñaladas ya convertidas en cicatrices de guerra; tampoco nos llamó la atención que el Gusano llevara una rata muerta colgada de su chaqueta como si fuera un adorno; y menos nos cautivó ver un par de mujeres con una telaraña y una calavera tatuadas sobre su calva. A pesar del aparente caos, estaban todos compartiendo el espacio en armonía, inclusive con los hippies de pelo largo, *dreadlocks* y buzo de lana que generalmente no eran bienvenidos. Pobres niñas, imagino que esa mañana cuando se levantaron jamás pensaron a donde íbamos a llevarlas.

Algunos de mis amigos incomodando a todo el mundo, trataban de abrirse espacio entre la multitud para hacer algún truco sobre el mármol roñoso y encerado de las escaleras. Estaban todos y otros que no aparecían tanto: Mazorca, Alimaña, Pelo é Burra, el Orejón, Tamal, la Popis, R4, Mastodonte, la Garra, Kruger, Lenteja, Monareta y hasta Peluche y El Pitecántropo. A propósito, fue ese el último día que vimos a Piter, como llamábamos a Pitecántropo, que a su vez se llamaba Aurelio Flores. Y afortunadamente, pues esa noche me enteré que llevaba en su mochila un revolver recortado calibre 38.

Cuando nos integramos al parche vimos que estaban tomando Molotov, es decir, mezclando chicha con cerveza. Ya había un par de ellos que para el momento en que les estrechamos la mano, se veían bastante afectados por la explosiva mezcla. Se trataba de Mastodonte y el Orejón, por supuesto. Cuando yo les presenté las nuevas mujeres, la indiferencia que mis amigos les mostraron fue exagerada, casi histriónica, pero de una ejecución terrible. Eso era

normal entre los patinetos, porque cuando aparecía una nueva mujer en la tarima, pretendían mostrar rudeza y que les importaba poco su presencia, cuando lo cierto era que por dentro se morirían por caminar cogidos de la mano y comérselas a besos. ¿Qué explicación tenía eso? Pues creo que al igual que yo, no eran más que cobardes inventando excusas para no meterse al ruedo.

Pero la versión oficial era que nosotros teníamos dos corrientes filosóficas, la primera era que mientras menos importancia se les prestara a las mujeres, más iban a querer estar con nosotros. Y la segunda era que las mujeres siempre se cagaban las amistades. Eran unas teorías difíciles de contrarrestar, porque si bien es cierto que algunas se desinteresaban de inmediato, otras sí que mordían el anzuelo como lo hicieron las burguesitas esa tarde. Además, para nosotros las tablas y la amistad siempre eran la consigna, o por lo menos así intentábamos creernos esa fantasía.

—Calambre, ahora no vas hacer uno de tus "showsitos" de *Break Dance* en el suelo —dijo el Orejón arrastrando sus palabras al saludarlo.

—El del "showsito" será otro, —le respondió Calambre con rabia—. Ahora no vas a a cagarte en los pantalones.

Hubo risas y Mastodonte le regó media cerveza en la cabeza al Orejón sin ningún motivo. Bueno, aparentemente quería hacerlo callar porque a Mastodonte le disgustaba que se burlaran de los defectos físicos de los amigos. O tal vez lo hizo solo por llamar la atención de las nuevas niñas. Con él nunca se sabía lo que estaba pensando. Por eso uno optaba simplemente de tildarlo de loco y salirse del dilema.

María y sus amigas se fueron integrando con el grupo poco a poco. Una vez se creó un mejor ambiente, se les empezaron a acercar los gallinazos lentamente. Unos trataban de enseñarles trucos, otros les hablaban de música o videos y por un momento todo fue perfecto. Era como ver tres flores abriendo sus pétalos entre un pantano. Yo me puse a hacer bromas con mis amigos, bromas que consistían básicamente en acabar con la vida privada de los otros. Sobre todo, recordándoles en voz alta y para que las nuevas se enteraran, cualquier incidente penoso que los dejara humillados. Y para eso el Orejón siempre llegaba de primero a la fila de los destrozados. Y es que tampoco se ayudaba mucho, por

ejemplo, esa tarde, siempre luchando con sus problemas del estómago, se sentó al lado de Lucía para tratar de conquistarla con su voz arrastrada, fingiendo sin éxito que controlaba su lengua y sus cinco sentidos. Pero todos sus esfuerzos fueron en vano, porque cuando en medio de una jocosa discusión, todos hicieron una pausa para tomar aire y seguir riendo, este se le soltó una flatulencia ruidosa y apestosa que dio pie al bataneo más severo. Y esa sería apenas una anécdota que hubiera pasado desapercibida, si se conocía de antemano al protagonista, pero con la presencia de las mujeres se convirtió en todo un suceso. Luego, cuando terminaron las risas, las niñas le pidieron que les pasara el Molotov.

Lo triste fue que mientras yo me distraía con ese sainete de mal gusto, María y Calambre desaparecieron. Entonces, he allí el nacimiento de mis dolores más intensos. Cuando me percaté de eso, trataba de disimular mi malestar soltando carcajadas falsas producto de los chistes y las caídas de mis amigos, que ante las dos nuevas niñas presentes ya se estaban era luciendo. Lo cierto es que un fuego me estaba incinerando todo por dentro. Inclusive me tomé un vaso de chicha pura a ver si lograba extinguirlo. Pero nada funcionó, yo seguía imaginándomelos, dándose besos detrás de un árbol o manoseándose sobre cualquier manga pulgosa.

—¡Hey Paulina! —Pregunté con malestar y en un tono algo demandante—. ¿Dónde se metió María? Tú sabes que hay que estar pendiente de ella.

—¡Esta celoso! Mírenlo. Tiene celos el bebé —dijo cualquiera de mis amigos y luego me atacaron sin piedad con toda la caballería. Cada uno dijo algo—. No vas a llorar parcerero. Yo los vi meterse a un baño juntos. Por ahí deben estar jalando trompa, ¡Déjalos tranquilos, envidioso! Míralo haciendo pucheros. Se la quitaron por dormido. Roncó pirobo...

—Se fue con Calambre a comprar algo de comer. Tranquilo. Solo tenían hambre. —Respondió Paulina, e inclusive en su respuesta sentí una burla mezclada con reproche.

Juro que, si no hubiera recibido toda esa andanada de comentarios destructivos, me hubiera parado de esas escalas de inmediato para ir a buscarlos como a un par de delincuentes, eso sí, atemorizado por descubrir lo que podrían estar haciendo. Porque, aunque mis amigos hubieran guardado completo silencio y no se hubieran



burlado, de todas formas, esas cosas que me dijeron ya me las había imaginado completicas.

Esperé unos diez minutos callado sin saber cómo reaccionar. Paradójicamente, eso me ayudó a calmar mi incomodidad y enfriarme un poco, luego, ya con la cabeza fría y con la excusa de que se me habían encalambrado las piernas, me levanté y me paré junto a Palomo para ver todo el panorama. Entonces los vi venir, caminaban torpemente porque reían de una manera tan intensa, que María tenía que detenerse para inclinar el cuerpo hacia adelante mientras se ponían la mano en el estómago. Se veían tan felices que quise quitarle la espada al prócer para recibirlos a planazos cuando se sentaran de nuevo en las escalas. ¡Que planazos! Quería acusarlos de traición a la patria y cortarles la cabeza a ambos.

Calambre llegó con una pequeña caja de cartón en la mano. Siempre dijeron que fue idea de mi amigo, pero luego me enteré que la idea fue de María. Habían comprado una torta de marihuana en vez de empanadas y salchipapas. Cuando destaparon la caja, de inmediato cada quien fue tomando su pedazo, y María, peleando contra esa cantidad de manos que luchaban por entrar en la caja, logró sacar una porción, la envolvió en una servilleta y me la trajo.

—Esta es para ti —me dijo—. Te la había separado para que no te dejaran sin nada.

—No, gracias. Estoy bien, a mí no me gusta eso —le contesté tratando sin éxito de ocultar mi enfado—. No puedes irte por ahí sin decirme a dónde vas, esto por aquí es muy peligroso María. Imagínate que le voy a decir a tus padres si te pasa algo.

—Pero estaba con Marlon, —respondió— además, tú no eres mi padre, yo me se cuidar solita. Mejor le doy a otro tu pedazo. Desagradecido.

—Perdón —le dije arrepentido y le alcancé a atrapar con mi mano el brazo— por favor no te pongas brava que no es para tanto. Estaba asustado porque creí que te había pasado algo. Eso es todo.

—Está bien, no pasó nada. Relájate, tú siempre estas tan preocupado. Ahora cómete tu pedazo, no seas tan descachado.

—Mejor lo guardo para más tarde —le contesté así porque en el fondo todavía seguía molesto— es que acabo de tomarme una

chicha y no me siento muy bien. Creo que si como me volqueteo.

Lo que ocurrió de ahí en adelante fue una completa anarquía, porque aparte de mí que no comí torta, todos perdieron los estribos. Y cabe aclarar que algunos de mis amigos no habían probado las drogas hasta ese entonces. Tal vez por eso lo hicieron, porque consumir marihuana masticando lo hacía un poco más aceptable que fumando. Grave error, porque el efecto fue mucho más drástico. Además, lo que no esperaban era que la mezcla de Molotov y la ingesta de marihuana cocinada los iba a dejar casi como desquiciados mentales. Unos, los que no podían soportar el ataque de risa, se tiraban al suelo a revolcarse como gusanos recién sacados de la tierra; otros gritaban cosas a la gente y se metieron al baile con los punkeros a darse puños y a imitar que peleaban con navajas en la mano; otros se caían de sus tablas cuando intentaban hacer algún truco. Inclusive descubrí a Lucía besándose con R4 y el Orejón al mismo tiempo, y yo, ahí en sano juicio solo mareado por la chicha, observándolo todo desde esas gradas como si se trataran de las sillas del teatro en un sanatorio.

Bajo el efecto de la marihuana, el alcohol y del lugar que tampoco colaboraba mucho, ocurrieron varios incidentes raros en las siguientes dos horas. Pero lo que a todos se nos quedó en el recuerdo fue lo que ocurrió con Mastodonte.

Resulta que este tenía su tiniebla. Bueno, que él creía oculta porque entre nosotros todo se sabía al instante. Era una niña que conocimos en un concierto hacía unas dos o tres semanas, y a la que apodamos en nuestro círculo como la Mantequilla porque su cara siempre le brillaba. Literalmente hablando. Ella le declaró su amor a Mastodonte después de una hora de conocerlo, entonces a raíz de esa declaración tan platónica y acelerada, mi amigo la beso esa noche hasta el cansancio. Grave error, porque todo el público se autoinvitó a ver tan grotesco espectáculo de saliva y dedos tocando; inclusive, se comentaba que se le fue un poco la mano y ella tuvo que frenarlo.

Desde aquellos besos desenfrenados hasta esa tarde, cada que él llegaba al parche era un tema de conversación obligado. ¿Dónde dejaste la Mantequilla parece? Le preguntábamos inclusive antes de darle la mano. Mastodonte debía sufrir toda serie de comentarios fuertes y desafortunados antes de que lo dejáramos agotado. Inclu-

sive así, él seguía con el mecanismo de convencer a la gente de que nada de eso había pasado. Que no se acordaba de nada porque estaba borracho.

Yo, desde preferencia alta fui el primero que la vio merodeando el lugar y me di cuenta que ella ya nos había localizado. Pero Mastodonte, como se sentía tan mal físicamente, me había dicho que iba a buscar un tinto a ver si tomándoselo se mejoraba un poco. Al pasar unos cinco minutos regresó con su tinto aún caliente en la mano. Lo traía en un vaso de icopor blanco al cual se le veía salir el humo.

—¡Hey Mastodonte, a que no adivinas quién te está buscando!  
—Le dije.

—No, no pude ser. Maldita vida la mía.

—Sí, ahí viene.

—¡Holiss! —nos saludó la Mantequilla con un tímido movimiento de mano y como nadie le prestó atención, fue directo al grano dirigiéndose a Mastodonte—. ¿Oiga podemos hablar?

—Déjalo tranquilo —le respondí en representación de mi amigo, como si fuera su abogado y vaticinando el resultado—. Tú no sabes cómo es cuando está borracho.

—¿No me diga que usted ya está borracho? —se dirigió a mi amigo haciéndole caso omiso a mi comentario—. ¿Porque no me has llamado? ¿Acaso no me dijiste esa misma noche que te habías enamorado?

—Ja, ja, ja —se escucharon risas de todos mis amigos.

Mastodonte permaneció unos segundos callado, y como yo lo conocía bien, podía ver que hacía un esfuerzo sobrehumano por mantenerse calmado. Pero, verle sus fosas nasales como las de un toro abriéndose y cerrando no era una buena señal.

—Hey tú, si tú, desgraciado, respóndeme, no seas maleducado. —ella lo desafió chuzándolo con el dedo índice en el pecho en repetidas ocasiones—. ¿Se te comieron la lengua los ratones? ¿La lengua con la que me dijiste que me querías besar por todos lados?

—Ja, Ja, Ja. Que se la chupe, que se la chupe... —Se metieron en la conversación mis amigos cantando en coro.

—Dejen de ser metidos que a ustedes nadie les está preguntando —les dijo ella ya bastante enfadada porque Mastodonte la seguía ignorando.

Lo único que escuché a continuación, fueron los gritos desgarradores de dolor. Unos gritos agudos de mujer. Mastodonte le había arrojado el tinto caliente en la cara. Y por más que a esa hora, las ocho de la noche, el lugar se había convertido en una especie de fiesta llena de degenerados, esos gritos inconfundibles de sufrimiento no pudieron ser ignorados. Entonces se armó el escándalo.

—Policía, Policía. Señor agente. Señor agente... —Gritaban las amigas de la Mantequilla que se habían quedado al margen observándolo todo.

Inmediatamente se escuchó la palabra Policía, todos se atomizaron en diferentes direcciones. Los Punkeros, aunque no tenían nada que ver con el incidente, recogieron su grabadora y salieron corriendo; mis amigos salieron cada uno por su lado; los hippies recogieron sus chécheres y manillas del suelo y en un segundo se esfumaron; Mastodonte desapareció como la asistente de un mago y la pobre Mantequilla se quedó allí cubriéndose la cara con ambas manos como si le hubieran tirado un ácido. Yo no me pude escapar porque no dejaba de sentir compasión por ella, me sentí en el deber de actuar ante la injusticia que había presenciado. Inclusive tomando el riesgo de ser detenido, me le acerqué, le puse una mano en el hombro y le pregunté si estaba bien.

—No me toques malparido —me lanzó un grito con olor a café en el rostro envuelto también en llanto y me empujó lejos con ambas manos—. ¡Malditos bastardos!

—Te lo advertí.

Sin poder conservar el equilibrio ante ese empujón, di un mal paso y me caí de espaldas sobre las escaleras, desde el suelo pude ver al libertador mirando el horizonte y montado en su caballo, y cuando logré sentarme, para luego incorporarme en dos tiempos, vi que venían corriendo tres tombos bachilleres con bolillo en mano. Entonces, me paré lo más rápido que pude, recogí mi tabla y me fui como una moto en hora de alto tráfico, culebreando por entre la gente que ya se había atumultuado alrededor de la estatua para ver qué era lo que había pasado.

Caminé por todo el parque y sus alrededores escondiéndome de las amigas de Mantequilla, pues por culpa de mi buena acción tenía miedo de terminar siendo el último inculpado. Busqué a mis amigos y solo encontré a Pelo e´ burra sobre un jardín tirado. Es-

taba pálido y diciendo incoherencias. Se notaba que estaba bastante drogado.

—¿Hey Pelo e´ Burra? Coste. Hey. ¿Has visto a María? ¿Has visto a sus amigas?

—Creo que las vi por ahí trasbocando. Ellas fueron las que me pegaron las ganas. ¿Tienes agua?

—No, cual agua. Y que pasó después que las viste.

—Yo vi que, ¿cómo es que se llama tu amigo? Mario, Marlon.

—¿Calambre?

—Ja, ja, ja. Si, el mismo —dijo Pelo e´ burra entrando en un ataque de risa— Estos hijos de puta no respetan ome. Si no, mira a mí como me bautizaron. Aquí le ponen apodo hasta a un apodo. ¡O que me decís de Pitecántropo!

—Por favor, concéntrate hermano. Es en serio. —le dije tratando de aguantar la risa que me contagió ese pobre infeliz que no podía ni abrir los ojos— ¿Que me ibas a decir de Calambre?

—Yo vi que él y las tres chicas pararon un taxi y se fueron juntos.

Hijo de puta. Dije en voz baja. Luego tomé a Pelo e´burra por el brazo para llevármelo como un herido y comprarle como unas diez bolsitas de agua.

Al día siguiente, domingo, recibí una llamada como a eso de las diez de la mañana. Era la mamá de María, diciéndome que ella misma le había dado mi teléfono y que me estaba llamando para que le explicara porque ella había llegado intoxicada a la casa. Según me dijo antes de colgar el teléfono había tenido que ser hospitalizarla.



## 20. PINTANDO UNA SIRENA.

A pesar de todas las vicisitudes de aquel día en San Alejo, una vez nos enteramos por chismes que la Mantequilla estaba bien y que su rostro había quedado rojo más por la rabia que por las quemaduras, bajó la tensión y solo quedaron los recuerdos. Lo de la hospitalizada de María, no pasó de ser más que una fuerte resaca ocasionada por la chicha mezclada con mariguana y un exceso de pánico generado por la traba.

Sin embargo, los recuerdos de ese día que más tarde producirían risas, a mí no me generaron ninguna gracia pues yo si tuve que pagar un precio alto. Como esa horrible noche después de llegar a casa y pasármela dando vueltas en la cama, sin saber a ciencia cierta qué había pasado con mi María. Aunque para ser honesto, lo que más me quitó el sueño y me mortificó, fue pensar que Calambre aprovechándose de la borrachera, se encontrara muy tranquilo durmiendo con ella. Ese fue el origen de mis insomnios.

A pesar de que luego de la llamada de su madre, pude calmarme y bajar mis celos a niveles controlables, el lunes siguiente en el colegio hubo regaños y reclamos de mi parte. Apenas salimos al primer descanso tuve que desahogarme y decirles a mis amigos traicioneros, que me habían dejado solo después de haber jurado una y mil veces que íbamos a ser los tres hasta la muerte. Que entre los dos habían violado nuestros códigos y que eso no se le hace a un amigo considerado del alma. Ellos agacharon la cabeza como burros resignados a recibir la carga encima y se disculparon de una manera tan sincera, que María con los ojos aguados, se levantó de la mesa y me dio un fuerte abrazo. Ese fue un momento increíble por el cual todos mis lloriqueos valieron la pena. Sentí que el calor

de su cuerpo era un bálsamo sanador y eso bastó para perdonarles todos los males.

—Todo va estar bien —me dijo en secreto luego de darme un beso en la mejilla— no hay de qué preocuparse.

Maldita sea, pensé con los pelos de punta y la piel de gallina. Las mujeres tienen poderes sobrenaturales y lo peor es que lo saben. No conozco los medios para defenderme contra esto.

Cuando María volvió a sentarse en su puesto, siguió la redención de Calambre, quien aprovechó para hacer una jugada maestra porque sabía que yo después de ese sentido abrazo había quedado descompuesto.

—Lo siento amigo. Nada de resentimientos —dijo también parándose de su silla y extendiéndome su mano— acepto que la cagamos, todo fue mi culpa. Yo fui quien compró esa maldita torta de mariguana y el primero en salir corriendo.

—Ya pues, tampoco es para tanto, me van a hacer llorar —respondí con una aparente modestia— ¿Vieron cuando Mastodonte le tiró ese café en la cara a esa niña? Mucha bestia ese.

—Yo no vi nada —respondió María— pero cuando escuché los gritos entré en pánico y tomé por la mano a mis amigas para salir corriendo. Y mientras corríamos solo escuchábamos a la gente llamando a la policía. Creí que habían asesinado a alguien porque por ahí dijeron que un amigo de ustedes cargaba un revolver en la mochila.

—Yo las vi salir corriendo y me fui persiguiéndolas para asegurarme que no les fuera a pasar nada —Remató Calambre. Y yo, dándome cuenta del bochornoso berrinche que hice, comencé a sentirme como el lobo anciano y amargado de la manada.

—Al final, la pasamos muy bien, mis amigas se divirtieron mucho —dijo María— eso me dijeron ayer que fueron a visitarme a la clínica.

—Bueno y cambiando de tema amigos —interrumpió Calambre— me enteré que este sábado hay un buen concierto en el Carlos Vieco. ¿Vamos a ir?

—¡Siii, Vamos con mis amigas! Estoy segura que a ellas les encantaría. Yo trato de convencer a mi padre para que me deje ir.

—Si, pero esta vez no me vayan a dejar tirado...

—Haaa ya supéralo ome...



Esa semana transcurrió en relativa calma y el berrinche de San Alejo quedó almacenado y yo con las llaves del candado. Y digo relativa porque, aunque nuestra amistad debía comenzar su proceso de sanación, yo seguía pensando que María y Calambre tenían un romance a escondidas. Eso no paraba de confundirme ¿Pues qué más podría ser ese cosquilleo en mis genitales que sentí cuando me dio ese abrazo en la cafetería? Eso tenía que ser amor. Un amor puro y verdadero, uno que no se puede percibir si no fluye en ambas direcciones. ¿Entonces por qué tenía que darle tantos coqueteos a mi amigo? Aquel dilema me obligaba a estudiarlos en todo momento como a insectos con lupa, cada movimiento, cada sonido, cada mirada que intercambiaban. Además, lo más incómodo fue que se había creado un odio fantasma entre mi amigo y yo, o al menos, así preferíamos nosotros que existiera, como un espectro que de vez en cuando apareciera y desapareciera.

Para fortalecer un poco el delgado hilo del que pendía la amistad por esos días, Calambre me invitó a pintar camisetas. Él sabía que esa sería la mejor manera de cerrar cualquier herida, y como yo también necesitaba la terapia, terminé quedándome toda la tarde del jueves en su casa. Esta quedaba dos cuadras arriba del Colombo Americano, era una casa vieja de dos niveles, pero su familia vivía solo en el segundo piso. El primero era de otra gente y se entraba por puertas diferentes. La fachada estaba cubierta con piedritas diminutas de río divididas de un estuco verde por un bisel metálico horizontal. Sobre la acera, justo frente a la puerta, se erguía sobre un pequeño oasis de tierra negra un árbol de miadoras gigante. Su tronco estaba pintado de blanco en la base para que las hormigas no se le subieran, y este todo frondoso y saludable refrescaba con gusto el frente de la casa. La amplia sala de baldosas blancas con arabescos rojos, quedaba frente a las ventanas de la calle, justo donde nos sentábamos con los cristales completamente abiertos para dejar entrar la contaminación física y sonora del Centro en la tarde, contaminación que al fin de cuentas a nosotros nos gustaba y yo con el tiempo terminé extrañando.

—Voy a pintarle una camisa a María —dijo Calambre de la nada, con el lienzo en blanco al frente y sosteniendo con sus dientes el rabo del pincel —ella me lo pidió. ¿Te molesta?

—No, pues como, por qué ha de molestarme —contesté re-

viviendo el fuego que ya estaba a punto de apagarse en mis entrañas—. ¿Te molesta que yo también le pinte una? Ella también me lo había pedido antes.

—No, tampoco me molesta. A lo que vinimos entonces...

Obviamente que yo mentía, ella nunca me había pedido que le pintara nada. Pero tenía que darle a mi amigo una dosis de su propia porquería. Aunque me costó aceptar que me asusté porque estaba perdiendo la batalla. Su jugada estuvo bien planeada y su ficha bien movida. Me había hundido varios barcos y como veinte portaviones. Inclusive me arrepentí de haber dicho esa mentira tan evidente que, de inmediato, me puso en desventaja. Pero ya era demasiado tarde. Las cartas estaban tiradas sobre la mesa.

Trabajamos con un ahínco que nunca antes había visto, teníamos que tratar de controlar los nervios para poder dar pincelazos rectos y pintar sin salirnos de la línea. En pocas palabras, estábamos era compitiendo. Fue una situación incómoda, pero a la vez, se sentía bien usar como armas las pinturas, los pinceles y las telas. Descubrí que me gustaba la pelea cuando el fin era noble, porque cada que lograba un trazo perfecto, lo celebraba como si me hubiera ganado la copa del mundo. Cuando llegó la noche sin darnos cuenta y tuvimos que encender las luces para ver mejor, yo estaba a gusto con el mensaje subliminal de mi dibujo que consistía en dos malignas calaveras viajando por el cosmos a toda velocidad, ella abrazándolo a él, y ambos dejando atrás estrellas y constelaciones como una estela. Obviamente era una representación de mi sueño máspreciado y del cual ya había hecho varios bosquejos anteriormente. Tomé el camino fácil.

Eso sí que era un dibujo de primera categoría, no como esos trazos abstractos que pintaba Calambre y que... Un momento... si uno los estudiaba con atención, formaban una especie de sirena sentada sobre una piedra. Ese era el ser mitológico que María tenía como extraña preferencia. Maldita sea, no podía ser. Estaba muerto de la envidia viendo cómo mi amigo había logrado obtener desde lo abstracto una figura bien definida. Lo había logrado sin necesidad de hacer ninguna línea negra de contorno; solo con cambios en las sombras que creaban diferentes volúmenes. Ese maldito, había que aceptarlo, era un genio y yo estaba derrotado rotundamente.

—¿Sabes que Marlon? —le dije tratando de ocultar mi vergüenza—. Mejor entrégale tu solo la camisa a María. Es que la que yo estoy dibujando me ha gustado tanto que pienso quedarme con ella.

—Está bien parece, como tu prefieras.

—Pero no le digas nada de esto a ella por favor. Es que no quisiera dañar una próxima sorpresa.

A pesar de ese gancho de derecha que me tocó soportar disimulando el dolor, la tarde en general fue buena. Mi amigo y yo lográbamos, así fuera con dificultad, siempre interponer nuestra amistad sobre nuestros sentimientos. Inclusive hubo un par de momentos en que se me ocurrió confesarme y de una vez terminar con tanta telenovela. Hacer oficial mi deseo de no compartir a María con él ni con nadie, o tal vez preguntarle de manera fría y directa si él también estaba enamorado de ella. Pero, cuando me disponía a hablar no me salían las palabras. Tomaba impulso y cuando estaba a punto de soltarlas, ellas solitas volvían y se me metían en la garganta como cangrejo en una cueva.

Creo que a Calambre le ocurría algo parecido, porque había momentos de silencio en los cuales, sin poder evitarlo, nos comunicábamos telepáticamente. Entonces, durante los segundos en que ocurría esa conexión, ambos nos alterábamos físicamente y empezábamos a buscar por todas partes un tema de conversación cualquiera mientras sudábamos, así fuera lo más insospechado, como por qué les gusta tanto el azúcar a las hormigas, o por qué ojo se escribe sin h y hoja se escribe con h. Y todo eso, con tal de no escuchar al otro preguntar mentalmente lo que no queríamos responder en voz alta.

La mañana siguiente, en el primer recreo, sentados los tres en nuestra sagrada banca de la cafetería, Calambre sacó de una bolsa plástica la camisa y se la entregó sorpresivamente a María. Ella se paró de la mesa y extendiendo la prenda por las mangas, la observó de frente para poder analizar el dibujo con atención. Y visiblemente impresionada por aquella obra de arte, nos dejó saber su veredicto.

—¡Que belleza! Pero si es una sirena ¿Cómo lograste hacer esto? ¿Cómo supiste que me gustaban tanto las sirenas?

—Me lo dijo un pajarito —respondió Calambre mientras me

miraba con malicia.

¿Como así? Maldita sea, ¿había sido yo el que le confesé ese importante dato a mi competencia? Que idiota. Me castigó mordéndome la falange del meñique en la mano izquierda.

—Yo también te tengo una sorpresa —le dije a María ya dispuesto a jugarle el todo o nada entregándole mi camisa—. La tengo en el salón, ahora te la doy.

Calambre me miró sorprendido, tal vez se sintió traicionado. Eso no fue lo que habíamos acordado el día anterior, pero, yo también lo estaba. Los celos me estaban jugando sucio y me mandaron a actuar sin pensar primero. Lo importante es que luego, María nos abrazó a ambos y todo volvió a la normalidad, esta vez su abrazo fue neutral, no percibí nada de amor oculto en él.

—Gracias muchachos. Qué sería de mi si no hubiera encontrado amigos como ustedes en esta marranera ¡Hasta la muerte compañeros! —Dijo con una risa burlona acompañada de ese acto estúpido que a veces hacíamos extendiendo los puños sobre la mesa. Un cliché, pero que siempre funcionaba cuando se trataba de recordar que ante todo éramos amigos.

—A propósito, ya hablé con los muchachos —le dijo Calambre a María—. Nosotros vamos a patinar en San Joaquín desde las 2 de la tarde, pero nos encontramos con ustedes a las 4 pm en Los Manguitos. Tu ya sabes donde es, hemos estado en ese lugar varias veces.

—Si, yo sé cómo llegar. Listo. Estaré ahí con Paulina y Lucía, ellas ya me dijeron que venían —respondió María—. Mi mamá va a traernos. Mi padre tuvo que salir ayer para los Estados Unidos.

## 21. EL CARLOS VIECO.

Tal como lo habíamos acordado en el colegio, a las 4 de la tarde estábamos todos los patinetos del combo esperando con nuestra testosterona precipitada la llegada de las burguesitas. Mientras tanto, para distraernos, hacíamos trucos que destruían por pedazos las bancas de cemento de Los Manguitos.

Los Manguitos es un parque de una sencilla geometría rectangular que separa el barrio San Joaquín de Conquistadores. Parque que consistía en una acera central que se prolonga desde la 65 hasta la Universidad Pontificia Bolivariana y, en cuyos costados que son unas mangas paralelas llenas de mierda de perros, había unos columpios para niños y árboles sembrados en línea recta, que todavía dejan caer al piso mangos viches que al morderlos generan muecas extrañas y destiemplan las muelas.

Esas bancas eran lo que hacía el sitio atractivo para nosotros, pues ese mobiliario público era perfecto para llenarlo de cera y deslizarse sobre él. Además, que sentarse en el espaldar de esas sillas cubiertas por los árboles que proveían buena sombra, era bastante agradable y relajante.

Esa tarde sería especial, no solamente porque íbamos al concierto, sino porque sabíamos todos que la Garra traería un bareto oculto en la media. Luego de la torta, estábamos todos dispuestos a seguir probando la mariguana, pero fumando. Entonces, la expectativa era el triple. Sexo, drogas y Rock and Roll parecía ser la consigna.

Yo me encontraba sentado al lado de Calambre sobre el espaldar de una de esas sillas de cemento, compartiendo con él un mango viche de pepa blanca. La banca estaba ubicada en todo el

centro del parque. Era nuestro sentadero favorito. Cuando, como si se tratara de un *Déjà vu* Calambre me golpeó con su codo para llamar mi atención y para indicarme que volteara la cabeza. Entendí su mensaje y puse la mirada sobre la avenida, los vi pasando en la bicicleta. ¿Esas son las mismas ratas a las que les dimos la pela? ¿No? Pensé, pero no dije nada para no calentar el parche y porque lo que me estaba mostrando Calambre era la camioneta negra y a María con sus amigas bajándose de ellas.

Esta vez la camioneta no se fue, se quedó ahí parqueada mientras que las mujeres se nos acercaron para saludarnos. No hubo el ya acostumbrado beso en la mejilla, si no un frio apretón de mano como el del primer día.

María traía puesta la camisa que le había regalado Calambre, la de la sirena. Sí. Vida chandosa la mía. Que humillación, me dije en voz baja mientras me imaginaba una nueva figura mítica que era mi cabeza puesta en el cuerpo de un perro con el tren trasero atrofiado, de esos que caminan arrastrando las patas y con la cola metida en ellas.

—¿Berni puedes ir a hablar con mi madre? —me dijo María en secreto— Por favor, te lo ruego. Está asustada por lo del otro día y por lo que pueda decir mi padre. Parece que en ti es el único que confía.

—No María, por favor no me hagas esto —respondí reacio a hacerlo—. Dile a Marlon.

—Te lo ruego, yo quiero ir a ese concierto contigo —me dijo nuevamente poniendo sus manos sobre mis muslos.

—Está bien... —dije completamente derrotado, inclusive ya conociendo a la perfección sus técnicas persuasivas.

Mientras me dirigía al carro caminando por la manga, podía ver a su madre esperando tras el volante, ella había dejado la ventanilla abierta y el carro encendido. Y mientras más me acercaba pude entender porque María era tan linda. Tenía idénticas facciones y el mismo hoyuelo en la barbilla. Entonces me tocó hacer un gran esfuerzo para controlarme y no parecer un mocoso irresponsable.

—Buenas tardes doña... —Vacilé tratando de recordar su nombre.

—Carmenza. Me llamo Carmenza. Pero dime solo Carmen, te regalo lo de doña, no me hagas sentir más vieja. Y tú debes ser

Bernardo ¿Cierto? ¿Hablamos hace una semana por teléfono!

—Si señora, cierto. Pero todos me llaman Gasparín, casi nadie me dice Bernardo, la gente cree que me siento mal cuando me llaman por mi nombre.

—Ja, ja, ja —la señora sonrió con complacencia y ternura, parecía que le había hecho gracia mi comentario—. Por favor cuida a mi hija, la dejo en tus manos que pareces una persona buena y seria. No me gustó lo que pasó el fin de semana pasado. No creas que yo me creí ese cuento barato de la intoxicada. Y disculpa que te moleste, pero necesito saber con quién se está relacionando mi hija. No estamos pasando por un buen momento en la familia.

—No se preocupe doña Carmenza. Perdón Carmen. Para mí no es ninguna molestia. Su hija está en buenas manos. Confíe —le dije poniéndome firme como un soldado y sintiendo que me acababan de asignar la misión más importante de mi vida.

—Gracias Peralta. Perdón, Gaspar. ¿Cómo es? —me dijo estirándome la mano para que yo me despidiera y quedara comprometido. Luego le lanzó con la palma de la mano un beso a María, cerró la ventanilla y se fue dándose la bendición. Debí atravesarme en el medio para que ese beso me hubiera golpeado en la boca, pero eso solo lo pensé cuando regresaba caminando por la manga.

—¿Que te dijo mi madre? —me preguntó María —. Qué vergüenza.

—No te preocupes. Solo me dijo que tuviera más cuidado, parece que ella sabe lo que ocurrió el sábado pasado con la torta.

—Claro que lo sabe. No es ninguna tonta. Pero no tiene por qué estar llamando a preguntarle a mis amigos...

—Ya María. No te atormentes sin motivos. Olvídalo. Además, me gustó conocer a tu madre. Se ve que es muy buena persona.

—Es un ángel. Gracias de nuevo Berni —me dijo dándome otra vez un abrazo de esos amorosos. Esa vez si volví a sentir el bálsamo recorriéndome todo el cuerpo— de nuevo te lo agradezco.

Mis amigos montaban en las patinetas y las niñas intentaban practicar algún truco sencillo para pasar el tiempo. Otros comían papas fritas de bolsa, gaseosa, bolis o Chocoramo. Nos quedamos allí junto esa banca por una hora más o menos.

—Entonces qué parceros ¿Vamos a fumarnos el baretico? —dijo la Garra— ya lo tengo aquí listo, no es sino darle candela.

No hubo una respuesta afirmativa ni negativa, solo silencio, creo que nadie se atrevía a dar el primer paso. Sin embargo, la Garra se subió la bota del pantalón y sacó el bareto de la media. Lo tenía envuelto en un pedazo de papel aluminio. Luego, de su bolsillo sacó una caja de fósforos y con evidente nerviosismo, encendió el primer cerillo, pero este se le apagó porque sus manos estaban temblando y no pudo mantenerlo fijo. Logró prenderlo en el tercer intento.

—Hey, pero pendientes pues que no haya por ahí ningún toambo —dijo la Garra para dentro y después quedó tosiendo como un tísico.

Luego fumó Mastodonte, le siguió el Orejón, Pelo e' Burra, Monareta y así sucesivamente hasta que ese cigarrillo pasó por todas las bocas. Incluyendo claro está, María, Paulina, Lucía y la mía de última. Me tocó terminar la pata porque me había quedado esperando para que no alcanzara a llegarme. Pero mi plan no tuvo éxito y al contrario, me terminé fumando lo más cargado. Me sentí como un completo fraude por ese apretón de manos que le di a la mamá de María. Y en realidad, todo el tiempo quise decirle a ella que no fuera a fumar. Pero no podía tomar el riesgo de que me dijera por segunda vez que yo no era su padre para prohibírselo.

Con ataques esporádicos pero prolongados de risa, partimos caminando con las tablas en la mano hacia el Carlos Vieco. Ese fue otro de los mejores días de mi vida, caminando con María y todos mis amigos por la 65, brincando muros y escaleras, alucinando, riéndonos hasta el cansancio, saltando la canalización de Colseguros, atravesando el puente peatonal de la treinta y tres, escupiéndole a los carros, subiendo la loma del cerro Nutibara metidos entre ríos de gente de todo tipo. Y entre todo ese gentío, el grupo de los patinetos siempre sobresaliendo. Un poder que nos hacía sentir únicos e invencibles entre tribus callejeras.

La tarde no pudo ser más suntuosa para hacerle honores a nuestra querida Eterna Primavera. Y en el Carlos Vieco, luego de pagar la entrada, sentí escalofríos apenas escuché el sonido de las guitarras y la batería en vivo. No sé si sería por los efectos de la marihuana que todavía estaba sensibilizándome los sentidos, pero me sentía tan libre como en un descuelgue; mi juventud quería manifestarse y yo bailar hasta caerme del cansancio, no tenía miedo



ni pena de meterme en medio de la gente, quería saltar de cabeza desde la tarima y así lo hicimos varias veces.

Eran más o menos las nueve de la noche y con todo el ajeteo del concierto nos habíamos disipado por todas partes. Terminé sentándome solitario en una esquina del teatro a ver tocar la banda, y desde allí como un anónimo vigilante, me puse a investigar dónde y que estaban haciendo cada uno de mis amigos. De inmediato se me vino a la cabeza lo inevitable; pero esta vez había sido distinto. Esta vez, me había prometido no dejarme dominar por los celos irracionales. Inclusive acepté de corazón, que, si Calambre estaba por ahí en la tribuna besándose con María, pues, así fuera con dolor en el alma, me alegraría por ellos.

Y fue mientras jugaba "dónde está Javier", que iba encontrando a mis amigos uno por uno. Pelo e´ Burra intentaba subirse a la tarima y un hombre acuerpado vestido de negro no lo dejaba, discutían a gritos y se daban golpes. De todas formas, mi amigo logró burlarlo, salir corriendo por la tarima y lanzarse en voladora sobre el público; Alimaña lo vi metido en mitad del pogo abriendo espacio mientras amenazaba con golpear a todos con su tabla; A R4 lo descubrí sentado bajo un árbol dándose besos con Lucía; al Orejón y a Mastodonte los vi dormidos contra una reja ya borrachos, parecían dos muñecos de año nuevo esperando a que los rociarán con gasolina.

Así me la pasé un rato largo, riéndome trabado desde la tribuna con todas las escenas que ocurrían, cuando de pronto, un par de manos perfumadas me cubrieron los ojos por detrás. Nadie habló, pero ese olor a coco y chicle nunca podrían engañarme.

—¿Qué haces por aquí tan solito Berni? —me preguntó María y se sentó a mi lado.

—Necesitaba descansar, creo que apenas estoy recuperando mis cinco sentidos. Estaba brava esa hierba.

—Si, estuvo fuerte, yo no he parado de reírme. Aunque te confieso que lo de la torta estuvo más violento.

—¿Todavía sigues enojado conmigo?

—No, nunca he estado enojado contigo ni con nadie ¿De dónde sacaste eso?

—Yo te conozco bien. Dime que te está pasando.

—En verdad no me pasa nada —aunque me sentí tentado a

soltar la lengua, me contuve, porque estaba tan feliz compartiendo esos minutos con ella que no quería arruinarlos. Además, ella era la única que me decía Berni, y cuando lo hacía, me daban ganas de desnudarla y atacarla a besos. Podría perdonarle lo que fuera. ¡Qué va! Pura retahíla que yo mismo me inventaba. La verdad es que nunca fui capaz de declararme por cobarde.

—¡Ven entonces, vamos a bailar! —dijo de pie mientras me levantaba de un jalón en la mano. Una vez estuvimos frente a frente, se me acercó mirándome a los ojos y me dio un ligero beso en la boca, luego recostó su cabeza sobre mi pecho y yo le acaricié su pelo como a una descarriada oveja negra—. Prométeme que me vas a cuidar y que nunca me vas a volver a dejar sola.

—¡Por supuesto que NO! —le contesté—. Pero quien entiende a las mujeres. Pensé luego.

En ese momento estaba tocando Aterciopelados, una banda de Bogotá que para ese momento nadie conocía. "Quien mató, quien mató, quien mató a la gomela". Sonaba de forma estridente. Y cuando María y yo nos disponíamos a bajar las gradas para meternos a bailar entre el enjambre de botas y chaquetas de cuero, ella frenó en seco y me detuvo aterrada. La vi abriendo los ojos como dos farolas de Volkswagen y tapándose la boca con la palma de su mano.

—¡Mira! ¿Ese no es Marlon? Acabo de ver que se lanzó de la tarima y se fue directo al suelo, parece que no logra pararse, ahí se ve el hueco —me señaló con el dedo a alguien que parecía moviéndose en el piso y en mitad de la gente.

—Putá mierda. Esta convulsionando, lo van a matar. ¡Muévete!

Mi cuerpo se llenó de adrenalina y me olvidé de María. Comencé a correr a toda velocidad dando saltos de grada en grada como los metaleros cuando tocaba Masacre, hasta que llegué al tumulto que se acumulaba cada vez más alrededor de Calambre. Desesperado empecé a darle golpes a los metidos con mi puño como si se tratara de un machete abriendo trocha. Pero como las personas que estaban abajo no entendían lo que ocurría porque no podían ver el panorama completo, me devolvían los golpes con rabia. Incluso me reventaron el labio inferior y comencé a sangrar por dentro y fuera de la boca. Aunque ni siquiera me percaté de ello, solo sé que por algún motivo terminé escupiendo sangre.

Una vez pude abrazar a mi amigo en el piso pedí ayuda, pero nadie se me sumaba en el esfuerzo. Afortunadamente Alimaña, que por allí se encontraba dando tumbos, se dio cuenta de la situación y él, que si tenía la fuerza de un elefante, levantó a Calambre como si fuera un costal de papas y se lo terció al hombro.

De esa manera logramos sacarlo del pogo, yo iba abriendo la gente con mi machete de huesos y él venía detrás con Calambre. Una vez escapamos de allí, lo descargó con mi ayuda y la de María sobre una manga del Carlos Vieco. El pobre seguía convulsionando y le había dejado a Alimaña la espalda y el hombro humedecidos con saliva. Este trataba de darle aire usando sus manos como un abanico, mientras que María y yo nos asegurábamos que no se armara un corrillo alrededor que le cortara el flujo de aire. Afortunadamente un par de personas que trabajaban para la defensa civil, vestidos con overoles blancos y naranjados con cruces en los hombros, se percataron del incidente y se acercaron corriendo con sus botiquines para prestarle los primeros auxilios. Nosotros tres nos quedamos al margen observando y los dejamos hacer su trabajo mientras que seguíamos encargándonos de la seguridad en el perímetro. Me sentía como un héroe rescatando un herido de un terremoto o de una avalancha. Gracias al pronto auxilio, cesaron los ataques y Marlon, bueno Calambre para hacerle honores, abrió los ojos y se sentó sobre la manga recostando su espalda en la malla galvanizada, tratando de entender dónde estaba y que le había pasado mientras que una enfermera le examinaba las pupilas con una linterna y con un palo de paletas le hacía sacar la lengua.

—Venga parece. Levántese —le dije a Calambre una vez la enfermera me mostró la señal universal del pulgar arriba—. Tuviste otro ataque, pero todo está bien. Ya pasó.

Alimaña regresó al baile y, Calambre, María y yo fuimos a sentarnos a la parte más alta de las tribunas para tomar aire y seguir viendo el concierto desde arriba.

—Casi me matas de un susto Marlon —dijo María, yo te vi caer en mitad de toda esa gente.

—Gracias por rescatarme amigos. Si no, tal vez me hubieran estripado la cabeza.

—¿Cervecita? —le pregunté a ambos parándome del cemento—. Por supuesto, contestaron en coro.

A pesar del susto, esa dosis extra de estimulantes en el torrente sanguíneo nos hizo sentir muy bien, disfrutamos de la noche estrellada, del viento un poco frío, de la música y de toda la atmósfera que nos rodeaba. Ese fue un momento íntimo que nos permitió sumergirnos en grandes profundidades emocionales.

—Tu madre me pareció una buena persona —repetí mientras brindaba con el vaso plástico lleno de cerveza.

—Sí, por tu madre y tu padre —dijo Calambre con el brindis—. Sabemos que ha sido un año difícil para ti María.

—A mi padre lo van a matar muchachos —dijo María llorando. Con una mano apretando el dije y con el índice de la otra revolviendo la espuma de la cerveza.

—No digas eso por favor —intervine poniéndole mi mano sobre su hombro y dándole un breve masaje.

—Él es un hombre tan bueno, que por eso mismo lo van a terminar matando. Eso es lo que me dice mi madre cuando él se va para Nueva York y ella se queda llorando y llorando. Ya recibió amenazas de ese maldito cura. Yo me siento muy triste porque quisiera ayudarlo, pero no sé qué hacer.

—¿Saben qué? —dije viendo la oportunidad de ganarme definitivamente el amor de María—. Se me ha ocurrido una idea.

—A qué te refieres —intervino Calambre con su bozo de espuma.

—Vamos a sabotearle la ceremonia de graduación a esos curas corruptos del colegio.

—¿Y por qué habríamos de hacer eso? —indagó Calambre borrándose el bigote con la lengua.

—Porque nosotros somos un cometa que ha llegado para destruir los dinosaurios —dijo María con su rabia efervescente como la cerveza que se bogó sin detenerse.

## 22. AULLANDO COMO CHANDA.

A pesar del hermoso cielo azul de la mañana y de la alegría que usualmente me contagia el ambiente festivo del 7 de diciembre, ese día que ingresé a prestar el servicio militar era inevitable sentirse derrotado y triste. Y no solo por tener que soportar la injusticia a la que estaba siendo sometido, si no, o más bien, por el hecho de tener que dejar de ver a María contra mi voluntad. En el sorteo había sacado la balota roja de Puerto Berrio y eso implicaba exiliarme un año en la peor sucursal del infierno en la tierra. Definitivamente había perdido la guerra con Calambre.

Antes de cruzar la por siempre odiada reja que separa la milicia de los civiles, busqué entre el tumulto de rostros afligidos los tiernos ojos de mi madre, cuya única opción, mientras permanecía allí cargando toneladas de resignación y de impotencia, era dejar escapar las lágrimas y ondear la palma de la mano para despedirse.

También acorralados como ganado por unas vallas verdes y blancas sobre la acera del frente, estaban Calambre y María, quienes habían venido a desearme buena suerte en la despedida. Hipócritas traidores. Pensé. La recuerdo recostando su cabeza sobre el pecho de Calambre, y éste dándole refugio con su brazo mientras le acariciaba su pelo suelto. Me enervaba la fortuna de ese desgraciado, que, sin necesidad de mover un dedo, ahora tenía la vía libre para quedarse con la mujer de mi vida. A propósito ¿Y en toda esa escena qué pasó con mi padre? Pues como era de esperarse, prefirió quedarse en su sillón revisando las loterías y fumando Piel Roja sin filtro mientras veía los deportes sin prestar atención a los marcadores.

Cuando estuve dentro del cuartel, sentí repugnancia contra el

estado por haberme alienado en esa prisión sin posibilidad de un debate serio. Era un absurdo que mi espíritu no lograba digerir y una situación difícil de asimilar, agudizada, además, porque en ese mismo lugar habíamos celebrado nuestra fiesta de grados apenas un par de semanas antes. Parecía una broma de mal gusto que, en tan poco tiempo, hubiera pasado del baile y el aguardiente a limpiar sanitarios y fusiles.

Confinado entre los muros de tres metros en obra negra de ese recinto monocromático, lo único que podía ver del mundo exterior, eran los rastrillones blancos que dejaban los aviones en el cielo, los cambios atmosféricos de la bóveda celeste y unos enjambres de cables y transformadores con esporádicas tórtolas descansando sobre ellos.

Antes de cruzar la mencionada reja de barrotes, durante el tiempo que permanecí esperando en la fila por una requisita mal ejecutada por actores que hacían el papel de soldados, me estuve imaginando lo que encontraría adentro del cuartel. Lo que inmediatamente aparecía en mi cabeza, eran las imágenes de matrices de soldados perfectamente alineadas, marchando al unísono y generando con sus botas una misma frecuencia, así como el ejército rojo frente al Kremlin o los militares coreanos que volteaban las cabezas cuando pasaban frente al déspota. Sin embargo, lo que encontré al interior fue una total decepción. La logística era un completo desorden. Más bien parecía como si me hubieran reclutado para un jardín infantil en recreo. Nadie daba instrucciones claras, ningún civil sabía a donde debía dirigirse. Todas las órdenes eran puras contradicciones que a ningún mando militar parecía importarles.

Sobre una plancha de cemento como del tamaño de diez canchas de microfútbol, conocida y etiquetada como la plaza de armas, habían levantadas varias carpas, esas de cuatro parales metálicos y techo blanco a cuatro aguas, las mismas usadas para vender frituras en los eventos y fiestas populares. Las carpas tenían cada una colgado un letrero que las diferenciaba geográficamente. Una decía Armenia, otra decía Puerto Berrio, Meta, Vichada, Casanare, Medellín... y así sucesivamente. Eran unas diez jurisdicciones diferentes, y yo tenía que dirigirme a la que tenía el nombre de ese maldito moridero.

Cuando tuve mi carpa al frente, la realidad me hizo entrar en pánico. Cada paso que daba hacía el interior, lo daba lento y con ganas de salir corriendo así me dispararan por la espalda. Sin embargo, entré con la paciencia de una vaca que va pastando y espantando las moscas con la cola. Y una vez que no pude posponer más mi miseria, finalmente me pasó por la tráquea el hecho de tener que dejar a María en las garras de ese buitre y rápidamente me limpié una lágrima con la camisa. Me senté en el piso rodeado de otros desorientados y desconocidos principiantes, ni siquiera había otra gente de mi colegio para hablar y desahogar mi rabia. A simple vista, y juzgando solo por sus caras, todos los reclutas de esa carpa me parecieron más bien delincuentes juveniles pagando una condena.

Sentado sin saber qué hacer sobre el cemento caliente que unos días más tarde me provocó hemorroides, esperé y esperé impacientemente por casi dos horas. Tiempo en el que no ocurrió nada. Ni siquiera nos trajeron un refrigerio. Luego, quien parecía ser un sargento burócrata delatado por su panza, con lapicero en la oreja y una hoja en blanco sobre una tabla, comenzó a anotar los nombres de quienes estábamos allí sentados. Entonces, fue cuando me di cuenta que en ese caos había una oportunidad de escaparme. ¿Si no tenían ni siquiera una lista previa, por qué habría yo de inscribirme en ella? Por eso decidí pararme con disimulo, preparado para decir que tenía que ir al baño en caso de que alguien me interrogara. Pero para mi sorpresa, me terminé saliendo de allí como por la puerta de mi casa. Y así no más, sin darle a nadie más explicaciones, me cambié de carpa y me senté en la de Medellín. Me auto trasladé de Puerto Berrio al Batallón No 4 Yariguies. Solo tuve que anotar mi nombre en la nueva lista y listo. Si, así de fácil.

Para el momento en que anotaron mi nombre serían como las seis de la tarde, lo deduje por el color del cielo y el humo que salía por la chimenea de la cocina. Solo a esa hora, el cabo Higuera terminó de completar la lista. Periodo en el que tuve que controlar mis temores, pues todo el tiempo estuve esperando que uno de esos comandantes viniera a sacarme de las orejas arrastrándome por el piso y acusándome de impostor. Para mi fortuna, aparte de severos calambres en mis piernas nada de eso ocurrió. Los ataques nerviosos y luego cagar sangre valió la pena.

Después de que el suboficial dobló la hoja y se la metió en el bolsillo del pecho, nos mandó al comedor en fila y cogidos de la mano como niños. Mientras nos dirigíamos allí, del interior de los alojamientos soldados antiguos con los días del calendario tachados de negro pegado en la frente, gritaban toda clase de insultos y de arengas intimidatorias: ¡Aúllen reclutas! ¡Hoy se mojan pirobos! ¡Bienvenidos al infierno infecciosos, pecuecudos y feos! ¡Esta noche chupan tabla! ¡No se merecen ni la papa que se comen larvas! Y así, muchas más frases sacadas de los cajones militares que se habían transmitido oralmente por generaciones y que luego cuando fui antiguo también grité a todo pulmón para desquitarme.

La comida estuvo asquerosa, pero no solo por insípida y cruda, si no, porque el olor del comedor era repugnante, y uno también come por la nariz. Ese olor del comedor se me quedaría impregnado en el cerebro y nunca encontré la forma de lavármelo ni con el más especializado detergente. Era una fusión de vapores tibios producidos por la cocción del arroz, el sudor de los soldados, y los trapos siempre húmedos con los que limpian las mesas de acero inoxidable. Eso me quitó el apetito, pero por salud tuve que embutirme como llenando un chorizo. Paradójicamente eso me dejó enfermo toda la noche.

Luego de tragarnos el repelo acosados por la guardia y de ser arriados como bestias amaestradas por el recinto, nos sacaron a la plaza de armas nuevamente para que cantáramos el himno al soldado. Y eso mismo hicimos repetidamente hasta que nos dieron las doce de la noche.

—A ver soldado infeccioso y feo —dijo el cabo Higuera sacando la lista del bolsillo y buscando al azar con su índice cualquier nombre—. Vicente. De pie soldado Vicente Triviño Cuevas.

Y como un resorte pasó de cuclillas a firme el tal soldado Vicente.

—Cante usted solo ya que no pudieron en grupo, salve usted la patria —le dijo el cabo con un grito fuerte—. Hasta que usted no me cante el himno completo no se van a dormir, así nos den aquí las doce. Pero del medio día.

Y el pobre soldado Vicente, visiblemente asustado y físicamente agotado, no era capaz de cantar ni siquiera la primera estrofa, Saludo adorada bandera que un día... Ah no, no. Así no es. Perdón



mi cabo. Paraba y decía una y otra vez. Saludo adorada bandera que un día... Tenderse, de pie, tenderse, respondía el cabo.

Y nosotros, los que ya por el dolor en los muslos y las pantorri-llas queríamos rendirnos y desfallecer, solo podíamos permanecer en silencio y aguantar viéndonos las caras de desconsuelo, rabia, pesar y satisfacción. De desconsuelo, porque sabríamos que de allí no saldríamos a corto plazo; de rabia, porque ese imbécil de Vicente no podía ni cantar la primera estrofa; de pesar, porque nadie quisiera estar en sus zapatos recibiendo empujones y gritos al oído; y de Satisfacción, porque cada uno se sentía afortunado de que el índice no se hubiera detenido en su nombre. En lo que todos si coincidíamos, es que luego de esa noche, ese pobre soldado iba a sufrir toda su estadía en el pelotón. No era un buen augurio en el ejército, desde el primer día convertirse en la perra de nadie.

—¡Este hijo de puta soldado si es muy bruto ome! —le dijo el cabo pegándole el golpe del ganso, como se le llamaba a una palmada seca en la nuca, que no duele, pero suena duro y emputa como nunca.

—Tenderse. De pie. Tenderse. De pie. Tenderse. De pie... —y así sucesivamente seguía maltratando el cabo al recluta—. Hasta que cante bien o hasta que yo sude malparido.

Luego de que tres o cuatro novatos no aguantaron las cucullas y se desplomaron sobre el cemento, como a la una y media de la mañana, finalmente logramos cantar al unísono el coro del himno al soldado. Entonces el suboficial nos envió a los alojamientos con un: De pie. Firmes. A discreción. Firmes. Media vuel. Retirarse. De frente Mar...

Cuando iba de regreso caminando con un dolor insoportable y otra vez calambre en las piernas, me desvié rápidamente como atraído por una fuerza invisible hacía el único teléfono público del batallón ubicado en el campo de paradas. Me oculté en esa cabina roja con forma de cascara de huevo y metí la única moneda que tenía. Marqué a mi casa temblando de miedo pues no quería cometer un error y tomar el puesto de Vicente, pero nadie me contestó a esa hora. Entonces intenté llamando a María.

—¿Berni eres tú? —me contestó de inmediato sin yo haber dicho hola—. Me quedé dormida con el teléfono en la mano esperando tu llamada. ¿Ya estás en Puerto Berrio?

—Estoy en Medellín ¡Logre quedarme!

—¿Cómo? Pero que estás diciendo. ¡Como así que en Medellín! ¿Por qué?

—Luego te explico los detalles. Avísale a mi madre por favor. Tengo que colg...tu, tu, tu...

Y antes de que terminara la frase, un militar con tres estrellas en las solapas, uno que yo todavía no sabía reconocer, bajó violentamente la palanca que sostiene el auricular.

—Que hace aquí soldado triplehijueputa, no sea descuadrado. A usted quién le dijo que estas son horas de estar llamando, quién le dio permiso ¿Se quiere ir para la guandoca? —me gritó y me retumbaron los tímpanos por la resonancia creada en la cabina— A ver mar pa' l alojamiento. Nombre y apellido.

Le di mi información, pero no vi que la anotara en ningún lado. Aparentemente solo quería asustarme. Y lo logró, porque apenas le di mi nombre me fui corriendo como si hubiera encontrado la puerta abierta para escaparme de esa cárcel.

Entré al alojamiento que estaba dividido en dos secciones físicamente iguales. En la sección del fondo que era la más oscura, estaban durmiendo los soldados más antiguos y, en la otra mitad nosotros los pecuecudos infecciosos. Al pasar la puerta vi que todos los nuevos estaban agitados buscando tablas para reforzar los camarotes. Todos peleaban por un sitio, y a mí, que me quedé haciendo esa llamada, me tocó por descarte el peor de los lugares. En la parte de arriba, con solo cuatro tablas que apenas lograban mantener el colchón estable y al lado de una ventana por la cual entraba un chorro de luz brillante de un reflector que alumbraba el economato y toda mi cara de frente.

En ese momento no me importó, estaba tan cansado que solo quería recostar mi cuerpo de faquir en esas cuatro tablas y ese colchón desnudo de rayas azules y blancas. Tampoco pude conseguir una sábana o una almohada, entonces usé mi brazo y mi codo para suplantar esa importante baja.

Afuera del alojamiento, los soldados viejos que merodeaban planeando una emboscada, aullaban como lobos bajo la luna llena. Pero, a pesar de esa molesta distracción, caí profundo como Blancanieves después de la manzana, aunque sería una hora de sueño como máximo, pues un fuerte estruendo me despertó de nuevo y

me hizo devolver la saliva que me bajaba por la mejilla. Alguien afuera había pasado de los aullidos a darle golpes a las ventanas con una varilla. Y en la oscuridad del recinto podía ver los puntos blancos titilantes que correspondían a los ojos abiertos y temerosos de los reclutas en sus camarotes esperando el atentado. Nadie se movía y nadie se atrevía a hacer nada a pesar de que ya se sentían los pasos y las sombras moviéndose en el interior del alojamiento.

Sabíamos que se estaba tramando alguna clase de bienvenida, pero estábamos tan cansados y asustados que nadie quería simplemente levantarse y prender las luces. Preferíamos hacernos los dormidos. Yo solo pensaba: que pase lo que pase, pero que pase pronto para seguir durmiendo. Y seguido, escuché el sonido característico que hace un baldado de agua cuando golpea el suelo. Vicente gritó quejándose de un dolor intenso en los ojos. Y no me había terminado de recuperar del susto, cuando me cayó una cantidad inimaginable de agua encima de mi cabeza, ahí si me desperté por completo con las tripas en la mano. Lo único que puede ver gracias al reflector, fue unos cuatro soldados saliendo del alojamiento con una caneca y unos cascos en las manos. Cascos que parecían bacinillas y que lograban recolectar una cantidad grande de agua. Lo peor no fue que me tocó quedarme callado y volver a dormirme en ese colchón mojado. Lo peor, fue que el agua se me metió por el oído y se me quedó ahí estancada creándose una infección e impidiéndome escuchar bien por un par de meses.

A pesar de la emboscada, la saqué barata considerando lo mal que le fue a Vicente. A él le echaron encima una caneca de agua mezclada con cal, la misma pintura con la cual estaban cubriendo las paredes del alojamiento esa tarde. Cal que le quemó los ojos al instante y la piel se la fue comiendo progresivamente por no bañarse de inmediato. Y no fuimos los únicos, porque apenas volvió la tranquilidad también volvieron los ataques. En ese alojamiento cayó tanta agua durante la noche que, a la mañana siguiente, varios reclutas se cayeron en los charcos que había por todas partes. Cada quince o diez minutos se escuchaba: *!ESQUACH!* Luego se sentía el agua mojando el piso y tablas o tubos golpeando los camarotes.

Solo pude cambiarme la ropa mojada más tarde en la mañana cuando me dieron el uniforme caqui y el menaje. Nada de camuflado ni de armas todavía. Y yo creyendo que al menos me darían

una navajita suiza. Fue, en general, una primera semana difícil, aprendí a cagar en una hilera de quince sanitarios sin puertas y sin divisiones. Es decir, expuesto a los ojos de cualquiera y viendo como los soldados viejos hacían guerra de orines, disparándose los chorros unos a otros mientras cagaban. Aprendí a robar almohadas, tablas, cachuchas, botas y todo lo que se me perdiera y tocara conseguirlo de inmediato hasta que se rompiera la cadena por el eslabón más débil. Es decir, Vicente. A quien nunca olvido porque faltándole dos meses para salir del cuartel, cargó su fusil en modo ráfaga y le metió el cañón en la boca a un teniente hasta que lo obligó a arrodillarse.

En la madrugada del primer domingo de visitas, hicimos un aseo detallado al batallón para impresionar a las familias; debían llevarse una buena imagen de las instalaciones, decía mi coronel Londoño en la formación general del viernes. Eso nos tomó desde las cuatro hasta las diez de la mañana cuando finalmente abrieron las puertas a los civiles que entraron como los salvajes de las cruzadas en el Medio Oriente. Yo me encontraba sentado en lo más alto de las tribunas a un costado de la pista de entrenamiento y así los pude identificar de lejos. Venían mi madre, Calambre y María, cada uno abrazando una bolsa plástica en sus brazos.

Me levanté de inmediato y me fui con paso de marchista, sin perder de vista sus cabezas que venían oscilando como radares. Solo habían pasado dos semanas, pero me sentí como si hubiera estado en una prisión de por vida. Nunca entendí el verdadero valor de la libertad hasta que estuve metido en ese batallón, reflexioné mientras caminaba buscando sus cálidos abrazos. Me escondí detrás de un poste y aparecí de imprevisto dándole un susto a mi madre por la espalda. Cuando me vio de frente derramó unas emotivas lágrimas y yo la abracé como cuando regresaba de la guardería. Luego saludé a mis amigos con besos y abrazos y María me dijo al oído con su voz temblando: Te extraño. No es para tanto, les dije haciéndome el valiente, y sabiendo que yo mismo había acabado de comparar mi servicio al estado con una cadena perpetua.

Las bolsas que me trajeron estaban todas repletas de comida chatarra: pollo frito Frisby con bolsitas de miel, Sandwich Qbano de la setenta con salsa de ajo, Pizza Piccolo con sobrecitos de parmesano, Hamburguesa de Presto con coquitas de salsa blanca, ga-

lletas Noel de Vainilla y bolsas de chokolatinas Jet azul y Jumbo. Me las devoré cual náufrago recién rescatado.

Esa noche en el alojamiento, bajo la complicidad de la oscuridad nos dimos un festival gastronómico. En cada camarote se escuchaba el sonido de los empaques abriéndose, los crujidos de las papas al ser trituradas por los dientes, las burbujas del gas escapándose de las botellas y las latas de soda. El aire se saturó con olor a dulce, grasa, pan y queso. Parecíamos infestados por una jauría de ratas hambrientas destrozando la alacena. Pero el festival duraba hasta que llegaba el cabo de turno y encendía la luz. En ese instante, el alojamiento entero quedaba de nuevo en silencio y solo se escuchaba el crujido de las tablas o el chillido de los tornillos. El cabo pasaba revista caminado lentamente con sus manos cruzadas en la espalda y olfateando como un sabueso, entonces cuando encontraba papeles en el piso, detectaba su olor preferido o veía un bulto extraño bajo las cobijas, pedía como soborno alguna golosina o un sándwich mordisqueado y luego se iba sabiendo que la melona continuaría. Creo que todos comimos como nunca antes en la vida pues al día siguiente se taquearon las tuberías.

En la quinta semana, cuando ya todos los pedíamos con desespero para al menos sentirnos soldados más reales, nos dieron los fusiles Galil semiautomáticos de fabricación israelí y de quienes se decía tomaban su nombre por la Galilea. Desde ese día, salimos a trotar a las tres de la madrugada en calzoncillos y con el arma al hombro; le dábamos infinitas vueltas al campo de paradas haciendo la señal de la victoria, es decir, sosteniendo sobre la cabeza el fusil con ambas manos estiradas; nos enseñaron gimnasia básica con armas y arrastre bajo con alambradas. Y al final de esa semana que nos entregaron la munición, nadie quería ver más una metralleta en su puta vida.

Lo que siguió de ahí en adelante fue una monotonía que se extendió hasta el final del servicio, excepto el día en que hicimos nuestro primer polígono y nuestro primer terreno fuera de la cuarta brigada. Ahí nos dieron los dos uniformes camuflados de dotación para poder sacarnos a la calle y dejar oficialmente de ser reclutas. Además, para esa fecha llegaron los nuevos infecciosos y nosotros pasamos a ser la vieja guardia que, con sus gritos y visitas nocturnas, les causó sus primeras pesadillas.

Para lograr llegar al campamento donde hacíamos lo que llamábamos el entrenamiento de terreno, tuvimos que caminar por la ciudad unas cinco horas, desde que salimos de nuestros alojamientos hasta llegar a las ruinas olvidadas del letrero del Coltejer ubicadas en la montaña. El motivo por el cual nos dirigimos a ese lugar tan específico, era que según información de inteligencia militar, desde esas periferias unas células urbanas de la guerrilla se encontraban planeando unos atentados a las instalaciones.

Siempre creí, durante los quince días que duró el terreno, que esa y otras historias tales como que allí se almorzaba sancocho de cabeza de perro, eran solo juegos psicológicos para aprender a sobrevivir en la selva. Sin embargo, en ese mismo campamento un lancita encontró un pedazo de ojo en la sopa y otro, pelos negros pegados en sus encías. Yo no lo vi personalmente, pero eso decían las malas lenguas.

Ese convencimiento mío de que las amenazas guerrilleras también eran inventos, lo defendí con insistencia hasta que dos proyectiles lanzados desde el cerro El Volador me hicieron cambiar de opinión. Uno impactó la fachada de la zona y el otro el techo del dispensario. Y luego, apenas con unas semanas de diferencia entre atentados, cuando me tocó ver el hígado de un hombre rodando por el piso de la calle Colombia, terminé de meter el dedo en la llaga.

Este último incidente ocurrió cuando me encontraba prestando guardia frente al casino de oficiales sobre la mencionada calle. Eran, yo no lo recuerdo, pero de acuerdo a los datos oficiales, las nueve y veinticinco de la noche y yo andaba distraído dibujando una A con una navaja sobre el estuco de la garita que siempre olía a berrinche. Cuando en lo que dura un parpadeo, a un miliciano de las FARC le explotó un maletín bomba en sus manos. Según las investigaciones de las autoridades, el individuo planeaba dejar la maleta llena de explosivos a un costado de las viviendas oficiales, pero por culpa de un mal cálculo aritmético, cuando apenas iba cruzando la avenida al frente de la Barbería Colombia y diagonal a mi puesto de vigilancia, esta le detonó sin previo aviso a la altura de sus testículos. La onda expansiva logró derribarme y sacarme la cachucha de la cabeza.

Cuando dejaron de pitarme los oídos y pude escuchar todas las

alarmas activadas, me levanté del berrinche y salí de mi letargo, entonces, cargué el fusil y me puse en posición defensiva buscando a través de la mirilla dar de baja a un par de guerrilleros que tratarían de tomarse a las instalaciones. No podía dejar de pensar en los días libres que me darían por volarle los sesos a un par de cabezas revolucionarias. Y aunque nada ocurrió, aparte del protocolo regular consistente en apagar por completo las luces del batallón según las viejas recomendaciones de Churchill, fue cuando terminó de levantarse el telón de humo de la dantesca escena, que pude detallar todo el lugar esperando la incursión armada, pero, lo único que encontré fue el hígado humeante y brillante de la víctima ahí tirado y el rastro rojo que había dejado sobre la calle.

Pero eso es solo una terrible imagen que estamparía luego en mi alma y con la cual engrosaría los anaqueles titulados "casos de la vida real". Por ahora, apenas estaba regresando del primer terreno. Llegué al batallón con un dolor tan insoportable en el tobillo izquierdo, que una vez vi mi cama me desplome sin aliento y quede privado. Cama por la cual me toco pelear porque cuando llegue ya había un recluta durmiendo en ella.

Durante esas dos semanas que pasamos en el monte mojándonos y caminado por tupidos senderos, nunca me quité las botas. Era tanto el frío en las noches, pues dormíamos en carpas sin puertas, que se nos aconsejaba no dejar escapar el calor del cuerpo por la planta de los pies. Entonces, al regresar a la cuarta brigada, mi sargento primero Chitiva me envió al dispensario porque entendió que yo no podía ni caminar. Cuando me quitaron las fétidas botas, descubrí que mi tobillo estaba perfecto y lo que tenía en cambio, era un hueco enorme en el empeine. Una infección me había devorado los tejidos y había comenzado a alimentarse del algodón de la media. La cual tuvieron que cortar con tijeras pues se había convertido en parte de la piel. Esa limpieza de la herida me permitió hablar con Lucifer un par de veces, pues como descubrieron que era alérgico a la penicilina, tuvieron que seguirme tratando la infección de manera tópica y sin anestesia. Así, visitando el diablo de vez en cuando, estuve internado por un tiempo. Tan tortuosos fueron esos momentos, que sorprendentemente hubiera preferido estar de guardia en el Berrinche.

El último día en el dispensario fue un Domingo, y allí tuve que

recibir las visitas, aunque en esa ocasión solo mi madre vino a visitarme con la bolsa llena de chatarra. Ni Calambre, ni María aparecieron. Según el mensaje que me trajo mi madre, María la había llamado el viernes para decirle que no podría venir porque se había ido para una finca en San Pedro. Lo que no le dijo, aunque yo lo sospechaba, es que se había ido sola con Calambre.

Eso me puso triste y meditabundo, en un estado emocional y mental bastante irritable. Depresivo. Deplorable. Por mi desgracia solo podía culpar a Dios y el universo. Quería convertirme en un Leviatán para destruirlo todo con mis tentáculos y con bolas de fuego. Pero como eso era un imposible, comencé a repartir mi rabia al destajo contra cualquiera que no tuviera velas en ese entierro. Y el que llevó la peor parte fue ese jibaro de gorra azul y chaqueta de cuero, quien, como yo había descubierto antes, tenía su mercancía oculta en las canaletas de Caballo Blanco. ¿Viste? Te lo dije.



## 23. CABALLO BLANCO.

—De pie soldado pernicioso, párese de esa cama y vístase que ya le dieron de alta —me dijo el sargento Chitiva desde el marco de la puerta— ¿Creyó que se iba a quedar aquí viviendo y haciéndose el marica? Marr.

—Como ordene mi sargento —respondí medio firme al lado de la cama y presentando aquel saludo militar de los dedos haciendo de visera. Y al final, feliz porque ya estaba cansado de ese lugar que todo el tiempo olía a Isodine y donde los gritos nocturnos no dejaban dormir. Además necesitaba una distracción para dejar de seguir pensando en María.

—Se me presenta a las siete puntual en la guardia. Hoy hay patrulla.

Esa era la segunda vez que patrullaba desde que me habían dado el Galil y el camuflado. El ejercicio consistía en salir bajo las órdenes de mi sargento acompañado de otros diecinueve soldados, lo que compone un pelotón de asalto. En teoría salíamos a diferentes lugares de la ciudad donde pudiéramos detectar movimientos extraños y evitar algún tipo de atentado. Sin embargo, en la primera patrulla en la que recorrimos la Iguaná y subimos por el monte hasta la cima del Volador, no encontramos nada más interesante que dos cristianos pichando en un rastrojo.

Aunque eran como siempre lo han sido desde que tengo memoria, tiempos violentos en Colombia, el verdadero objetivo de las patrullas no era ese, si no, que mi sargento le diera vuelta a sus muñequitas, como él las llamaba, y así terminábamos llevando nuestras ínfulas de héroes patrios a putiaderos donde nos daban una chupadita de tetas y vasos de chorro gratis mientras Chitiva se

metía una hora a una pieza a cumplir con sus antojos.

Tal como me lo ordenó el Suboficial, a las nueve en punto estaba en la guardia usando de nuevo mis botas y firmando el libro de patrullaje. Sobre mi herida del pie todavía conservaba una gasa protectora, pero al menos ya podía caminar sin los reparos de un cojo.

Salimos del batallón conservando una distancia entre soldados de veinte metros y divididos en dos filas, una por cada acera de la avenida Colombia, la que sube y la que baja. Esa era la norma establecida para desplazarse en zona urbana y la razón era reducir las bajas en caso de una bomba. Como mi paso, aunque firme, todavía era lento, me quedé rezagado al final de la fila que marchaba sobre la acera por donde los carros van desde el centro hasta La 80. Diría yo que entonces iba por la que va subiendo. A los diez minutos del recorrido llegamos a la esquina de Caballo Blanco. Entonces, como si ese universo al cual deseaba destruir con bolas de fuego quisiera disculparse y hacer las paces, me ofrendó una indefensa cabra para que yo la sacrificara en su nombre. Se trataba del jibaro de gorra azul y chaqueta de cuero, sí, el mismo al cual yo le conocía sus pecados y caletas. Y aunque él hacía un esfuerzo sobrehumano por parecer un cliente más de la taberna fumándose un cigarrillo afuera, era evidente, al menos para mí que sabía su secreto, que la cabra al vernos pasar no podía contener los nervios. Yo lo miré a los ojos y él se quedó mirándome fijamente como si estuviéramos teniendo una conversación telepática.

—Yo sé dónde escondes la bolsa negra de plástico con la mercancía —le dije—. Ya perdiste. Lo siento pero me cogiste en un mal día.

—Llévatela si quieres, pero no me hagas nada —creo que me contestó suplicando— no quiero volver a pernoctar en Bellavista.

Entonces, ante la mirada resignada de aquel animalito que presente va a ser degollado, y aprovechándome que iba de último en la fila, metí mi mano en la canaleta y recorrí rápidamente el fondo lamoso hasta que palpé la bolsa con la punta de mis dedos. La saqué del escondite y efectivamente pude corroborar por su peso y su volumen que se trataba de toda su mercancía. Al menos cincuenta baretos armados y listos para la venta.

—Llévatela si quieres —esta vez me dijo en tono telepático

desafiante— No sabes el error que estas cometiendo gonorraea.

—Tranquilo que yo soy la ley. El Leviatán. No me amenaces y quédate tranquilo —Yo solo quiero robarte— Si tu no hablas, yo también hago silencio. Además, tú eres mi viejo amigo, yo te conozco desde que te investigaba por la ventanilla de mi bus 18. No quiero hacerte daño.

—Devuélvemela por favor —se atrevió a pedirme con sus cejas caídas, haciéndole un techito a los ojos.

—Lo siento mi querido amigo jibaro de infancia. Pero así es el destino y este es mi desquite —le contesté ya mirando al piso para romper definitivamente nuestra incomoda comunicación. Él se retiró del lugar temeroso de ser arrestado y yo guardé ese abultado paquete en el bolsillo del camuflado.

Una vez tuve la mercancía en mi poder, aceleré el paso para alcanzar al resto del pelotón que ya me había dejado atrás, y por lo cual sabía que nadie había notado mi delito. Sin embargo, a los pocos minutos de haber continuado con la marcha hacia el putiadero La Manzana; frente al Éxito de Colombia y bajo el puente peatonal, para dar las coordenadas exactas, se encontraba mi sargento Chitiva (que era igualito al jugador de fútbol, creo que eran familiares) parado a un costado de la acera con su fusil apuntando al cielo viendo como los soldados se le adelantaban. Me estaba esperando a mí. Apenas me vio acercarme me detuvo poniéndome la culata del fusil en el pecho y mi pulso se aceleró, sentí que la herida de mi empeine se me abría y por ahí me brotaban litros de sangre. Me estrellé hijueputa ome, me voy a ir a la cárcel, me lo merezco por haberle robado a ese jíbaro de una forma tan descarada, pensé.

—Oiga soldado de mierda —me dijo con cara de amenaza— camine más rápido que a usted ya se le sanó esa pata. No se haga. Usted de pendejo no tiene nada. ¿Cierto? Quien lo ve tan santico.

—Todavía me duele mi cabo. Se lo juro —le dije tratando de desviar su atención— pero voy a hacer todo lo que pueda para no quedarme atrás.

—No me crea tan güebón recluta. ¿O es que me vio la cara de marica? Camine en la parte delantera de la fila. Métase entre Gomes y Zuluaga a ver si así deja la pernicia. Después hablamos.

—Como ordene mi sargento. Ya mismo voy...

—¿Se va a seguir haciendo el marica? —me detuvo nueva-

mente y me increpó apretándome el brazo cerca de la axila—. Esa gente no se toca sin pedir permiso, esos son de los protegidos. Descuadrado infeccioso de mierda. Me va a hacer meter en un problema.

—¡Con todo respeto mi sargento, no entiendo de que me está hablando!

—Sígase haciendo el pendejo que así se queda. Cuando lleguemos al Batallón me entrega la mercancía. Y hay de usted donde no esté completa. Marr.

Volviendo a la posición de la patrulla que me indicó mi sargento y con los nervios de punta, tuve que seguir adelante fingiendo que no pasaba nada. Subimos el puente de Colombia y atravesamos el río Medellín que a esa hora reflejaba la luna como un espejo pues el agua parecía estar inmóvil. A continuación, doblamos a la izquierda y nos fuimos directo hacia el Sena y La Minorista para aterrorizar con patadas a los gamines y los bazuqueros que andaban regados como basura por el suelo. Me sentía colaborando con las S.S.

Después de esa pequeña diversión, nos dirigimos hacia Villanueva y El Parque de Bolívar donde queda la Manzana, pero, apenas cruzamos la avenida Ferrocarril, encontramos una mujer dando gritos desgarradores de auxilio afuera de una residencia. Tenía la barbilla, el cuello, el espacio entre los senos y su diminuta ropa desde su escote hasta la mini falda toda ensangrentada. Al verla de cerca, lo primero que se me ocurrió fue que estaba herida. Cuando Chitiva se percató de sus gritos, levantó su puño para señalarnos que nos detuviéramos y que nos pusiéramos a la defensiva, luego se le acercó a la mujer para pedirle que se calmara y que le explicara la situación. Después de escucharla, con sus dedos índice y medio llevándoselos a sus ojos, nos dio la orden a Gómez y a mí, que estábamos de primeros en la fila para que entráramos en la casa.

La residencia era una insipiente edificación de dos niveles metida entre otras cuantas casas de su misma especie. Solo la diferenciaba del resto el color de su fachada: blanco y rojo; este último aplicado desde el piso hasta el sillar de las ventanas. Dichas ventanas, dos por piso, estaban todas protegidas por rejas blancas llenas de arabescos ferrosos.

Apenas cruzamos la puerta de la entrada, la cual estaba cuñada con una piedra de río negra con forma de ovni, percibimos el fuerte olor a fritanga que emanaba de la cocina en el costado izquierda de la vivienda. En ella, luego de correr con la boquilla del fusil una cortina que hacía las veces de puerta, solo vimos ollas y trastos acumulados en la poceta. Pero del asesino nada. A nuestro costado derecho estaba la sala, un lóbrego salón de baldosa ajedrezada verde y amarilla, adornado en el centro con una pequeña mesa de vidrio atiborrada de botellas, ceniceros llenos de colillas, vasos plásticos con hielos casi convertidos en líquido y un par de cédulas regadas. Al frente de la mesa y contra la pared, estaban sentadas y apeñuscadas en la orilla de un sofá tres mujeres. Estas mantenían la mirada fija hacia el piso, apoyaban los codos en los muslos y sobre las palmas de sus manos descansaban los rostros. Ninguna quiso mirarnos de frente ni decir palabra, aunque una de ellas nos señaló con el dedo la habitación en el segundo piso. Las paredes estaban pintadas con cal como nuestro alojamiento y las baldosas sueltas por su sonido se delataban. La iluminación del sitio era escasa, apenas unos bombillos amarillos y rojos funcionaban y el neón del baño titilaba.

Caminamos por un estrecho pasadizo impávidos y envalentonados, con el dedo en el gatillo listos para abrir fuego gracias al permiso que nos daba el cumplimiento de nuestro deber. Para Gómez y yo, dos novatos sin experiencia, era como si estuviéramos allanando la morada de Bin Laden. Durante el recorrido por el corredor encontramos otras tres piezas, a las cuales les abrimos las puertas también con la punta del fusil. Pero del sospechoso nada. Lo único que encontramos adentro de ellas fueron ropa sobre las camas destendidas.

Una vez revisamos el segundo piso y llegamos al final del pasillo, vi que por el espacio que hay entre el suelo y la puerta se escapaba un haz de luz brillante que se prendía y se apagaba. Gómez abrió la puerta con una patada innecesaria, pues hubiera sido suficiente con girar la chapa. Lo hizo embelesado por el poder y el vértigo que le generó encontrar allí a la víctima o al asesino. Una vez descartamos cualquier amenaza y entramos, el olor a muerte y la imagen que vi, también se me quedaron estampados en el cerebro como el hgado en el asfalto y los vapores del comedor.

En el interior de la habitación había un robusto televisor de madera prendido haciendo CHZZZ... Tenía la antena reventada y colgaba de su cable sobre la pantalla, en la cual se veían solo puntos blancos y negros moviéndose en desorden. La cama estaba tan destendida que no tenía ya las sabanas, era como si alguien hubiera tratado de aferrarse a ellas para no ser arrastrado a un abismo. Se podía ver como sobre el colchón y bajo el cuerpo de la víctima, la mancha roja todavía seguía expandiéndose. El apuñalado treinta y siete veces, tenía medio cuerpo adentro y medio cuerpo fuera de la cama, estaba doblado por la mitad y tendido boca arriba con los ojos y la boca abierta. En el suelo había un plato quebrado y un sancocho derramado. Las papas y las albóndigas habían rodado por el suelo. El nochero estaba volteado y la lamparita de noche en la baldosa tomando caldo.

Una vez vimos que el hombre no parpadeaba, no guardaba la lengua ni inflaba su barriga cubierta de huecos y pelos ensangrentados, Gómez le tocó la yugular y no le encontró el pulso por ninguna parte. Entonces, me miró y se pasó el dedo índice por su cuello como degollándose a sí mismo. Entendí con su señal que no había nada para hacer más que salir de allí antes de que se me contaminara más el alma. Con mi cabeza le hice la señal para que saliéramos, pero este, me mostró la palma de su mano queriéndome decir que lo esperara. Lo vi metiendo sus manos en los bolsillos del pantalón ajeno y sacó unos pocos billetes humedecidos por la sangre, los limpió con la sabana de la cama y se los echó a su bolsillo. Le quitó el reloj al recién difunto que obviamente era una baratija y aun sediento de más, movió la mesita de noche para ver que más encontraba, y como no tuvo éxito, buscó en los bolsillos de una camisa colgada del perchero y solo encontró medio paquete de cigarrillos, los cuales también se guardó en el camuflado. Me pidió guardar silencio poniéndose su índice en los labios y así, con la falsa intención de no sentirnos culpables, salimos volviendo a cerrar la puerta como para que el muerto no se molestara.

—No me mires con esa cara, ya no va necesitarlos lanza —me dijo acompañado de un guiño— mejor vámonos de este basurero que este man ya está más en el cielo que en la tierra.

Cuando íbamos saliendo, vimos la patrulla de la policía llegando con su sirena apagada, pero con las luces todavía dando

vueltas. Es decir, sin ninguna prisa, solo cumpliendo con su rutina. Los policías que se bajaron del vehículo, uno con una libreta y lapicero en mano, y el otro solo con una servilleta y un lapicero en la boca, ni siquiera nos saludaron ni preguntaron nada.

Mi sargento Chitiva nos preguntó lo que ya era obvio y con la descripción que le dio la mujer, nos mandó a buscar cantina por cantina, según la ensangrentada, a un hombre de bigote negro y tupido como el de Rafael Orozco, y que tal vez llevaría una cachucha roja y una chaqueta de cuero cafecito claro.

Nos replegamos en cuatro grupos de cinco soldados y buscamos al bandido por más de una hora, atemorizando a todo aquel que estuviera en los bares y cantinas aledañas a la Minorista. Al parecer todos debían algo a la justicia, porque inmediatamente entrabamos a los locales y hacíamos apagar la música, todos creían que veníamos buscándolos a ellos. Sin embargo, no tuvimos suerte, no encontramos a ningún Rafael Orozco chiviado. Hubo un par de detenidos que parecían ajustarse a las características, pero una vez fueron descartados por la mujer, ambos quedaron libres.

Después de ese incidente que retardó el patrullaje y puso de mal genio a mi sargento, tuvimos que apresurar el paso y cogimos un atajo, de lo contrario Chitiva no hubiera tenido tiempo de llegar a la Manzana a repartir amor. Y me alegró que lo hiciera, porque una vez allí, fuimos tratados como congresistas. Nos separaron un par de mesas VIP con mujeres, cervezas y aguardiente. Nadie pudo aprovecharse del momento como mi sargento y entrar en una habitación, pero al menos descansamos las piernas mientras nos fumábamos los cigarrillos del muerto. Lo que sí pudimos hacer, pues era lo que permitía el código secreto de las patrullas nocturnas, fue besar pezones y tocar nalgas. Yo si me aproveché de ese gangaso, pero me arrepentí al instante, porque después de ese tiempo encerrado en el batallón, mi libido estaba a punto de desquiciarme y el dolor en las pelotas me volvió a dejar cojeando. Pero eso no fue lo peor de haber cometido esa imprudencia, sino que mis deseos reprimidos hicieron que María volviera a ocupar todos los resquicios de mi mente.

Cuando finalmente regresamos al batallón, llegué temblando del miedo, todavía atragantado con una bola de billar en la garganta que no me dejaba pronunciar bien las palabras. Bola que

finalmente me bajo al estómago para crearme una úlcera permanente cuando pude entregarle la mercancía a mi sargento.

—Soldado marica ¿Quiere que lo maten peor que a una rata? —me dijo con la compasión de padre a hijo dándome un calvazo y regresándome apenas un baretico de la bolsa— Hay que saber hacer las vueltas mijo. En esta ciudad hay gente que no se toca. Y no le estoy hablando de ese lava perros sino de sus patrones. Aprenda que en esta institución todo hay que preguntarlo primero recluta. Agradezca que me cogió de buen genio porque hoy si pude ver a mi Samanta y a mi Pamelita. Retírese.



## 24. LOS MANGUITOS.

Luego de haber cumplido tres meses en calidad de recluta, unas semanas después que los traidores dejaron de visitarme en el batallón, finalmente me llegó el ya no tan anhelado primer permiso de salida. No tan anhelado porque estaba resentido con el amor de María y la amistad de Calambre que me habían sometido a semejante ignominia. Por eso es que mis expectativas de volverlos a ver se fueron desvaneciendo con los días. Había perdido las últimas esperanzas de conquistarla a ella, y eso que yo andaba creyendo que después de verme en camuflado se iba a enamorar más de mí la ingrata esa. Por ese motivo, esa mañana me levanté belicoso, con mi cabeza convertida en un campo de batalla peor que el de Verdún. Por fuera todo eran risas y cantos, pero por dentro debía soportar a la alegría y a la tristeza voleándose lata por parejo.

Las primeras horas del día sentí que debía hacer un esfuerzo por alegrarme, y así lo hice porque al fin de cuentas volvería a mi casa, pero fue más por obligación que por convicción, pues no podía evitar las arcadas que me provocaba solo pensar que María tal vez había perdido la virginidad con mi mejor amigo. Calambre me robó mis más preciadas fantasías. Afortunadamente, a medida que corría el tiempo y se fue acercando el trompetazo de salida, la euforia de mis compañeros me arrastró como la marea de luna llena y comprendí que la libertad es tal vez el sentimiento que más hace feliz y locos a todos los animales de este reino.

Salí un sábado al mediodía después de limpiar exhaustivamente los alojamientos y el campo de paradas. El permiso no duraría mucho tiempo, pues debíamos regresar al día siguiente a las siete de la noche puntuales. Era un tiempo corto para disfrutar a pleno de las mundanidades y por qué no, maldita sea debo reconocerlo, ver en persona a la mujer que me estaba haciendo perder la ca-

beza. Pero llegando a un balance final de cuentas, iba a dormir en mi cama y nada importaba más que eso. Inclusive, por un momento poco me importó todo ese drama de maricas, como lo llamé cuando estaba formado frente a la reja de la guardia, atento a los cachetes inflados del dragoneante y su trompeta. Inmediatamente escuché sonar la diana, salí corriendo como una gacela perseguida por leonas, saltando muros y esquivando carros. No sé por qué lo hice, pues en la puerta misma de la cuarta brigada podía haber cogido el taxi, sin embargo, corrí y corrí hasta llegar a la Avenida Ochenta. Creo que me sobreactué solo por subirle la intensidad al dopaje que genera estar afuera de la jaula. Además, o la verdad es que, también tenía miedo de quedarme esperando en los alrededores del batallón. No fuera a ser que un coronel amargado sin nada para hacer, como ya le había pasado antes a Zuluaga, lo viera a uno por ahí mal parqueado y le pidiera que le lavara el carro o que le moviera algunos muebles de la casa. La chimba.

Una vez estuve parado sobre la ochenta me incliné hacia adelante doblando mi espalda y apoyando mis manos sobre ambos muslos. Adquirí la posición de un corredor después de cruzar la meta. Luego de llevar mi respiración a la normalidad, me paré derecho y haciendo el saludo nazi pero solo con dos dedos detuve el primer taxi que pasó. Este me llevó derecho por toda la avenida y yo me fui como un perro sacando la cabeza por la ventanilla con la lengua afuera ladeada y dejando que el humo suspendido me acariciara la cara. Durante el recorrido le presté atención a todos los detalles que antes no veía, y aunque esa era la misma ruta de bus por la cual había transitado durante mi infancia y adolescencia, finalmente le encontré su belleza y hasta descubrí algunas casas fantasmas que llevaban ahí más de medio siglo.

Cuando bajé al trote por las escaleras de la urbanización, lo hice sacando pecho y con la frente en alto. Ya era un soldado con milicia, había disparado pistola y fusil y aunque no había detonado granadas de fragmentación, en teoría ya sabía cómo se tiraban. Por eso, cuando pasé cerca al pasamanos de los mariguaneros, donde se encontraban estos haciendo barras, no los miré, pero tampoco les bajé la cabeza y ellos me dejaron pasar sin insultarme o tirarme alguna piedra.

Mientras más me acercaba a la puerta de mi casa, más se me

aceleraba el pulso porque mi llegada iba ser una sorpresa. No le había dicho nada a mi madre respecto a esa primera salida. Entonces, me paré al lado de la puerta y traté de ver qué pasaba adentro a través de unos falsos vidrios verticales que decoraban esa puerta metálica. Vi pasar la sombra de mamá un par de veces y me cubrí para que no me fuera a descubrir. Luego tomé el hierro curvado en forma de U que colgaba en la chapa y que sirve para tocar más fuerte sin necesidad de usar los nudillos. Golpeé el pin que recibe ese metal tres veces pausadas para no darle ninguna pista a mi madre pues yo nunca tocaba de esa forma.

Me organicé un poco la ropa como si fueran a entrevistarme y traté de controlar mi risa nerviosa para no delatarme antes de que me abrieran. Por los vidrios y sus tallados opacos vi que una silueta se aproximaba, entonces me retiré un poco y cuando abrieron grite: ¡SORPRESA! Sin embargo, la sorpresa fue mía pues quien abrió fue mi padre. Hola Papi, traté de disimular mi desilusión y la rabia que tenía. Hola hijo ¿Qué estás haciendo por aquí a esta hora? ¿Te escapaste? Ni siquiera acaté a contestarle porque de la cocina vi salir a mi madre corriendo emocionada y con una sonrisa de oreja a oreja, venía con sus ojos aguados y secándose sus manos en el delantal de la cocina. Corrió a mi padre a un lado como diciéndole no estorbe y me dio un abrazo gigante sin preguntarme nada, me dio un beso largo en cada mejilla y me corrió una silla del comedor para sentarme cual convaleciente alma en pena. ¿Quiere comer algo hijo? ¿Tiene hambre?

Una vez me senté a la mesa a comer con ella, hablé y hablé hasta que se me enfrió la sopa sin probarla y le salieron a flote unos ojos de manteca. Y aunque mi padre no se sentó con nosotros, vi que desde el sillón presto mucha atención a las historias de la guerra. Les comenté de Vicente, del terreno, de las mojas en la noche, de la comida cruda, de la guardia a la madrugada, de mi infección en el empeine, del camarote sin tablas, de los asquerosos baños que siempre taqueaban los caribeños Hombres de Acero y de toda esa oscura galaxia en la que ya orbitaba. Nunca me había sentido tan importante pues nunca había sido el protagonista absoluto de una historia. Así que disfruté mi monologo desde la primera hasta la última palabra que, después de dos horas, logró poner a dormir a mi padre.

Esa tarde el golpe más duro me lo dio mi madre, justo cuando me encontraba recostado en mi cama con mi cabeza apoyada sobre mis manos cruzadas y mis piernas estiradas una sobre otra. Solo me faltaba sostener un vástago de trigo en la boca, un atardecer rojo y un bosque de fondo para posar en una postal de Minnesota. En ese momento no estaba pensando en nada, en realidad estaba descansando la mente y solamente escuchando música en mi walkman, cuando tuve que quitarme un audífono para escuchar lo que me estaba diciendo ella desde el marco de la puerta.

—¿No vas a llamarla? Ella te ha llamado tres veces esta semana. Me preguntó que si sabía si estabas bravo con ella porque no la has llamado en todas estas semanas. Sabes que ella no tiene como contactarte en el batallón.

—Si ma, más tarde la llamo. Es que estaba pensando salir a montar esta noche con mis amigos.

—Llámala, en verdad parecía preocupada.

No contesté nada y simplemente me volví a poner el audífono en la oreja: *Take me out tonight, because I want to see people and I want to see life. Driving in your car Oh, please don't drop me home. Because it's not my home, it's their Home, and I'm welcome no more.* Canción que me hizo recordar el día de La Operación Travesty.

Me levanté decidido a dejar mi orgullo y seguir el consejo de mi madre, pero una vez alcé la bocina me imagine del otro lado a Calambre abrazándola mientras contestaba el teléfono y me pareció la más grande de las tragedias. Una angustia terrible se apoderó de mí y nuevamente sucumbí ante la rabia y el resentimiento, eso no me dejó aclarar mis pensamientos entonces mejor llamé a Monarreta, quien me saludó con alegría y acordamos descolgarnos por la ochenta como en los viejos tiempos. Me dijo que más tarde nos encontraríamos con todos en Los Manguitos, como era habitual cuando había concierto en *Barnaby jones*, El Muro o en el Carlos Vieco.

—¿Y quién toca?

—Juanita Dientes Verdes, Polvo de Indio, Desorden Público, Estados Alterados y como otras dos bandas. Va estar brutal.

—Uff si, una chimba —respondí tratando de aplazar la inevitable pregunta con una emoción tan falsa que se notó en seguida— ¡Que de buenas que me dieron el permiso este fin de se-

mana! ¿Y sabes si va ir María?

—Sisas demás que cae con las amigas. Calambre me había dicho que iba a venir con ellas... Hey... Gasparin. ¿Sigues ahí? ¿Aló?

—Si. Si. Aquí estoy, parece no se si pueda ir, es que me da gada no quedarme este primer permiso en la casa con mi madre.

—Sobre todo. Parece olvídense de esa polla.

—¡Como así! ¿De qué me estás hablando?

—Hágase el Marica que así se queda. Mas bien súbite para acá a mi casa que tengo unas cervecitas frías y mi mamá no está. No te vas a amargar pues tu primera salida.

Monareta siempre estaba cargado de buenas energías y por ende unas ganas de fiesta insaciables. Buena cosa pues siempre me la contagiaba, entonces apenas me habló de unas cervezas y de no amargarme, recordé que, en la media, envuelto en una servilleta, tenía guardada la única mercancía que me quedó del robo en Caballo Blanco. La había estado guardando para esta primera salida.

Monareta vivía en la etapa B de la unidad, en un primer piso solo con su madre que era una profesora de artes de la Universidad de Antioquia. Gente culta y de un corazón enorme. Solo él pudiera haberme convencido de dejar atrás mis tristes pensamientos y lograr salir de las tinieblas.

Cuando toqué el timbre escuché que una máquina eléctrica interrumpió su funcionamiento, Ya voy... dijo él a continuación. Esperé unos minutos y luego me abrió ofreciéndome una cerveza enlatada que chorreaba espuma por sus dedos. Solo llevaba puesto un jean roto en las rodillas que se amarraba con un cordón de zapato y cuyas botas en la parte trasera ya estaban todas deshilachadas. Estaba descalzo y desde sus hombros y pecho aun caían los pelos recién cortados de su cabeza. Pelos que le tapaban el tatuaje cerca al pezón, una oveja negra que yo mismo le había hecho con una maquina hechiza. Ambos lados de la cabeza los tenía pelados con la cero y arriba se había dejado una pequeña cresta con pelo suficiente para podérsela parar un roce.

Antes de decir cualquier palabra me dio un abrazo y me dejó toda la camisa untada de pelos. Luego dio unos pasos hacia atrás y llevándose la mano a la frente me saludó como un militar. Eso me contagió la risa y pude darle un buen sorbo a la cerveza para

alivianar un poco la carga que llevaba oculta, pero que obviamente mi amigo ya conocía.

—Pillá lo que tengo —dije sacando el baretico de la media.

—¿Puro bazuco? —ambos soltamos la carcajada— dejémoslo para el concierto.

—No. Ya. Si te contara por las que pasé para conseguirlo.

—Contá.

—Se lo robé a un jibaro.

Una cerveza se convirtió en tres o cuatro y nos fumamos toda la hierba en una sentada. Yo quedé tan mal que sugerí, sin que mi amigo protestara y mas bien me apoyara, no ir a bajar en las tablas porque en ese estado seguramente terminaríamos estripados por una llanta. Entonces, decidimos partir la plata del taxi y bajar directo a los Manguitos.

Durante el tiempo que estuvimos sentados en su casa, yo repitiendo una y otra vez las mismas historias que ya comenzaban a cansarme, mi amigo me detuvo para preguntarme que iba hacer cuando me encontrara con María. Yo pretendí disimular y darle a entender que no pasaba nada, pero mi amigo me contó que ya todos sabían que Calambre y María estaban saliendo y que se habían ido para una finca juntos. Eso me descompuso nuevamente, y pensar que iba a encontrármelos a los dos cogidos de la mano y dándose besos me dañó la traba.

—Pille viejo Gasp, esa polla se nota que siempre ha estado es enamorada de usted, todo el mundo lo sabe, eso se nota —dijo Monareta luego de contener el humo en la boca y luego soltarlo lentamente por la nariz—. Pero es que usted es muy lenteja y tímido parce, además, usted está en el ejército, que esperaba.

—Pero. Pero...

—Pero es que nada Pana, acéptelo. Además, mujeres hay muchas, deje ya la maricada.

—No es solo eso, yo no quería dañar mi amistad con Calambre, vos sabes que él y yo somos como hermanos. Por eso es que a María yo nunca le dije cuanto me gustaba. No quería cagarla.

—Pues por esas pendejadas es que ya usted y Calambre no son hermanos sino cuñados. Pero sabe que, ya no se deprima más por eso y deje de buscar excusas. Se durmió por miedo parvero eso es todo. Yo le digo las cosas como son de frente porque usted

también es mi amigo del alma. Y le voy a dar un consejo, mientras más rápido lo acepte, menos sufre la ñalada, se va enloquecer allá adentro encerrado en esa Cuarta Brigada. Estos no son tiempos para estar pensando en mujeres. ¡Sabe que! Hasta mejor. Usted se imagina allá pensando en ese camarote ¿Dónde estará metida y con quien andará mi novia?

La verdad es que los argumentos de mi amigo sonaban bastante convincentes y lograron aplicarme un poco de anestesia. Inclusive salí sonriendo y animado de su casa, pero la anestesia como bien se sabe no es permanente y su efecto se terminó una vez nos bajamos del taxi.

Comenzamos a caminar por una de las aceras de los manguitos y yo pude ver a todos mis amigos en sus tablas haciendo trucos sobre las bancas y otros solo tomaban cerveza y conversaban. Al verme llegar se vinieron hacía mí para saludarme y me tiraron al suelo con un cargamontón que me ensució la camisa nueva camuflada. Cuando me paré de la manga y me estaba sacudiendo los palos y las ramas, fue que los vi sentados a los dos sobre el espaldar de la banca y las piernas comenzaron a temblarme.

Entre los árboles se paseaba una tensión extraña, algo oscuro que solo había sentido aquel día en que a esos ladrones les voleamos tabla. Asumí que era apenas normal por el malestar que había entre mi amigo, María y yo. Aunque de eso no se trataba. De todas formas, no tuve más remedio que ir donde ellos y saludarlos mientras sabía que el resto de mis amigos prestaban atención pre-tendiendo que no pasaba nada.

Ellos solo fingieron que seguían montando en las tablas y con esa excusa se alejaron un poco de la banca para darnos algún pequeño espacio y privacidad.

—Berni, yo quiero que aclaremos las cosas. ¿Por qué no me has vuelto a llamar? —me dijo con su voz suave y baja— estaba preocupada. Creí que se te había empeorado lo de la pierna.

—Vos sabes que nosotros somos como hermanos parece —dijo Calambre con su habitual mansedumbre— y yo quiero que así siga siendo. Lo que pasa entre María y yo fue algo que se dio sin planearlo. Solo ocurrió y...

—Saben que ¡Cuales hermanos! Ni sé de qué estupideces me hablan —Nunca supe por qué motivo conteste eso en voz alta,

quizá era una bomba de tiempo a la que se le agotaron los segundos—. Que montón de babosadas. Váyanse a la mierda los dos. Pero sobre todo tu maldita perra. Váyanse a la puta mierda los dos. Traidores.

De inmediato me arrepentí de lo que había dicho, ni siquiera pude creer que era yo el que piloteaba ese cuerpo tan extraño. Ha de haber sido la mezcla de la cerveza y la droga pues esa era la segunda vez que la probaba. Pero por el motivo que haya sido lo dije y no fui capaz de retractarme ni de volver a mirar a mis dos mejores amigos a la cara. Solo me di media vuelta marrrr. Inclusive sentí un alivio por haber abierto esa válvula.

El resto del parche notó que algo incomodo pasaba y llegaron haciendo bromas y tratando de bajar la tensión que cada vez más se incrementaba. Yo hice un esfuerzo para pretender que no había ocurrido nada y sobre ese escenario lleno de malos actores, nos fuimos sentando todos alrededor de la banca a conversar y a esperar a que llegaran las amigas de María que eran a quienes esperábamos para irnos al concierto.

—Hey no les quiero dañar la noche, pero ya he visto pasar tres veces el mismo carro —dijo Alimaña— lo sé porque las tres veces se han quedado mirándonos fijamente. ¿Serán los feos? ¿Pura fiscalía?

—No, esa no puede ser la fiscalía, si nosotros no debemos nada —dije yo creyéndome un experto por estar en el ejército.

—¿Serán los mismo hijos de puta del Estadio? —dijo el Orejón— Que se vengan que aquí volvemos y los recibimos a tabla.

—Sisas que se vengan para quebrarle la cabeza a otra de esas ratas —dijo Mastodonte— a nosotros no nos vuelven a robar nada.

Pasaron unos quince minutos y afortunadamente no pasó nada, aunque esa misma sensación maluca que andaba por los árboles nos hizo discutir si debíamos irnos de allí sin esperar a las otras amigas de María. Y estábamos algunos sentados discutiendo si irnos o no del parque cuando al primero que vi fue a Tamal repartiendo tabla. Un hombre estaba forcejeando con él y tratando de arrebársela, pero mi amigo no se dejaba y una vez el hombre perdió el agarre, Tamal le tiro a la cara, pero no le conectó el golpe.



De inmediato Pelo e´Burra se le fue también encima, seguido por la Garra. Yo traté de levantarme, pero me resbalé en una mierda de perro que había en la manga y desde el piso pude ver que ese no era el único atracador, que había otros dos y que el carro del cual habíamos hablado estaba parqueado en la esquina esperándolos con la puerta abierta.

Esos segundos fueron confusos y pasaron en cámara rápida, aun hoy trato de sacar de los archivos las fotografías mentales y son pocas las que me quedan. La única que si consigo de inmediato es la de uno de esos hombres, el de pantalones blancos y chaqueta roja sacando y apuntando el arma con ambas manos. Cuando yo comprendí lo que estaba pasando, alcancé por instinto a cubrirme la cabeza con mis manos y quedarme en el piso esperando que pasaran las balas. Después se escuchó un solo disparo. Levanté mi cabeza nuevamente y vi a todos mis amigos corriendo hacia diferentes lados. Luego volvió la calma y los hombres se montaron al carro que arranco quemando llanta. A Monareta lo vi tirado en el piso a mi lado respirando fuertemente, Lenteja estaba acurrucado y escondido detrás de un árbol, a R4 le pude ver los pies debajo de un carro y fue allí cuando escuché el grito más desgarrador que he escuchado en mi vida. Supe de inmediato que venía de Calambre.

Salí corriendo para socorrerlo pues creí que lo habían herido, pero lo que encontré a cambio fue la desgracia más grande de mi vida. María estaba tendida en el piso de cemento al lado de la banca con un agujero en la mitad de la frente y Calambre trataba inútilmente de detenerle detrás de la cabeza la hemorragia. Tenía los ojos aun abiertos, pero ya no decían nada, así como aquel muerto de la pensión. Yo me quedé paralizado con la esperanza de despertar de lo que tal vez sería una pesadilla, escuchando todo como cuando uno está bajo el agua y con esa terrible imagen de ella bloqueándome lo que miraba. Un taxi, un taxi hijueputa, paren un taxi, fue lo único que recuerdo haber escuchado en medio del caos y la algarabía. Y la última fotografía que tomé, fue la de Calambre cubierto en sangre, levantando a María del piso como se carga a una recién casada y montándola a ese carro amarillo. Él todavía seguía tratando de sostenerle la cabeza en alto conservando con ese acto la última chispa de esperanza.



## 25. SOMOS UN INSTANTE DE TIEMPO.

A las cuatro de la mañana, vencido por el insomnio, me levanté, lavé los dientes y me vestí con ropa que había dejado en casa de mi madre desde que me fui a vivir a Londres. Una chompa negra de *Plan B*, una gorra *Thrasher*, unos jeans cualesquiera y unos Vans que tengo desde que me dejaron de crecer los pies. Lo hice todo con sed de remembranza. Así que, desvelado como lo estaba desde hace más de un mes que regresé, me fui rodando por las calles visitando los lugares que me traen buenos y malos recuerdos. La diferencia esta vez, es que me detuve justo en el lugar que venía evitando por más de dos décadas. La banca donde una bala perdida acabó con la vida de María.

Luego de quedarme en aquella banca meditando hasta que salió la primera pizca de sol y pasó el viejo que reparte los periódicos en bicicleta, me fui a la casa y me bañé con agua hirviendo sobre la nuca mientras me pasaba el jabón más de diez veces por la barriga hasta que un grito de mi madre me hizo consciente del pago de los servicios. Desayuné sin muchas ganas, más por costumbre que por hambre y mientras tragaba revisé de nuevo la dirección de la iglesia donde se celebraría la misa. La Consolata, simplemente decía.

Ese era el día de la conmemoración especial. Estaba conmovido porque también era la fecha de su muerte, pero a la vez algo emocionado por volver a ver mis viejos amigos y enterarme que había pasado con sus vidas, pues como yo no había sido fanático de las nuevas redes sociales, no sabía muy bien de sus proyectos y su actual apariencia. Esa tarde me volvería a encontrar con todo el pasado que quise olvidar cuando dejé el país carcomido por la

tristeza y la frustración que aún me provoca su violencia. Recuerdo muy bien un insignificante y estúpido, pero fundamental detalle del día en que María iba a ser enterrada. Cuando me dirigía hacia el cementerio, paré en una tienda y compré una caja de chicles importados, de esos planos y alargados que vienen en una cajita de cartón verde y envueltos individualmente en un papel brillante. Cuando llegué al entierro y abrí la caja para sacar un chicle, me di cuenta que le faltaban dos. Y como advertí, pudo haber sido el detalle más insignificante sobre la tierra, pero en ese preciso instante de dolor agudo, sentí asco de mi país y decidí que yo no podía vivir más en una ciudad plagada de tantas fatulas.

La misa estaba programada para las cuatro de la tarde, eso me dio tiempo para meterme al cuarto de reblujo de la casa de mi madre y comenzar a desempolvar cajas de cartón y bolsas negras de basura llenas de recuerdos. El cuarto era un pequeño compartimiento debajo de unas escalas con un bombillo y una cadenita colgando, al cual me metí agachado y escarbando como buscando diamantes en una mina.

Lo primero que encontré al abrir la bolsa de basura, fueron algunas baratijas recogidas del ejército: una bandera, un pantalón camuflado y su respectiva chaqueta, el kepi de recluta, botones de escudos que ni sabía que significaban, una libreta con viejos apuntes y un par de balas 7,62 mm para Galil. Pero eso no era lo que en verdad buscaba, yo iba tras mis cuadernos de bachillerato y los dibujos que allí tenía. Por fortuna los encontré todavía intactos y a salvo de los roedores y las polillas. Y de todos esos dibujos el que buscaba era el borrador que había hecho antes de dibujar en la camisa las dos calaveras viajando por el cosmos, ella abrazándolo a él, y ambos dejando atrás estrellas y constelaciones como una estela.

El primer pensamiento que se me vino a la cabeza fue cuánto había cambiado, pues pude medirlo cuando me di cuenta que mis dibujos no eran tan increíbles como siempre creía, que tal vez había exagerado un poco en cuanto a mi talento. Pero mientras más analizaba las líneas y los colores más me contradecía, y finalmente me convencí que yo si pude haber sido un verdadero artista y que Calambre tuvo en aquellos tiempos de colegio la competencia dura. Concluí que debía dejar de ser tan duro conmigo mismo. Lo otro

que se me vino a la cabeza, después de analizar esos dibujos que sobrevivieron a la papelera, fueron los sentimientos que me impulsaron en aquel entonces a pintar, y al igual que logran hacerlo los olores, esos dibujos me transportaron a las maravillosas noches en las cuales, escuchando música para soñar despiertos, dejaba volar libre la imaginación y las fantasías para terminar haciéndole retratos y pinturas a María.

Por culpa de esa nostalgia y de María, me invadió la tristeza horrible del duelo que nunca quise hacer por vergüenza. Una tristeza de la cual había estado escapando y escondiéndome por años y de la cual creí haberme librado mientras viajaba en los trenes del viejo continente. Pero, evidentemente había cuentas pendientes por pagar y sentí que sin importar mi esfuerzo nunca podría recompensarla por haberla tratado tan mal aquel fatídico día. El sentimiento de culpa había sido lo que inconscientemente me llevó de regreso a casa y no esa estúpida pelea contra el tiempo. Eso había sido solo una pantomima.

Nunca pude despedirme de ella, ni pedirle perdón por haberle deseado que desapareciera de mi vida y sobre todo, que ese deseo se cumpliera casi como un presagio de manera inmediata. Entonces, arranqué la hoja del cuaderno y la arrugué con ira como en los viejos tiempos, con mis ojos luchando por sacar unas lágrimas que por algún motivo yo ya no conseguía derramar. Desesperado porque algo me afligía por dentro, pedí a Dios con todas mis fuerzas llorar a moco tendido para desahogarme, pero a mí el mecanismo del llanto era algo que se me había descompuesto, los lagrimales hacía mucho tiempo que ya no me servían.

Mi madre me vio sentado en el piso derrotado y sin pronunciar palabra me puso su mano sobre mi hombro, y gracias a esas fuerzas mágicas e inexplicables que poseen las almas superiores, ahí si me exprimí las supuestas lagrimas inexistentes. Yo le toqué su mano con la mía y sin poder mirarla a la cara me sequé los ojos con el cuello la camisa. Ella que no necesitaba pedir explicaciones para entender lo que me sucedía, me dio un par de palmaditas compasivas y se retiró dejándome a solas con mi peregrinaje. Cuando ya estuve un poco más calmado, desarrugué la hoja y decidí llevarle ese dibujo a la madre de María. Tal vez porque era la persona más cercana a ella y con la ciega esperanza de que algún día en el cielo

se lo entregaría para disculparme a mi manera.

El encuentro con mis amigos a la entrada de la capilla fue reconfortante y alentador. Sobre todo, volver a ver a Calambre. Ese era otro chancro abierto difícil de sanar. Pero en contra de todas mis expectativas, cuando lo abracé con fuerza, al instante me di cuenta que no había la necesidad de hacer ningunas paces porque él y yo nunca dejamos de ser como almas gemelas. Y aunque ya mis amigos no eran los mismos niños de antes, me hicieron regresar de alguna forma a la querida y extrañada etapa de la inocencia. Me sentí como descolgando por las calles de Robledo y después montando en el Estadio y La Setenta. De inmediato volvimos a conectar en nuestra esencia.

Cuando terminó la ceremonia, a la salida de la iglesia, le di un saludo a la madre de María y como lo había planeado le entregué el dibujo. Ello lo miró con atención por un minuto y luego, con ambas manos se lo llevó al pecho y lo apretó dejando escapar un profundo suspiro.

—¡Yo reconozco este dibujo! —dijo conmovida y dándome un abrazo— María siempre usaba esta camisa en la casa, nunca se la quitaba y dormía con ella, yo tenía que arrebatársela para poder lavarla.

—Doña Carmen yo...

—No te preocupes hijo, no tienes que decir nada. Yo sé cuánto la querías. No somos más que el universo expresándose por un instante de tiempo en la forma de un ser humano —me dijo mientras miraba a su esposo que se veía notablemente afectado y quien le hizo una señal para que se montara a la destartada camioneta negra. En ese momento entendí porque María había sido María.

—¿Estas bien parcero? —me pregunto Calambre brindándome un abrazo típico de borracho.

—No Marlon. La verdad es que me siento mal, me siento triste, me siento terrible. Esa tarde yo había acabado de insultarlos a los dos. Y sabes bien lo que les dije, y no solo es eso, sino que nosotros la matamos. Hay que aceptarlo algún día Marlon. Nosotros la matamos por creernos tan machitos y andar peleando con cuanto ladrón apareciera. Creímos que éramos invencibles y que nunca nos iba a pasar nada, pero nos pasó y de la peor manera. Como siempre, pagó la persona que menos tenía que ver con eso. Que

tristeza.

—Como así ¿Tú no sabes? Yo pensé que tú sabías.

—¡Que!

—A ese man que le pegó el tiro a María lo cogieron como dos años después, vos ya te habías ido del país, pero, aun así, yo creí que te habías enterado.

—No. De que me hablas. Enterado de qué...

—Eso del robo de las patinetas fue un montaje para desviar las investigaciones de la policía. Eso fue una venganza contra el padre de María que ya estaba amenazado. Según entiendo, el hombre estaba detrás de un cura tratando de meterlo a la cárcel y había ahí unos temas de unas propiedades y tierras. Al hombre le advirtieron que si no dejaba eso quieto iban a ir no por él, sino por la hija. Esa vuelta fue toda planeada. Esos manes venían era directo por ella.





Chuchas y Mariposas, novela de Daniel B. Gallego, se imprimió en los talleres de Suintegraf S.A. Se utilizó la fuente Baskerville, Book Antiqua de 10 y 11 puntos.

La diagramación y edición estuvieron al cuidado de Juan Camilo López Gallego

Carlos Alejandro Ruíz revisó la primera versión del manuscrito

Medellín, Colombia

MMXX

